

# Sacerdotes en el acompañamiento espiritual de san Josemaría Escrivá

CONSTANTINO ÁNCHEL

**Abstract:** *Entre los sacerdotes que trató Josemaría Escrivá, algunos desempeñaron un papel particular en su acompañamiento espiritual: fueron confesores, le aconsejaron en su vida interior o, por una especial sintonía espiritual, tuvieron conversaciones e intercambio de experiencias sacerdotales, muy estimadas por el fundador del Opus Dei. Sobre estos sacerdotes versa este trabajo, que tiene como límite temporal el 25 de junio de 1944, cuando Álvaro del Portillo empezó a atenderle espiritualmente. Este estudio se ha estructurado en torno a tres épocas, que incluyen desde la infancia en Barbastro hasta el Madrid de la posguerra. Al comienzo de cada apartado temporal, se incluyen unas pinceladas acerca de la vida de Escrivá en esos periodos.*

**Keywords:** *Josemaría Escrivá – Barbastro – Logroño – Zaragoza – Madrid – Burgos – Guerra Civil española – Confesión Sacramental – dirección espiritual – 1930-1944*

**Priests Who Contributed to the Spiritual Direction of Josemaría Escrivá:** *Among the priests whom St. Josemaría got to know and with whom he had dealings, some played a special role in his spiritual direction. Some served as confessors, others counseled him in his interior life; while another group who had a special spiritual affinity with him, had conversations or exchanged priestly experiences, which were highly valued by the founder of Opus Dei. These priests are the subject of this study, a study which is limited in time by 25 June 1944 when Blessed Álvaro del Portillo commenced to take care of his spiritual life. This study has been structured into three periods from childhood in Barbastro until post-war Madrid. The commencement of each time period is marked by the inclusion of some brief insights into St. Josemaría's life at that time.*

**Keywords:** *Josemaría Escrivá – Barbaastro – Logroño – Saragossa – Madrid – Burgos – Spanish Civil War – Sacramental Confession – spiritual direction – 1917-1944*

Este artículo tiene por objeto mostrar quiénes fueron las personas que ayudaron a Josemaría Escrivá en su camino espiritual desde los primeros años de su vocación, en Logroño, hasta 1944, y, en la medida de lo posible, conocer la huella que dejaron en su alma. Si consideramos que una dirección espiritual requiere una estabilidad y continuidad en el tiempo, se puede adelantar desde ahora que fueron más bien pocos los que, en la vida de san Josemaría, pueden ser designados con el título de director espiritual. Desde 1927, año de su llegada a Madrid, hasta 1975, ejercieron este papel el p. Valentín Sánchez Ruiz, Mons. José María García Lahiguera y el beato Álvaro del Portillo. Sin embargo, hubo más personas que, de un modo u otro, estuvieron junto a él y le ayudaron en su vida interior, algunos sólo como confesores y otros como consejeros o confidentes<sup>1</sup>. No obstante, no he querido titular el artículo con la palabra “confesores”, porque fueron muchas las personas que oyeron su confesión sacramental, bastantes de ellas desconocidas para nosotros<sup>2</sup>. A esto se añade otro motivo: no todos los confesores tuvieron el

<sup>1</sup> Algo semejante ocurrió en la vida de santa Teresa de Jesús. Sus confesores habituales, en distintos momentos de su existencia, fueron el p. Baltasar Álvarez, el p. Domingo Báñez y el p. García de Toledo. Pero también buscó consejo en otros sacerdotes, como san Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja y san Juan de Ávila. Además, hubo otros sacerdotes que aparecen en el libro de su *Vida*, unos sin el nombre, como el párroco de Becedas, y otros con su nombre propio, pues la santa se confesó con ellos o les pidió consejo.

<sup>2</sup> Tres ejemplos que muestran cómo Josemaría Escrivá acudía a confesarse, cuando sentía necesidad interior, a iglesias cercanas, o incluso que solicitaba el sacramento a sacerdotes que encontraba por la calle. Eugenio Sellés Martí (AGP, A.5, 246-1-2) dice: «Recuerdo que un día coincidimos en la Iglesia de san José. Los dos nos íbamos a confesar en el mismo confesonario. Yo lo hice a continuación de él». Francisco Ponz Piedrafita cuenta (AGP, A.5, 238-3-5): «Un día en que había ido yo a Misa a una capilla grande de un convento de religiosos hoy desaparecido, situado en la Calle de Castelló cerca de Diego de León [...], pasó el Padre [J. Escrivá] que había ido también a esa iglesia para confesarse. [...] Me explicó que le gustaba recibir el sacramento de la Penitencia al menos cada semana como estaba indicado en las Normas y que en ocasiones lo hacía en esa iglesia». Y Vicente Ballester Domingo, salesiano, familiar de Mons. Marcelino Olaechea en Pamplona, escribió: «Un día, estando aún en Pamplona, en la céntrica Plaza del Castillo, se me acercó don Josemaría pidiéndome que le confesara; yo le pregunté si quería que le confesara allí mismo, y él me dijo que sí; entonces no pude por menos que advertirle: –Mire, don Josemaría, que no estamos en la zona roja; por aquí cerca tenemos varias iglesias, vayamos a una. Y es que don Josemaría debía estar tan acostumbrado, de su estancia en la zona roja,

papel de directores espirituales, en el sentido común del término. Por eso he querido servirme de dos pasajes de los *Apuntes íntimos* –cuadernos inéditos, en los que Josemaría Escrivá transcribía anotaciones en relación con su vida espiritual–, para encuadrar el tema y, al mismo tiempo, permitir que me explaye en la relación del fundador del Opus Dei con otros sacerdotes.

San Josemaría escribió el primer pasaje en marzo de 1933<sup>3</sup>: «Jesús, me doy cuenta con agradecimiento de que nunca he podido decir “*non habeo hominem!*”». En Logroño dieron calor a mi incipiente vocación...»<sup>4</sup>. Y a continuación viene una relación de sacerdotes de Logroño, Zaragoza y Madrid, de los que no todos fueron confesores o directores espirituales, como se verá más adelante<sup>5</sup>. Es un texto clave que nos ayuda a entender el objeto de este artículo.

Compuso el segundo texto en Roma en 1948. Es un relato posterior en dieciocho años a los acontecimientos que cuenta. La razón de esa distancia en el tiempo se debe a dos hechos: a la ausencia de una narración contemporánea de los acontecimientos primeros de la historia del Opus Dei,

a confesar a la gente por la calle mientras paseaban o estaban charlando, o sentados en un banco, que aquí le había surgido lo mismo con toda espontaneidad» (cit. en Benito BADRINAS [ed.], *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994, p. 298).

<sup>3</sup> Por esas fechas el fundador del Opus Dei está inmerso de lleno en la marcha de los modos previstos para el apostolado con la gente joven –se consolidan las clases de formación y las catequesis en zonas humildes–; trabaja en los preliminares de lo que será la futura Academia (cfr. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Madrid, Rialp, 2017<sup>4</sup>, pp. 64-100); y al mismo tiempo sufre, en su persona y en su familia, los rigores de la carencia más absoluta de recursos, sin que se vislumbre una solución inmediata (Josemaría Escrivá, *Apuntes íntimos* [en adelante, *Apuntes íntimos*], AGP, serie A.3, leg. 88, n. 952, del 19 de marzo de 1933, por ejemplo). En sus anotaciones, desde hacía unos meses, las referencias autobiográficas eran cada vez más escasas, y se intercalaban con comentarios de noticias y reflexiones sobre proyectos de apostolado, y con anotaciones de naturaleza espiritual que luego pasaron a *Consideraciones Espirituales*.

<sup>4</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933.

<sup>5</sup> Ésta es la relación de los sacerdotes: «Primero D. Ciriaquito –con quien me confesé por entonces–, después aquel sacerdote santo, vicerrector del Seminario, D. Gregorio Fernández. En Zaragoza, D. José López Sierra, el pobre Rector de S. Francisco a quien el Señor cambió de tal manera que, después de poner realmente todos los medios para que yo abandonara mi vocación (con intención rectísima hizo eso), fue mi único defensor contra todos incluso contra el Sr. Arcediano –Dios se lo pagará–, y D. José Pou de Foxá, el amigo leal y noble y bueno, que siempre ha dado la cara por nosotros. En Madrid, D. Norberto, el P. Sánchez y D. Pedro Poveda. El Señor les bendiga» (*ibid.*).

pues el fundador había destruido el cuaderno donde estaban escritos<sup>6</sup>. Y a que Álvaro del Portillo le pidió, repetidas veces, que pusiera por escrito lo que recordase del contenido de aquel cuaderno. Accedió por fin en 1948<sup>7</sup>.

El texto dice así: «Andaba yo en Madrid sin director espiritual y sin tener, por tanto, a quien abrir el alma y comunicar en el fuero de la conciencia *aquello* que Jesús me había pedido»<sup>8</sup>. Con estas palabras indica qué necesitaba y qué buscaba.

¿Por qué buscaba san Josemaría este tipo de *relación sacerdotal*? En 1985, Álvaro del Portillo, refiriéndose al fundador de la Obra, explicaba: «Los que son movidos por el Espíritu Santo para realizar un proyecto divino, *currunt ad Ecclesiam*, corren hacia la Iglesia»<sup>9</sup>, para tener la certeza interior de que lo específico de la propia misión y llamada tiene el sello del auténtico carisma. Es decir, buscaba algo más que la habitual confesión y dirección

<sup>6</sup> Cuenta san Josemaría: «Quemé uno de los cuadernos de apuntes míos personales –hace años–, y los hubiera quemado todos, si alguien con autoridad y luego mi propia conciencia no me lo vedaran» (*Apuntes íntimos*, n. 1862, 14 de junio de 1948). Este texto pertenece al Apéndice XII de los *Apuntes íntimos*, que abarca los nn. 1862 a 1872.

<sup>7</sup> El beato Álvaro del Portillo escribió: «Este Apéndice XII contiene una relación autógrafa, escrita por nuestro Padre [J. Escrivá], a petición mía. Como el Padre había quemado el primer Cuaderno de sus Apuntes personales, de sus Catalinas, yo alguna vez le rogué que escribiese lo que recordara, sobre la fundación de la Obra: en ese Cuaderno primero se contenía precisamente todo lo relativo al 2 de octubre de 1928 y al 14 de febrero de 1930. El Padre, cuando yo le hacía esta petición, me respondía que se consideraba totalmente incapaz de escribir, porque temía que le traicionara la memoria, de modo que confundiera unos detalles con otros, resultando así una relación que no correspondiera a la verdad histórica. Por fin, un día me dijo que iba a escribir tres o cuatro detalles que recordaba muy bien. Y éste es el objeto de la presente relación, escrita el 14 de junio de 1948, en Roma» (nota 1352 de Álvaro del Portillo al n. 1862 de los *Apuntes íntimos*). Como san Josemaría hacía mucho tiempo que no releía sus *Apuntes*, no recordaba que algunos de los hechos que trasladó a este Apéndice XII estaban en el Cuaderno II, que no había quemado. En esos casos, las diferencias entre los relatos antiguos y nuevos son, por lo general, de matiz y, en algunos casos, los escritos nuevos complementan aspectos de los antiguos, que precisan más las fechas, pero son más sobrios en su contenido. Sin embargo, hay un caso en que la memoria hizo que confundiera unos detalles con otros, como el mismo Escrivá temía. Es lo que ocurrió al describir su consulta al confesor, tras el 14 de febrero de 1930. Este caso se estudiará más adelante, cuando se hable del sacerdote Pedro Siguán.

<sup>8</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948.

<sup>9</sup> Álvaro DEL PORTILLO, *Las profundas raíces de un mensaje*, artículo publicado en ABC, 27 de junio de 1985. La cita es de SAN IRENEO, *Adversus haereses*, III, 24, 1, y dice así: «In ecclesia enim, inquit, posuit Deus apostolos, prophetas, doctores, et universam reliquam operationem Spiritus, cuius non sunt participes omnes qui non currunt ad ecclesiam, sed semetipsos fraudant a vita per sententiam malam et operationem pessimam. Ubi enim ecclesia, ibi et Spiritus Dei, et ubi Spiritus Dei, illic ecclesia et omnis gratia».

espiritual. Necesitaba encontrar alguien de confianza para hablar con claridad del propio carisma. Asentado esto, es cierto, además, que Escrivá tuvo coloquios con otros sacerdotes en los que, sin entrar siempre en lo íntimo y propio de su misión, ni en lo específico del sacramento o de la dirección espiritual, trataba con ellos temas que afectaban a su tarea sacerdotal, pues buscaba aprender de su experiencia y sabiduría. También conversaba sobre aspectos relativos a su misión de fundador, desde distintas perspectivas: asuntos de naturaleza espiritual, institucional, canónica o pastoral.

## AÑOS DE BARBASTRO

La familia Escrivá-Albás contaba, entre sus miembros, unos cuantos sacerdotes: dos hermanos de la madre (Vicente y Carlos Albás Blanc<sup>10</sup>), un hermano del padre (Teodoro Escrivá Corzán<sup>11</sup>); y otros parientes, como Joaquín Escrivá Zaydín<sup>12</sup>, hermano del abuelo paterno, o Mariano Albás Blanc<sup>13</sup>, primo hermano de la madre, que, tras enviudar, se ordenó sacerdote. Mariano fue el padrino de bautismo de san Josemaría.

<sup>10</sup> Vicente, octavo hijo del matrimonio Albás-Blanc, nació en Barbastro en enero de 1868. Ordenado presbítero en 1892, falleció en Zaragoza el 6 de abril de 1950. Carlos era el noveno hijo del matrimonio Albás-Blanc. Nació en Barbastro el 1 de noviembre de 1869. Se ordenó sacerdote en Barbastro, en mayo de 1894. Falleció en esta ciudad el 1 de febrero de 1950. Los datos de los hermanos Albás y de los siguientes sacerdotes proceden de los libros sacramentales de las distintas parroquias, de los archivos de los seminarios y de los boletines de las diócesis. Para no alargar la extensión de las citas, se omiten las referencias en estas notas.

<sup>11</sup> Teodoro era el cuarto hijo del matrimonio Escrivá-Corzán. Nació en Fonz (Huesca), entonces Diócesis de Lérida, el 10 de noviembre de 1861. Presbítero desde septiembre de 1885. Falleció en Fonz el 5 de septiembre de 1933.

<sup>12</sup> Joaquín Escrivá Zaydín nació el 27 de marzo de 1833 en Peralta de la Sal (Huesca), Diócesis de Urgel. En marzo de 1858 recibió el presbiterado a título de patrimonio. Falleció el 8 de octubre de 1906 en Adahuesca (Huesca).

<sup>13</sup> Mariano Albás Blanc nació en Barbastro el 2 de julio de 1866. Primo hermano de la madre de san Josemaría. Celebró su primera Misa en Barbastro el 28 de septiembre de 1902. Murió asesinado en Barbastro el 15 de agosto de 1936 (cfr. Antonio MONTERO, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, BAC, 1999<sup>3</sup>, p. 770; Santos LALUEZA, *Martirio de la iglesia de Barbastro [1936-1938]*, Obispado de Barbastro, 1989, pp. 17, 42-43 y 169).

Había otros clérigos en la familia, con un parentesco más o menos lejano<sup>14</sup>, y dos obispos: José María Blanc Barón y Cruz Laplana Laguna<sup>15</sup>. De todos estos sacerdotes, el pequeño Josemaría tuvo un trato más frecuente con Teodoro Escrivá durante los veranos, pues la familia se trasladaba por unas semanas a Fonz; y con Vicente Albás, con quien también pasaba algunas temporadas estivales<sup>16</sup>. Los demás sacerdotes vivían fuera de Barbastro y sólo acudían allí con ocasión de acontecimientos familiares o temporadas breves de vacaciones.

Sobre los sacerdotes a los que acudió san Josemaría para el Sacramento de la Penitencia, sólo sabemos con certeza el nombre del que oyó su primera confesión: Enrique Labrador<sup>17</sup>, que era también el confesor de su madre. Fue en el curso 1908-09<sup>18</sup>. El hecho ocurrió en la iglesia del Colegio de San Lorenzo de Barbastro, de los escolapios. Desde entonces comenzó a confesarse sin necesidad de que le instase su madre y, probablemente, con la frecuencia habitual del colegio. Como Labrador dejó Barbastro en el verano de 1909, después de esta fecha el joven Escrivá se confesaría con otro sacerdote del colegio. Un condiscípulo, José Mur Caveró<sup>19</sup>, ha descrito cómo era una

<sup>14</sup> Sólo mencionaremos a dos, por no alargar la relación: Alfredo Sevil González, nacido en Zaragoza el 27 de febrero de 1841. Era pariente en tercer grado de los Albás. Se ordenó sacerdote en Barbastro en 1864. En 1898 bendijo el matrimonio Escrivá-Albás. Falleció a comienzos de siglo; y Simón Albás Navarro, tío de Dolores Albás Blanc, que nació en Barbastro el 26 de octubre de 1839. Ordenado sacerdote en diciembre de 1863. Falleció en Barbastro el 18 de junio de 1895.

<sup>15</sup> José María Blanc Barón nació en Barbastro el 11 de abril de 1845. Sacerdote desde 1869. Obispo de Ávila desde mayo de 1896. Falleció en esta ciudad el 22 de enero de 1897. Cruz Laplana Laguna nació en Plan (Huesca) el 3 de mayo de 1875. Pariente algo lejano de la familia Albás, pero con trato y conocimiento habitual. Se ordenó sacerdote el 24 de septiembre de 1898 en Barbastro. Consagrado obispo de Cuenca el 22 de marzo de 1922. Asesinado en Cuenca al comenzar la Guerra Civil, el 8 de agosto de 1936, fue beatificado el 28 de octubre del 2007 (cfr. Sebastián CIRAC ESTOPAÑÁN, *Vida de Don Cruz Laplana: obispo de Cuenca*, Barcelona, Imprenta-Escuela de la Casa Provincial de Caridad, 1943).

<sup>16</sup> Relaciones de Carmen Lamartín Alastuey (AGP, A.5, 222-1-9); y de Ángel Camo Albás (AGP, A.5, 202-1-7).

<sup>17</sup> Enrique Labrador de Santa Lucía, escolapio, nació el 17 de abril de 1855 en La Codoñera (Teruel). Tomó el hábito en Peralta de la Sal, en 1870. Emitió votos simples en 1872. Su primer destino fue Zaragoza, pasando después por los colegios de Jaca, Alcañiz, Caspe, Tolosa y Barbastro. En septiembre de 1909 llegó a Daroca, donde falleció el 22 de noviembre de 1912. Según el Libro de Misas de la iglesia de los escolapios de Barbastro, Labrador estuvo en esta ciudad desde octubre de 1902 hasta agosto de 1909.

<sup>18</sup> Sobre esta primera confesión, cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, 1997-2003, vol. I., Madrid, Rialp, 2009, pp. 40-41.

<sup>19</sup> José Mur, sacerdote escolapio, nació en 1903, en Barbastro. Coincidió con san Josemaría

jornada habitual en el Colegio de San Lorenzo. El día, afirma, comenzaba con la celebración de la Misa en la capilla del colegio, y añade: «A esa misa asistíamos todos los alumnos [...]. En la Misa diaria se podía comulgar y había Comunión solemne una vez al mes; esa Comunión mensual era preparada por la Confesión a la que éramos llamados todos los alumnos»<sup>20</sup>. Como san Josemaría hubo de esperar unos cuatro años después de su primera confesión para recibir por vez primera la Comunión, durante este tiempo bien pudo confesarse con Manuel Laborda<sup>21</sup>, que fue quien le preparó para la primera Comunión. No estamos en condiciones de precisar más sobre sus confesores en esta época.

## EN LOGROÑO

En otoño de 1915 llegó Josemaría Escrivá a Logroño. La familia se instaló en un ático de la calle Sagasta, n. 18, piso 4º. El domicilio estaba dentro de la demarcación de la cercana parroquia de Santiago el Real. Allí fue bautizado su hermano Santiago y también allí se celebraron los funerales de su padre, José Escrivá Corzán. A esta iglesia acudía habitualmente la familia. El párroco, durante los años de estancia de la familia Escrivá en Logroño, era Hilario Loza Navarro<sup>22</sup>. La parroquia tenía tres coadjutores para la atención de la feligresía, y cinco sacerdotes adscritos<sup>23</sup>. Cualquiera de ellos pudo recibir, en alguna ocasión, la confesión sacramental del joven Escrivá. Lo que sí consta documentalmente es que Loza, años más tarde, cuando Josemaría Escrivá ya era seminarista en Zaragoza, cumplimentó los oficios sobre su

al menos en los cursos 1910-11 y 1911-12. Falleció en Barbastro el 2 de noviembre de 1990 (cfr. nota necrológica publicada en el «Boletín Oficial de la Diócesis de Barbastro», enero-febrero de 1991, p. 57).

<sup>20</sup> Relación de José Mur Cavero, Barbastro, 9 de septiembre de 1976 (AGP, A.1, 1-3-4).

<sup>21</sup> Manuel Laborda de la Virgen del Carmen nació en Borja (Zaragoza) en 1848. Era profesor de Religión, Historia, Latín y Caligrafía. Falleció en Barbastro en 1929.

<sup>22</sup> Cfr. Jaime TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007, pp. 51ss. Hilario Loza Navarro nació en Badarán (la Rioja) en 1855. Se ordenó sacerdote en 1879. Párroco de Santiago el Real de Logroño desde 1912. Falleció en 1935.

<sup>23</sup> Los tres coadjutores eran, a principios de esa década, Pedro Martínez Calahorra, Pedro Antonio Bea Llorente y Roque Hernani Vallejo. Los sacerdotes adscritos eran: Ladislao Metola, catedrático del seminario y capellán de las carmelitas; Valeriano Cordón, capellán de las Agustinas; Pedro Corres, capellán del cementerio de Logroño; Juan Celorrio, sacerdote adscrito, y Jenaro Sáenz, capellán de la Beneficencia. Cfr. «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Calahorra», 1911, p. 445.

conducta, solicitados por el rector del Seminario de San Francisco de Paula, y por el arzobispado de Zaragoza<sup>24</sup>. También se encargó de la ejecución de la petición de las Requisitorias para Órdenes encargadas por el vicario capitular de Zaragoza a la Diócesis de Calahorra<sup>25</sup>.

Los primeros años de la estancia en Logroño de Josemaría Escrivá, desde el punto de vista espiritual y de su práctica cristiana, están en continuidad con los de Barbastro, y son los propios de una persona que va saliendo de la niñez y entra en la adolescencia<sup>26</sup>. Pero, en una fecha imprecisa y difícil de determinar, aunque en torno a 1917, comienza a experimentar en su alma inquietudes de amor divino. Vázquez de Prada las califica como “preludio”<sup>27</sup>, y las sitúa en los meses anteriores al otoño de 1917. Este proceso culmina en enero de 1918. Así lo describe san Josemaría: «Fue de repente, a la vista de unos religiosos Carmelitas, descalzos sobre la nieve...»<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> Cfr. *Petición de Informe (y respuesta) sobre la conducta de José María Escrivá en Logroño, durante las vacaciones de verano*, Zaragoza 15 de junio de 1922 (en Archivo Diocesano de Zaragoza [ADZ], Sección Seminario de San Francisco de Paula, caja 7, carpeta nº 1, “Documentación de seminaristas 1921-1925”); *Certificados de buena conducta de José María Escrivá, expedidos por Don Hilario Loza, párroco de Santiago el Real, de Logroño: 6 de mayo de 1924, 10 de noviembre de 1924 y 25 de marzo de 1925* (en ADZ, *Expedientes de Órdenes*, José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula, *Subdiaconado*, 14 de junio de 1924; *Diaconado*, 5 de diciembre de 1924, y *Presbiterado*, 24 de marzo de 1925).

<sup>25</sup> *Requisitoria para Órdenes*, por la que el vicario capitular de Zaragoza pide informes sobre la conducta de José María Escrivá a la Diócesis de Calahorra, para la ordenación de subdiácono, 7 de junio de 1924; de diácono, 5 de noviembre de 1924; y de presbítero, 12 de marzo de 1925 (en ADZ, *Expedientes de Órdenes*, José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula: *Subdiaconado*, 14 de junio de 1924; *Diaconado*, 5 de diciembre de 1924, y *Presbiterado*, 24 de marzo de 1925).

<sup>26</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, vol. I, pp. 90ss; TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, capítulo 5, pp. 117ss.

<sup>27</sup> Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid, Rialp, 1983, p. 68. Prosigue Vázquez de Prada: «La presente cronología se desarrolla a lo largo de un periodo de meses, que abocan en el otoño de 1917. Los inicios fueron sutiles. De entrada provocaron impaciencias y comezón interior. [...] Y la imperceptible brisa del Espíritu, secundada por la generosidad insaciable del muchacho, fue encendiéndose en llamarada y sed insaciable». Y en las páginas siguientes refiere algunas de las “manifestaciones” de esos primeros barruntos.

<sup>28</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1637, del 30 de octubre de 1932. Es ésta la única referencia en todos los *Apuntes íntimos* del conocido episodio de las “huellas en la nieve”, al que aludió posteriormente, en algunas ocasiones, san Josemaría.



¿Quiénes eran estos religiosos? En diciembre de 1917, habían llegado a Logroño dos sacerdotes carmelitas, Juan Vicente de Jesús María<sup>29</sup> y José Miguel de la Virgen del Carmen<sup>30</sup>, y un hermano lego: Pantaleón del Sagrado Corazón<sup>31</sup>, con el fin de fundar un convento en la capital de la Rioja. En un primer momento, los religiosos se establecieron provisionalmente en la hospedería del convento de las carmelitas descalzas que, desde 1909, estaba en las afueras del casco urbano, en la llamada Vuelta del Peine, al otro lado de las vías del ferrocarril<sup>32</sup>. Al poco de llegar los carmelitas a Logroño, el invierno se recrudeció. Relata el p. Juan Vicente: «Tuvimos en este año [invierno de 1917 a 1918], un invierno de nieves y heladas, juntamente con nieblas bajas y vientos recios, cual apenas se había visto en medio siglo, según los más ancianos de la ciudad, helándose olivares enteros y causando grandes perjuicios y apurando la escasez y hambre de muchas gentes. El termómetro descendió a 17 bajo cero, que para aquí es mucho»<sup>33</sup>. Además, se cuenta de este carmelita

<sup>29</sup> Juan Vicente de Jesús María Zengotita-Bengo y Lasuén nació en Bériz (Vizcaya), en 1862. Ingresó en el Carmelo en 1877. Sacerdote desde 1885. En 1900 partió para la India, de donde regresó a España en 1917. El 11 de diciembre de 1917 llegó a Logroño, para la fundación del convento de carmelitas descalzas en esta ciudad. Dejó la capital de la Rioja a finales del año 1918, partiendo hacia otros destinos. Falleció en San Sebastián en 1943. En 1950 comenzó el Proceso de su Causa de Canonización. El 12 de enero de 1996, el papa Juan Pablo II firmó el decreto de virtudes heroicas, declarándole Venerable. Cfr. AMALIO DE SAN LUIS GONZAGA OCD., *Contemplativo y apóstol: vida del siervo de Dios P. Juan Vicente de Jesús María, Carmelita descalzo, Misionero apostólico (1862-1943)*, Vitoria, El Carmen, 1956.

<sup>30</sup> José Miguel de la Virgen del Carmen (Mariano Domínguez Alonso), nació en Besande (León) en 1884. Profesó como carmelita descalzo en abril de 1902 y se ordenó sacerdote en 1910. Llegó a Logroño el 20 de diciembre de 1917. En su segundo año de estancia en Logroño (febrero de 1919) fue nombrado prior de la comunidad, cargo en el que permaneció hasta su marcha a Burgos, en 1926. Falleció en Oviedo en 1942. Cfr. «Ecos del Carmelo y Praga», Burgos, 15 de diciembre de 1942, pp. 213-214; «El Monte Carmelo» n° 44, Burgos, 1943, p. 58; y «Analecta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum» n° 17, Romae 1942, pp. 294-295.

<sup>31</sup> Pantaleón del Sagrado Corazón de Jesús llegó a Logroño, procedente de Navarra, en noviembre de 1917, para preparar la nueva fundación. Cfr. AMALIO DE SAN LUIS GONZAGA, *Contemplativo y apóstol*, p. 397.

<sup>32</sup> Cfr. TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, pp. 124-125. Cuando creció la ciudad, la calle recibió el nombre de Paseo de Gonzalo de Berceo. Actualmente ha quedado absorbida por la Gran Vía.

<sup>33</sup> Relación de la fundación de Logroño, escrita por el p. Juan Vicente Zengotita, recogida en AMALIO DE SAN LUIS GONZAGA, *Contemplativo y apóstol*, p. 397.

que iba siempre con los pies descalzos, incluso en los días más crudos del invierno<sup>34</sup>.

Volviendo al relato de san Josemaría, este último dato produjo una gran conmoción interior. Años después, recordando esa *inquietud divina* que Dios metía en su alma, decía que aquellas huellas le removieron y le llevaron a la Comunión diaria, a la purificación, a la confesión y a la penitencia<sup>35</sup>. En la contemplación de las pisadas en la nieve, y en sus consecuencias interiores, pondría el fundador del Opus Dei el comienzo de su vocación<sup>36</sup>.

### *José Miguel de la Virgen del Carmen*

La nueva situación interior le hizo sentir la necesidad de buscar un guía espiritual que orientara estas nuevas inquietudes, y fijó su atención en aquellos frailes que caminaban descalzos sobre la nieve. De los dos religiosos, el elegido fue José Miguel de la Virgen del Carmen. Es Escrivá quien lo certifica, años más tarde<sup>37</sup>.

Desde entonces comenzó a acudir con frecuencia al convento de los carmelitas, abriendo su alma al p. José Miguel. La acción de la gracia se manifestaba en formas hasta entonces desconocidas para él, tanto por la intensidad como por los modos. Apenas ha referido san Josemaría, en sus escritos o en sus conversaciones, detalles o aspectos de las experiencias interiores en estos primeros tiempos. Hay, sin embargo, un escrito de 1931, donde

<sup>34</sup> Cfr. *ibid.*, pp. 397-398. Se entiende por descalzo que iba con sandalias, pero sin más protección.

<sup>35</sup> Cfr. Meditación *Los pasos de Dios*, 14 de febrero de 1964, en Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *En diálogo con el Señor. Textos de la predicación oral*. Edición crítico-histórica preparada por Luis CANO – Francesc CASTELLS (en adelante, *En diálogo con el Señor*, ed. crít.-hist.), Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá, Madrid, 2017, p. 200.

<sup>36</sup> Refiere Jesús Álvarez Gazapo: «En 1964, hablándome de su vocación al sacerdocio, Mons. Escrivá de Balaguer me dijo, preguntándose a sí mismo: ¿Cuál ha sido el origen de mi vocación sacerdotal? –Una cosa aparentemente fútil: la huella de los pies descalzos de un carmelita sobre la nieve; y me explicó cómo, pensando en el sacrificio de aquel religioso por amor de Dios, se preguntó qué hacía él por el Señor. Pensó entonces que quizá Dios le llamaba allí mismo, en la calle» (testimonio recogido en *Romana et Matriten., Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer, Positio super vita et virtutibus, Summarium* n. 4279; en adelante, *Summ.*).

<sup>37</sup> En concreto, el día 13 de enero de 1938, en Burgos, escribió: «Ayer estuve en los carmelitas, a buscar unas cosas que necesito. Encontré a aquel P. José Miguel de Logroño, que fue mi confesor cuando yo tenía dieciséis años: muy contentos los dos» (*Apuntes íntimos*, n. 1484).

habla de dos jaculatorias que repitió muchas veces, y que tienen su origen en vivencias espirituales de aquel 1918:

Durante años, a partir del primero de mi vocación en Logroño, tuve, por jaculatoria, siempre en mis labios: *Domine, ut videam!* Sin saber para qué, yo estaba persuadido de que Dios *me quería para algo*. [...] La primera vez que medité el pasaje de San Marcos del ciego a quien dio vista Jesús, cuando aquel contestó, al “*qué quieres que te haga*” de Cristo, “*Rabboni, ut videam*”, se me quedó esta frase muy grabada. Y, a pesar de que muchos (como al ciego) me decían que callara [...], decía y escribía, sin saber por qué: *ut videam!*, *Domine, ut videam!* Y otras veces: *ut sit!* Que vea Señor, que vea. Que sea<sup>38</sup>.

El p. José Miguel le asistió en la tarea de discernir la acción del Espíritu Santo en su alma, que se encontraba desorientada: tenía la seguridad interior –*estaba persuadido*– de que Dios le *quería para algo*, y a la vez, estaba *sin saber para qué*. Por medio del acompañamiento espiritual, el carmelita ayudó a Escrivá a conducirse por los caminos de la oración, y así entender mejor la voluntad de Dios, fomentando al mismo tiempo la generosidad en su respuesta a la gracia.

Tanto uno como otro estaban convencidos de que había una llamada del Señor. Pasados unos tres meses<sup>39</sup>, llegó un momento en que se hacía conveniente concretar el camino. Y el religioso, tras meditarlo, y pensando que reunía las condiciones, le propuso hacerse carmelita descalzo. El joven Josemaría recibió el consejo y lo consideró en la presencia de Dios. Dice Toldrà:

Debió ser corta la temporada en que estuvo indeciso, meditando en su oración personal la posibilidad de hacerse carmelita, tal como le había sugerido el padre José Miguel. Incluso, en sus cavilaciones –y oraciones– llegó a pensar qué nombre podría adoptar en caso de que el Señor le llamara a ser religioso, por su amor a la Eucaristía se hubiera llamado fray *Amador de Jesús Sacramentado*<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> *Apuntes íntimos*, n. 289, del 17 de septiembre de 1931.

<sup>39</sup> Cfr. Jaime TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, p. 128.

<sup>40</sup> *Ibid.* Una tía de san Josemaría recuerda también estos hechos, aunque de un modo más impreciso. Dice: «Por esos años fuimos también nosotros [Florencio Albás y Carmen Lamartín] a Logroño y estuvimos en casa de José [Escrivá Corzán] y Lola [Dolores Albás y Blanc]: era un piso agradable, puesto con gusto. Nos hablaron de la decisión de Josemaría de hacerse sacerdote. No puedo precisar los detalles, pero sí recuerdo que Josemaría estaba en relación con un carmelita y que, incluso, en un primer momento, Josemaría pensó en

No conocemos los detalles de este proceso interior. Lo que ha referido Escrivá es que el Señor le quería para algo, y que ese algo exigía de él una entrega plena de todo su ser, pero seguía sin saber a dónde le iba a llevar el secundar el nuevo camino. En esas circunstancias, ante la novedad de las luces y gracias interiores, la persona se puede encontrar con la dificultad de no tener elementos para explicar, en positivo, las características de la llamada. Sin embargo, puede resultar más fácil conocer en negativo el contenido de la nueva vocación que se le va mostrando. No se está en condiciones de afirmar lo que es, pero se van teniendo certezas para saber lo que no es. En este caso, sabemos que, ante la propuesta de hacerse carmelita, san Josemaría Escrivá entendió que no era eso lo que el Señor le pedía. Quizá, como sugiere el beato Álvaro del Portillo, intuyó que el camino podría ser el sacerdocio<sup>41</sup>.

El religioso, de acuerdo con el joven Josemaría, comprendió que, ante esa nueva claridad –no ser carmelita–, su papel de director espiritual había cumplido ya su objetivo. Por ello, buscó otro guía para orientarse en la nueva situación.

### *Ciriaco Garrido Lázaro*

En la anotación de marzo de 1933, mencionada arriba, y centrándose en los años de Logroño, dice: «Dieron calor a mi incipiente vocación», en primer lugar, «Don Ciriaquito –con quien me confesé por entonces–»<sup>42</sup>. “Don Ciriaquito” –a quien se llamaba así, cariñosamente, por su pequeña estatura– era Ciriaco Garrido Lázaro, sacerdote riojano, canónigo cuasi-penitenciario de la Colegiata de Santa María de La Redonda<sup>43</sup>.

hacerse carmelita, pero que enseguida vio que no era ése su camino, sino el sacerdocio secular» (Relación de Carmen Lamartín Alastuey, viuda de Florencio Albás, AGP, A.5, 222-1-9).

<sup>41</sup> Cuenta Álvaro del Portillo que la propuesta del p. José Miguel –hacerse carmelita descalzo– ni le atraía ni le desagradaba, pero tras haberlo meditado con calma, «comprendió claramente que no era eso lo que el Señor le pedía, e intuyó que si el Señor quería algo de él, el mejor modo de estar disponible era hacerse sacerdote» (Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por Cesare CAVALLERI, Madrid, Rialp, 2001<sup>o</sup>, p. 128).

<sup>42</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933.

<sup>43</sup> Ciriaco Garrido Lázaro nació en Arnedillo (La Rioja), en 1872. Se ordenó sacerdote en Logroño en 1897 (cfr. «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Calahorra», 1911, p. 474). Desde el primer momento dedicó gran atención al confesonario, siendo confesor de varias comunidades religiosas femeninas de la ciudad. En 1899 fue nombrado coadjutor de La Redonda, donde obtuvo una canonjía en 1916. A partir de ese mismo año ejerció las fun-

No sabemos cómo el joven Escrivá entró en relación con Ciriaco Garrido, pero no es de extrañar que, debido a la fama de sacerdote piadoso y buen confesor, acudiera a él para que le escuchara en confesión y le ayudara a discernir las mociones interiores de la gracia.

En el periodo que nos interesa, desde 1915 hasta 1922, la iglesia de La Redonda estuvo cerrada al culto por obras de reforma, y los canónigos –y toda la actividad de la parroquia– se trasladaron a la iglesia del seminario, pero se siguió hablando de La Redonda, aunque todos sobreentendían que se trataba de la iglesia del seminario. Fue allí, por tanto, donde san Josemaría visitó a Garrido.

No tenemos más información sobre la relación entre Ciriaco Garrido y Josemaría Escrivá, aparte de la mención hecha arriba: que *dio calor* a su incipiente vocación. La causa de dejar el confesonario del p. José Miguel fue el convencimiento de que Dios no le llamaba para la vida religiosa. A partir de un momento, que no estamos en condiciones de precisar, comenzó a cobrar fuerza en su corazón que esa llamada interior le encaminaba hacia el sacerdocio. En este sentido, se puede suponer que los consejos de Ciriaco Garrido fortalecieron en su alma la decisión de hacerse sacerdote. Cuando se hizo firme esta opción, san Josemaría habló con su padre.

Jaime Toldrà, en su libro sobre san Josemaría en Logroño, del que estas páginas son deudoras, afirma que la conversación con su padre, manifestándole su intención de ser sacerdote, tuvo lugar tras dejar la dirección con el carmelita, esto es, hacia finales de marzo de 1918. Sin excluir esta posibilidad, pienso que este hecho debió ocurrir algo más tarde, como consecuencia de afianzarse y concretarse su vocación, durante el acompañamiento espiritual de Ciriaco Garrido. Por este motivo, es muy probable que la conversación entre padre e hijo fuese pocas semanas antes de acabar el curso, con vistas a preparar su ingreso en el seminario, esto es, en el mes de mayo de 1918.

Hay un hecho que puede avalar esta hipótesis: la petición de un nuevo hermano. Refiere Álvaro del Portillo que el fundador del Opus Dei, al deci-

ciones de cuasi-penitenciario según rescripto. En 1918, cuando le trató Josemaría Escrivá, tenía 46 años de edad y gran renombre como confesor, pues siempre se mostraba acogedor y asequible. Era voz común que era el sacerdote que más confesaba en la ciudad. Atendía con solicitud a enfermos y moribundos, aunque se le llamara a horas intempestivas de la noche. Falleció en Logroño en marzo de 1949, con fama de santidad y la ciudad, para honrar su memoria, le dedicó una calle (cfr. TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, pp. 132-133).

dirse por el sacerdocio, fue consciente de la repercusión que tendría su nuevo camino en los proyectos familiares. Era el único varón, y las esperanzas que sus padres habían puesto en él para recomponer el estatus familiar, venido a menos por la crisis económica del negocio de Barbastro, se desbarataban.

Entonces, nuestro Fundador, con gran sencillez y confianza, empezó a pedir al Señor que enviase a sus padres otro hijo varón. [...] Transcurrieron algunos meses, y ni Carmen ni Josemaría se dieron cuenta de que su madre estaba embarazada, aunque ya era patente. Su alegría fue enorme, y aún más su agradecimiento al Señor, cuando su madre, algún tiempo después, llamó a los dos hermanos y les comunicó que estaba esperando un niño<sup>44</sup>.

«Nació mi hermano –escribirá años más tarde san Josemaría– cuando mis padres estaban ya agotados por la vida. Tenía yo dieciséis años, cuando mi madre me llamó para comunicarme: vas a tener otro hermano. Con aquello toqué con las manos la gracia de Dios; vi una manifestación de Nuestro Señor. No lo esperaba»<sup>45</sup>. El nacimiento del niño fue el 28 de febrero de 1919<sup>46</sup>. Por lo tanto, la súplica a Dios por un nuevo hermano tuvo que ser anterior al mes de junio, probablemente en el mes de mayo<sup>47</sup>.

### *Antolín Oñate Oñate*

En muchos lugares se encuentra recogida la conversación que tuvo san Josemaría con su padre, para comunicarle su decisión de hacerse sacerdote. Y también que su padre le presentó un sacerdote, amigo suyo, para que le orientara<sup>48</sup>. Era Antolín Oñate Oñate, abad de la Colegiata de Santa María La Redonda, de Logroño<sup>49</sup>. Oñate era, según propio testimonio, una persona

<sup>44</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 97.

<sup>45</sup> Meditación *Los pasos de Dios*, 14 de febrero de 1964, en *En diálogo con el Señor*, ed. crít.-hist., pp. 198-199.

<sup>46</sup> Cfr. Archivo de la Parroquia de Santiago el Real de Logroño, Libros de Bautismos, año 1919, n.º 739.

<sup>47</sup> También VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 101, insinúa esta fecha.

<sup>48</sup> Baste con la referencia a *ibid.*, pp. 101-102.

<sup>49</sup> Antolín Oñate Oñate nació en Quel (La Rioja), en 1866, y se ordenó sacerdote en 1888 (cfr. Archivo Diocesano de Calahorra, sig.<sup>a</sup> 6/27/367). De él dice Toldrà: «Don Antolín era una verdadera institución en la ciudad y en el mundo eclesiástico logroñés, hombre experimentado en saberes humanos y divinos, con gran influencia entre la feligresía, dotado de un carácter cordial y considerado como persona acogedora. Además de ser Abad del Cabildo de la Colegiata –y, por tanto, coordinador de un equipo de unos 25 sacerdotes, como hemos visto– intervenía en la dirección de buen número de organizaciones eclesiás-

que cuidaba su vida de oración, que dedicaba dos horas diarias al confesonario y él mismo se confesaba semanalmente con Ciriaco Garrido<sup>50</sup>. Falleció en su pueblo natal, en noviembre de 1945<sup>51</sup>.

San Josemaría se entrevistó con don Antolín, quien, como dice Del Portillo, «alentó la vocación del muchacho»<sup>52</sup>. Como sugiere Toldrà, «tras consultas con diversas personas y profesores del seminario, maduraron entre todos un plan de actuación: terminar el bachillerato en junio, prepararse en verano estudiando asignaturas complementarias de Filosofía y Latín, y solicitar la admisión en el seminario para ingresar directamente en 1º de Teología»<sup>53</sup>.

Oñate vuelve a aparecer en relación con Escrivá un par de veces en la documentación posterior. La primera vez, en el certificado de buena conducta del *Expediente de Órdenes Menores*, de noviembre de 1922, donde se lee:

Don Antolín Oñate Oñate, presbítero, Cura párroco de la parroquia Mayor de Sta. María de la Redonda de esta Ciudad de Logroño certifico: Que Don José María Escrivá [*sic*] y Albás, hijo legítimo de Don José y de Doña Dolores, vecinos de esta ciudad, durante su permanencia en esta feligresía que ha sido por espacio de siete años consecutivos ha ofrecido edificante conducta moral y política haciendo reflejar en todas sus manifestaciones exteriores las condiciones del joven llamado por Dios al sacerdocio. Y para que así conste expido la presente que firmo y sello con el de la parroquia en Logroño a veintidós del mes de noviembre de mil novecientos veintidós<sup>54</sup>.

Casi dos años después, en junio de 1924, el rector del Seminario de San Francisco de Paula envía el impreso de informe sobre la conducta de

ticas, benéficas y hasta civiles: era Arcipreste de Logroño, párroco de La Redonda, Vocal de la Junta local de Reformas sociales, Vocal de la Junta de Caridad Logroñesa y también de la Junta provincial de primera Enseñanza. [...] Ostentó el cargo de Abad de la Colegiata durante casi cuarenta años, desde 1905 hasta 1942 en que obtuvo la dignidad de Chantre en la Catedral de Calahorra» (TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, pp. 130-131).

<sup>50</sup> Respuestas a un cuestionario de dieciocho preguntas que el obispado presentó, en 1923, a algunos sacerdotes, en Archivo Diocesano de Calahorra, sig.<sup>a</sup> 6/42/85.

<sup>51</sup> Cfr. «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Calahorra», 1945, p. 264.

<sup>52</sup> Cfr. DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 30.

<sup>53</sup> TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, p. 131.

<sup>54</sup> ADZ, *Expedientes de Órdenes Menores*, José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula, 17 y 21 de septiembre de 1922. No sabemos por qué razón se pidió este informe a Oñate, pues no era el párroco de san Josemaría.

los seminaristas durante las vacaciones, a los párrocos de los lugares donde residirán los colegiales. El correspondiente a san Josemaría, al que presenta ya como subdiácono, fue dirigido al «Sr. Cura o Regente de la Parroquia de la Colegiata de Logroño». El 30 de agosto, don Antolín Oñate devuelve el impreso, diciendo escuetamente: «No es feligrés de esta parroquia de la Colegiata de mi cargo el Don José M<sup>a</sup> Escrivá»<sup>55</sup>.

### *Gregorio Fernández Anguiano*

En la anotación de marzo de 1933, mencionada arriba, tras nombrar a Ciriaco Garrido, añade: «Después aquel sacerdote santo, vicerrector del Seminario, D. Gregorio Fernández»<sup>56</sup>, incluyéndolo entre los sacerdotes de Logroño que «dieron calor a mi incipiente vocación».

Del trato y relación entre Josemaría Escrivá y Gregorio Fernández Anguiano<sup>57</sup> durante su estancia en el seminario de Logroño no tenemos más fuente documental que la afirmación genérica con la que se abrió este apartado. Sin embargo, hechos posteriores, de los que sí hay base documental, nos dan a conocer que se creó un clima de gran confianza entre los dos, y que, ya en Zaragoza, durante las vacaciones estivales, e incluso durante el curso, continuó acudiendo a recibir sus consejos.

El primer hecho se sitúa en el comienzo del curso 1921-22, aunque sus antecedentes hay que buscarlos en el final del curso anterior. El rector del Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza, el mismo día en que

<sup>55</sup> *Petición de Informe (y respuesta) sobre la conducta de José María Escrivá en Logroño, durante las vacaciones de verano*, Zaragoza, 6 de junio de 1924, en ADZ, Sección Seminario de San Francisco de Paula, caja 7, carpeta n.º 1, "Documentación de seminaristas 1921-1925", contestado el 30 de agosto de 1924.

<sup>56</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933.

<sup>57</sup> Gregorio Fernández Anguiano nació en Soto de Cameros (La Rioja), en 1878. Recibió el presbiterado en 1902. Fue profesor del seminario para los cursos de latinidad y en 1918 recibió el nombramiento de Prefecto de Disciplina (cfr. Fernando BUJANDA, *Historia del Viejo Seminario de Logroño*, Logroño, I.E.R., 1948, p. 161). Cuando Josemaría Escrivá ingresó en el seminario, el rector era Valeriano Cruz Ordóñez. En 1921, con la llegada del nuevo obispo, Mons. Fidel García, asumió el cargo de rector del seminario el propio Fidel García, nombrando vicerrector a Fernández Anguiano, quien, de hecho, dirigía el seminario. Desempeñó este cometido hasta 1929, cuando se abrió el nuevo seminario. Era opinión común entre los alumnos de entonces que el seminario mejoró en el ambiente de piedad desde su nombramiento (cfr. Relaciones testimoniales de Juan Cruz Moreno y Máximo Rubio Simón, cit. en TOLDRÁ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, pp. 293-295). Falleció en Logroño en enero de 1963 (Cfr. «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Calahorra», 1963, p. 31).



acababa el curso escolar, enviaba un impreso a los párrocos de los lugares donde pasarían las vacaciones sus seminaristas<sup>58</sup>. Se conservan los impresos que envió cada año José López Sierra a Logroño, al empezar san Josemaría sus vacaciones, pero no existe el impreso relativo a este verano de 1921. Llama la atención que no se haya encontrado junto a los demás. Y también plantea interrogantes el hecho de que, ya comenzado el curso, el rector envíe un oficio, no al párroco de Santiago el Real, sino al vicerrector del seminario de Logroño, solicitando que le informe sobre la conducta moral, religiosa y disciplinar observada por Escrivá, pero no en el periodo veraniego, sino de cuando era seminarista en aquel centro. Este informe es de naturaleza distinta del que habitualmente solicitaba a los párrocos en el verano.

La ausencia de la petición al párroco de este informe hace sospechar que López Sierra, al acabar el curso, había pensado que el seminarista Escrivá abandonaba los estudios sacerdotales. Hay una anotación de san Josemaría escrita durante sus ejercicios espirituales de julio de 1934, en la que meditando sobre su llamada al sacerdocio, hace una referencia a una crisis interior ocurrida en el seminario de Zaragoza. Dice así:

¡La vocación sacerdotal! ¿Dónde estaría yo ahora, si no me hubieras llamado? Sería, probablemente un abogado presuntuoso, un literatillo engreído, o un arquitecto pagado de mis obras (en todo esto se pensó, allá por el año 1917 o 1918), y quizá –si no hubieras estorbado mi salida del Seminario de Zaragoza, cuando creí haberme equivocado de camino– estaría alborotando en las Cortes españolas, como otros compañeros míos de Universidad lo están..., y no a tu lado, precisamente, porque –lo sabes bien– tomando la parte por el todo, y mejor aún, tomando lo malo de la parte, hubo momento en que me sentí profundamente anticlerical, ¡yo que amo tanto a mis hermanos en el sacerdocio!<sup>59</sup>.

¿Cuándo hay que situar esta crisis? Con toda probabilidad fue fraguándose a lo largo del primer curso de seminario de Zaragoza. Hay un conjunto de circunstancias, ocurridas en este curso 1920-21, que le llevaron a pensar que se había equivocado de camino. Apunta Ramón Herrando algunas posibles motivaciones de esta crisis, de las que señalaré dos. La primera

<sup>58</sup> Era un oficio en el que solicitaba que emitieran su parecer, al final del verano, sobre la conducta observada por cada seminarista en la comunidad parroquial a lo largo del período de vacaciones estivales. El impreso incluía una serie de preguntas a las que se contestaba por lo general con una breve apostilla: sí, no.

<sup>59</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1748, del 17 de julio de 1934.

puede radicar en el choque que se produjo, debido a la diferente procedencia social y cultural de san Josemaría respecto a la casi totalidad de los colegiales. Eran muy pocos los nacidos en familias de clase media urbana, pues la mayoría venía de un ambiente rural, de arraigada fe y religiosidad, pero de usos y costumbres muy distintos<sup>60</sup>. La segunda se puede encontrar en las murmuraciones de otros compañeros, enjuiciando su comportamiento<sup>61</sup>.

Todas estas adversidades tendrían una importancia relativa, siempre que quedaran dentro del ámbito de los compañeros. Sin embargo, hubo un salto cualitativo, pues el inspector de teólogos del Seminario de San Francisco de Paula, Santiago Lucus Aramendía, mantuvo una actitud de rechazo y animadversión hacia Josemaría Escrivá<sup>62</sup>. Que Lucus no lo viera con simpatía era algo más serio pues, por las características del Seminario de San Francisco de Paula, quienes realmente dirigían la vida del seminario eran los inspectores. Y el rector se guiaba, en la mayor parte de los casos, por las informaciones que le proporcionaban los inspectores<sup>63</sup>.

<sup>60</sup> Cfr. Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de S. Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002, pp. 152ss.

<sup>61</sup> En 1940, predicando a seminaristas de Valencia, puso un ejemplo que tiene todo el sabor autobiográfico: «De boca somos caritativos. Pero de obra... Llega la realidad y se esfuman nuestros deseos. Es corriente ver a un muchacho recogido, estudioso, que cumple perfectamente el Reglamento y que crece estupendamente así en el Seminario. Compañeros hay que acechan continuamente, y en sus conversaciones no se les ocurre más que censurarle de hipócrita, que su santidad es ficticia. Comentan con ironía sus actos de piedad. Ésos se parecen a los escarabajos peloteros: de donde la abeja saca sus mieles, ellos sacan basura, el excremento. Así hay muchos. ¡Ojalá no fueras nunca escarabajo y sí en todo momento abeja!» (*Notas tomadas por Vicente Moreno Boria, de la predicación de san Josemaría en los Ejercicios Espirituales predicados a los seminaristas en Valencia, del 2 al 9 de noviembre de 1940. Plática del día 3º, Mandatum novum do vobis [Joan. XIII, 34], del 5 de noviembre de 1940, AGP, A.4, 65-1, m401102, b*).

<sup>62</sup> Así lo recordaban bastantes de los discípulos del joven Escrivá, cuando, después de 1975, se les entrevistó y escribieron sus recuerdos. No lo dejaron consignado por escrito, pero sí que lo afirmaron en las conversaciones (cfr. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 157, nota 135). De los informes de los cursos 1920-21 y 1921-22, que Lucus debió hacer como inspector del San Francisco de Paula, sólo existe el correspondiente a octubre de 1920.

<sup>63</sup> Dice un compañero de seminario: «Es sabido que los seminaristas del San Francisco estaban al cuidado directamente de dos inspectores que, de forma diferente a lo que sucedía en el Conciliar, eran seminaristas ordenados de menores. Los dos inspectores nos turnábamos para que el Seminario estuviese siempre atendido: teníamos un lugar de presidencia en el comedor, vigilábamos el estudio y acompañábamos a los seminaristas a las clases, paseos, etc.». Y añade: «El Rector estaba muy poco en el Seminario. Sus ocupaciones diversas hacían que toda la vida de aquella comunidad dependiera de dos seminaristas: los inspec-

En el caso del seminarista Escrivá, todo indica que el inspector Lucus trasladó al rector informes negativos, los comentarios peyorativos de otros colegiales y una aparente falta de sintonía con el ambiente general. De este modo se entiende un comentario que escribió sobre López Sierra: «Puso realmente todos los medios para que yo abandonara mi vocación». Y añade, entre paréntesis: «con intención rectísima hizo eso»<sup>64</sup>. Esta matización, en la que salva la intención, parece indicar que no lo hizo por animadversión o rechazo personal, sino por otros motivos, como, por ejemplo, guiarse por los informes recibidos de la persona encargada, del inspector.

La decisión de que no continuara en el seminario, por parte del rector, estaba tomada, pero no hubo una expulsión. Más bien fue la convicción de que, como consecuencia de la marcha del curso y por alguna conversación con el seminarista, Escrivá no volvería al seminario en el curso siguiente. En consecuencia, al terminar el curso 1920-21, el rector López Sierra no envió el impreso habitual de petición de informes al párroco de san Josemaría, porque pensaba que no iba a regresar.

Durante el verano, Josemaría Escrivá habló con Gregorio Fernández Anguiano, y expuso cuál era el estado de la cuestión, y cómo, después de la experiencia del primer año como seminarista interno en el seminario de Zaragoza, se sentía «profundamente anticlerical»<sup>65</sup>. A lo largo del verano, Fernández Anguiano restañó las heridas y recondujo la situación. Las conversaciones que mantuvieron le produjeron un gran bien, y recobró la paz y la seguridad: el sacerdocio, a pesar de los pesares, formaba parte de lo que barruntaba que Dios le pedía. San Josemaría superó la crisis y determinó volver al seminario, al acabar el periodo estival. Como ya no se contaba con él para el curso siguiente, y el rector se sorprendería de su vuelta, Gregorio Fernández Anguiano le aconsejó que dijera a José López Sierra que había hablado con él durante el verano, y que, si no tenía inconveniente, le escribiera, pidiéndole su parecer.

tores. Cuando veíamos al Rector era cuando tenía que hacer advertencias con castigos» (relación de Jesús Val Olona, Mataró [Barcelona], 17 de junio de 1978, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 372). Jesús Val Olona fue inspector muy poco después de la marcha de san Josemaría del seminario. No es exacta la afirmación de que los inspectores sólo estaban ordenados de menores. Por ejemplo, Josemaría Escrivá fue inspector también después de recibir el subdiaconado, y cesó cuando se ordenó presbítero.

<sup>64</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933.

<sup>65</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1748, del 17 de julio de 1934.

Cuando, al inicio del curso, se presentó en el seminario, el rector debió sorprenderse de su llegada, y le preguntó por las razones de su vuelta. El caso es que López Sierra escribe, el 17 de octubre, al vicerrector del seminario de Logroño, a Fernández Anguiano, y le dice:

Tenga la bondad de informarme a la mayor brevedad posible al margen de este oficio sobre la conducta moral, religiosa y disciplinar del que fue alumno externo del seminario de su digna dirección D. José M<sup>a</sup> Escrivá Albás, natural de Barbastro, hijo legítimo de D. José y D<sup>a</sup> Dolores, residentes en Logroño con todo lo demás que V. crea oportuno sobre su vocación al estado sacerdotal y cualidades personales, devolviéndome este oficio con el correspondiente informe.

El 20 del mismo mes responde Fernández Anguiano: «Durante su permanencia en este seminario observó una conducta moral, religiosa y disciplinar intachable, dando pruebas claras de su vocación al estado eclesiástico»<sup>66</sup>. Era el parecer de una autoridad con experiencia, perfectamente capacitada para dar una respuesta clara que desvaneciera aquellas dudas, frente a la opinión del inspector del San Francisco de Paula que, a fin de cuentas, era un seminarista más.

A lo largo de este nuevo curso el rector estuvo más atento al proceder, tanto del seminarista Escrivá como del inspector. Y así, al concluir el curso, anota en la página de Lucus Aramendía: «Desempeñó el cargo de Inspector hasta fin del curso 1922, no portándose tan bien como en cursos anteriores»<sup>67</sup>. San Josemaría, por otra parte, al comienzo del curso siguiente, fue nombrado inspector de teólogos, sucediendo a Lucus<sup>68</sup>.

<sup>66</sup> *Oficio del M.I. Sr. Rector del Seminario de San Francisco de Paula, dirigido al M.I. Sr. Rector del Seminario Conciliar de Logroño*, Zaragoza 17 de octubre de 1921 y Logroño 20 de octubre de 1921 (en ADZ, Sección *Seminario de San Francisco de Paula*, caja 7, carpeta nº 1, “Documentación de seminaristas 1921-1925”). Como se ha dicho antes, Mons. Fidel García, el nuevo obispo A.A. de Calahorra-La Calzada, se había reservado el cargo de rector del seminario de Logroño, nombrando vicerrector al anterior director de Disciplina, Gregorio Fernández Anguiano. Por esta razón fue él quien dio respuesta a este oficio del rector del Seminario de San Francisco de Paula.

<sup>67</sup> Anotación en el libro *De Vita et Moribus*, de los alumnos del Seminario de San Francisco de Paula, p. 108. El original se halla en el ADZ, Sección Seminario de San Francisco de Paula, caja 2<sup>a</sup>, tomo II.

<sup>68</sup> Santiago Lucus Aramendía nació en Pitillas (Navarra) en 1898. Después de hacer el servicio militar (desde 1 de agosto de 1919 al 25 de febrero de 1920), llegó a Zaragoza, desde el seminario de Pamplona, en marzo de 1920, para ser profesor de Filosofía. Se ordenó de sacerdote en agosto de 1921. Fue inspector del Seminario de San Francisco de Paula

El segundo hecho está relacionado con un incidente que tuvo con otro seminarista, que provenía de la Rioja. Se trata de la reyerta con Julio Cortés<sup>69</sup>. Es éste un hecho ampliamente documentado, pues son muchos los compañeros que lo recogieron en sus recuerdos<sup>70</sup>. El incidente ocurrió en octubre de 1923, sin que se pueda precisar el día, y tuvo gran resonancia debido a la personalidad destacada de los protagonistas: un seminarista riojano de cuarenta y tres años, conocido por su modo de ser un tanto fanfarrón, al que gustaba la notoriedad<sup>71</sup>, y un inspector del San Francisco de Paula. Tal hecho no podía quedar impune y se impuso un castigo ejemplar. De López Sierra es esta anotación: «Tuvo una reyerta con D. Julio Cortés y se le impuso el correspondiente castigo, cuya aceptación y cumplimiento fue una gloria para él, por haber sido a mi juicio su adversario quien primero y más le pegó, y profirió contra él palabras groseras e impropias de un clérigo, y a mi presencia le insultó en la Catedral de La Seo»<sup>72</sup>.

durante los cursos 1920-21 y 1921-22. Tras opositar a cargos eclesiásticos sin éxito, en diciembre de 1923 ganó las oposiciones al Cuerpo del Clero Castrense. Tuvo diversos destinos por la Península. Al disolverse el cuerpo de capellanes castrenses en 1933, regresó a Pamplona (Expediente militar de Santiago Lucus Aramendía, Archivo General Militar de Segovia, sec. 1ª, división 1ª, legajo L-2034). Acusado de tener ideas izquierdistas, murió fusilado en Navarra el 3 de septiembre de 1936, por un grupo incontrolado de carlistas (cfr. *Archivo Góma: documentos de la Guerra Civil 2, Enero, 1937*, José ANDRÉS-GALLEGO – Antón PAZOS [eds.], CSIC, Madrid, 2002, pp. 267 y 410).

<sup>69</sup> Julio Cortés Zuazo (1880-1953) era un seminarista mayor, de más de 40 años, y tenía una forma de comportarse peculiar. Era alumno del seminario conciliar. Por lo tanto, no coincidía con los alumnos del San Francisco de Paula más que en las clases y en algunos actos comunes de culto o culturales. Se ordenó sacerdote en 1924.

<sup>70</sup> Para un conocimiento pormenorizado de este incidente, cfr. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, pp. 197-201.

<sup>71</sup> Según sabemos, Julio Cortés presumía de haber sido secretario del gobernador de Buenos Aires y de disponer de dinero (relación de Francisco Artal Luesma, AGP, A.5, 195-3-1). Meses después de este incidente, en febrero de 1924, como presidente honorario de una sociedad deportiva de balompié formada dentro del seminario conciliar por los teólogos, abrió el primer partido de fútbol tras una breve, pero sentida alocución, que le valió estrepitosos aplausos (Cfr. «Nuestro Apostolado», Zaragoza, 1 de marzo de 1924, n. 8, p. 16; era la revista del Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio).

<sup>72</sup> Anotación en el libro *De Vita et Moribus*, de los alumnos del Seminario de San Francisco de Paula, p. 111. Es la página de Josemaría Escrivá (en ADZ, Sección Seminario de San Francisco de Paula, caja 2ª, tomo II). Julio Cortés, pasados los años, tuvo una buena relación con el Opus Dei. Siendo párroco de Ircio (Burgos) escribió dos cartas a la vicepostulación de la causa de canonización de Isidoro Zorzano (20 de mayo de 1949 y 15 de septiembre de 1952), pidiendo estampas, para conseguir *entre todos* –dice– elevarlo a los altares. También se interesa, pensando en sus feligreses, por los requisitos que se necesitan para pertenecer al Opus Dei: «Aquí parece que hay algunas personas que miran con sim-

Interiormente san Josemaría quedó afectado y necesitado de consejo para serenar las cosas y dirigir su comportamiento. Con este fin, escribió una carta a Gregorio Fernández Anguiano, muy probablemente el mismo día del suceso, pidiendo consejo. Este sacerdote conocía bien su alma y tenía experiencia personal de las responsabilidades de un superior dentro de su seminario. Por otra parte era conveniente que hubiera en Logroño, ciudad en la que vivían sus padres, una persona con autoridad que estuviera directamente informada por él de lo que había pasado, puesto que podían ponerse en circulación en la capital de la Rioja los comentarios que Julio Cortés pudiera hacer llegar: también Cortés conocía a Fernández Anguiano, y su madre, viuda, Inés Zuazo, residía en la ciudad. Como la respuesta no llegaba, escribió otra carta. Por fin, el día 26 de octubre de 1923 Fernández Anguiano contestó.

La carta tiene una breve introducción, donde se da razón de la tardanza en responder. A continuación, el sacerdote pasa directamente a tratar el caso:

Siento en el alma tu choque con Julio, no tanto por él, que tiene muy poco que perder, como por ti: me hago cargo de que fue inevitable por tu parte, pero ojalá que nunca te hubiera hallado en el trance de defenderte con argumentos tan contundentes. Conozco la nobleza de tus sentimientos y estoy seguro que para estas fechas no abrigas en tu corazón el menor rastro de resentimiento: sin embargo, mirando por la gloria de Dios, por el bien de tus seminaristas y hasta por tu buen nombre debes hacer cuanto esté de tu parte para quitar con tu conducta seria y digna cualquier motivo de desedificación que el hecho tuvo necesariamente que producir en tus chicos: no debes hablar del asunto con otro que con Dios; con los hombres lo menos posible: si la necesidad te obligó a rebajarte por unos momentos hasta su nivel, es preciso que vuelvas a elevarte al que te corresponde y en el que siempre has vivido, quitando todo aquello que pudiera hacerte descender de nuevo. Date cada vez más a la piedad y cuanto ese pobre vejete [Julio Cortés] pueda pensar y hablar de ti, te preocupará muy poco. Quizá hayas faltado en dar a ese pobrete una importancia que no tiene. Aún no he visto a Calixto: seguramente se reirá como se ríe D. Javier y como me hubiera reído también yo (¡qué buenas tentaciones me llegan!) si no te

patía esa Obra en la que pueden santificarse en medio del mundo». Un año antes de morir envió a san Josemaría una tarjeta de visitas que, en su parte impresa, dice: «Julio M<sup>a</sup> Cortés – Capellán del Sanatorio Antituberculoso – “El Neveral” – Jaén»; y en la manuscrita se lee: «Arrepentido y de la manera más sumisa e incondicional. Mea culpa» y la fecha: «8 de octubre de 1952» (AGP, A.1, 3-5-7).

quisiera tan de veras como te quiero. Con que, querido José M<sup>a</sup>, a poner inmediatamente un candado que cierre tus labios, tu memoria, tu imaginación, tu pensamiento y tu corazón y a hacer un propósito *de aragonés* de no abrirlo más que cuando hables con tu amigo, con tu único amigo verdadero, con Jesús, y a seguir en todo sus consejos<sup>73</sup>.

Concluye Fernández Anguiano con un comentario sobre el resultado de los exámenes y con los saludos. El texto de la carta manifiesta el aprecio y conocimiento que este sacerdote tenía de Escrivá y de sus circunstancias, fruto de las conversaciones de los años anteriores; y también resalta el tenor sobrenatural de las indicaciones y consejos que propone.

No hay más documentación sobre la relación entre Josemaría Escrivá y Gregorio Fernández Anguiano.

### *Daniel Alfaro Urriza*

Daniel Alfaro<sup>74</sup> era un sacerdote castrense, amigo de su familia. Fue quien administró los últimos sacramentos a José Escrivá Corzán, estuvo presente en el entierro, rezando un responso, a petición de su hijo Josemaría<sup>75</sup>, y también facilitó a la familia los medios necesarios para hacer frente a los gastos del funeral y del entierro<sup>76</sup>.

<sup>73</sup> Carta de Gregorio Fernández Anguiano a Josemaría Escrivá, Logroño 26 de octubre de 1923 (AGP, A.1, 3-3-4). Las dos personas mencionadas son Calixto Terés y Javier de Laurica, de quienes se hablará más adelante.

<sup>74</sup> Daniel Alfaro Urriza nació en Estella (Navarra) en 1886. Capellán castrense por oposición desde 1913, pasó por varios destinos en África, hasta que, en abril de 1917, se incorporó al Regimiento de Infantería, Bailén n° 24, residiendo en Logroño. En agosto de 1920, fue nombrado capellán del Hospital Militar de Logroño. Estuvo en este destino hasta octubre de 1925, en que se trasladó a Toledo (cfr. *Hoja matriz de servicios del sacerdote castrense don Daniel Alfaro Urriza, 1913-1927*; Archivo General Militar de Segovia, sección 1ª, división 1ª, legajo A-1197). En noviembre de 1927 regresó, enfermo, a Logroño, donde falleció el 14 de diciembre de ese año.

<sup>75</sup> TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, pp. 218-219.

<sup>76</sup> El beato Álvaro del Portillo, en *Entrevista*, pp. 85-86, refiere: «Un sacerdote amigo, don Daniel Alfaro, le prestó el dinero para las exequias. En cuanto le fue posible, se lo devolvió con profunda gratitud, y el Padre [J. Escrivá] no olvidó nunca la generosidad de aquel amigo: rezó por su persona e intenciones todos los días de su vida, en el memento de la Misa, y más tarde, cuando supo que había muerto, encomendó su alma al Señor en la Santa Misa, hasta el 26 de junio de 1975. He podido comprobar cómo se conmovía el Padre recordando la caridad desinteresada de aquel hermano en el sacerdocio».

Sin poder precisar cuándo y cómo comenzó la amistad con la familia Escrivá, sí que se puede afirmar que tanto José Escrivá como Daniel Alfaro se apreciaban. Con Josemaría Escrivá el trato fue más frecuente durante las vacaciones veraniegas, cuando volvía a Logroño, acabado el curso en Zaragoza<sup>77</sup>. De hecho, Daniel Alfaro fue uno de los que testificaron sobre su buena conducta durante las vacaciones de verano, en las tres *Requisitorias para Órdenes Mayores* que, desde Zaragoza, se enviaron a la Diócesis de Calahorra, para que se cumplimentaran<sup>78</sup>.

San Josemaría tuvo ocasión de hablar mucho con este sacerdote, especialmente desde que ingresó en el estado clerical. Alfaro le transmitió experiencias de su labor sacerdotal en los medios castrenses. En agosto de 1931 anotó una de esas conversaciones. Sugiere el apunte la contemplación del comportamiento de la gente, al paso del Santísimo Sacramento, llevado como Viático. Ese modo de proceder ponía de manifiesto la ignorancia en asuntos de religión y de liturgia del pueblo llano. Dice así:

Ahora recuerdo que aquel buen sacerdote, capellán militar, D. Daniel Alfaro (q.e.p.d.) me contó algo que a él le sucedió: fue así: un Sr. Cura de cierta parroquia de Logroño se quejó de que, al encontrar en las calles al Ssmo. Viático, los soldados no sabían qué hacer. Y añadía: Ustedes deben enseñarles su obligación en esos casos. D. Daniel tranquilamente respondió: ¡Señor Cura! ¡Si la culpa no es nuestra!... Es de ustedes, de los señores Párrocos. Si no, veamos. Preguntémosle a un soldado qué debe hacer cuando encuentra al Ssmo. Sacramento. En seguida explicará lo que disponen las Ordenanzas. Muy bien. Pero... ¡como Ustedes, venerables Párrocos, no se han cuidado de enseñarles Quién es el Ssmo. Sacramento! –Yo añado de mi cosecha que todos tenían –tenemos– la culpa<sup>79</sup>.

<sup>77</sup> En su declaración como testigo, en la *Requisitoria para Órdenes*, para el subdiaconado, del 6 de junio de 1924, se lee que don Daniel Alfaro, «de treinta y un [sic] años de edad, vecino de esta ciudad, quien después de ofrecer decir verdad bajo juramento prestado en forma legal, fue interrogado por las preguntas anteriores y manifestó que conoce perfectamente a D. José M<sup>a</sup> Escrivá y Albás por haberle tratado íntimamente durante las vacaciones que en esta ciudad ha pasado con sus padres» (en ADZ, *Expediente del Subdiaconado* de José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula, 14 de junio de 1924).

<sup>78</sup> Cfr. ADZ, *Expedientes de Órdenes*, José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula: *Subdiaconado*, 14 de junio de 1924; *Diaconado*, 5 de diciembre de 1924, y *Presbiterado*, 24 de marzo de 1925.

<sup>79</sup> *Apuntes íntimos*, n. 214, del 5 de agosto de 1931.



El 7 de diciembre de 1956, durante una convivencia con consilia-rios del Opus Dei, en Roma, san Josemaría relató este recuerdo sobre Daniel Alfaro, que refiere Manuel Botas:

Nos contó una anécdota del Capellán castrense que dio los últimos sacra-mentos al Abuelo [don José Escrivá]. Era un hombre enérgico y que tenía una gracia especial para tratar a los soldados –reclutas que venían de los pueblos–: cómo les preguntaba con claridad y delicadeza sobre toda clase de cosas para ayudarles a hacer una buena confesión; aprovechaba siem-pre los tiempos oportunos para preparar a los soldados al cumplimiento Pascual, que en aquella época hasta los más abandonados se acercaban al Sacramento. No recuerdo bien muchos detalles pero nos contó algo así: el Capellán castrense pidió a un sacerdote que le ayudase a confesar en uno de estos tiempos, y él, desde el confesionario de enfrente, veía que los re-clutas, pasaban a una velocidad enorme; mientras el castrense confesaba a uno, el otro confesaba a siete u ocho; cuando acabó la cola del “contratado para confesar”, éste se levantó para marcharse y el castrense, salió hacia la salida a encontrarse con él. ¿Pero ya ha terminado? Y el otro le contestó: es que ninguno tiene *materia* de confesión.... y el castrense le dice, ¿pero qué les pregunta usted? Y recibe esta contestación: “¿has pecado contra el segundo mandamiento? No. ¿Y sobre el sexto mandamiento? No...”. Y el castrense le dio una lección práctica de pastoral en las *preguntas*, ¡pues ningún recluta sabía siquiera *cuáles* eran los mandamientos!<sup>80</sup>.

### *Calixto Terés Garrido*

Calixto Terés<sup>81</sup> era profesor en el Instituto de Logroño. Fue un gran profesor que dejó huella en el fundador del Opus Dei. Toldrà lo describe así:

<sup>80</sup> Relato de Manuel Botas Cuervo, AGP, A.5, 199-1-4.

<sup>81</sup> En líneas anteriores, al mencionar la carta de Fernández Anguiano, de 1923, aparece el nombre de Calixto Terés como persona que conoce y aprecia a san Josemaría. Terés nació en Logroño en 1875. Sacerdote desde 1900, desde 1912 era catedrático de Filosofía en el Instituto de Logroño, y estaba encargado de las asignaturas de Psicología y Lógica, de 5º curso, y de Ética y Rudimentos de Derecho, de 6º curso (cfr. *Memoria de Curso del Instituto Sagasta*, año 1917-1918, pp. 48-51. Estas *Memorias* son las que el secretario leía cada año al inaugurar el curso, y que luego se publicaban en una tirada reducida. Se encuentran en el Archivo de este Instituto). También había sido anteriormente profesor del seminario, ocupación que había dejado para opositar a cátedra de Instituto (cfr. BUJANDA, *Historia del Viejo Seminario*, p. 160). Falleció en 1949.

Don Calixto era menudo de cuerpo y enjuto de carnes; rostro cetrino, con expresión abstraída y serena, mirada penetrante. Inteligente, trabajador. Tenía un trato sencillo y llano, modesto, bondadoso, cordial y abierto, muy sincero e incluso, a veces, algo brusco y desgarrado, sin pelos en la lengua: *muy riojano*, resumen quienes le recuerdan; *consejero inestimable para cuantos acudían a él*. Como profesor fue un buen maestro, de gran cultura y preparación; con un decidido interés en facilitar a sus alumnos el acceso a sus conocimientos; de una entrega total a la docencia, sin limitaciones de tiempo, ni de esfuerzo, ni de horarios; tolerante para conceder aprobados pero exigente para dar calificaciones altas. Todo ello le daba prestigio y sabía ganarse al alumnado<sup>82</sup>.

Sus alumnos recordaban unas lecciones sobre el Marxismo que impartió en el curso 1917-18. Hay que tener presente que la Revolución Rusa había tenido lugar unos meses antes, en el primer trimestre de ese curso. Estas clases quedaron grabadas en la memoria de los estudiantes por la profundidad, ecuanimidad y claridad de las ideas expuestas<sup>83</sup>. Y fue tanto el impacto que, a partir de ese curso, continuó explicando esa materia con bastante extensión en los cursos siguientes.

Pasados los años, finalizada la Guerra Civil española, Calixto Terés y Josemaría Escrivá tuvieron oportunidad de volver a tratarse. En concreto, el primero visitó en varias ocasiones a san Josemaría, en su domicilio de Madrid. Y con motivo de otros viajes hechos a Logroño, a lo largo de los meses siguientes, Escrivá encontró la forma de pasar a saludar a Terés.

La primera visita la cuenta José Luis Mena:

Correrían ya los años cuarenta cuando vino a Madrid y se alojó en mi casa D. Calixto Terés. Había sido D. Calixto nuestro tutor en el fallecimiento

<sup>82</sup> TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, pp. 90-91. José Luis Mena Salinas de Medinilla cuenta: «En el verano de 1923 tanto Josemaría como yo, nos proponíamos comenzar la carrera de Derecho. Teníamos que hacer algunas asignaturas de un curso preparatorio que dependía de la Facultad de Filosofía y Letras. Nos propusimos presentarnos ya en aquel mismo Septiembre. [...] Durante todo el verano de 1923 nos reuníamos diariamente con mi padre que nos ayudaba a preparar los exámenes que íbamos a rendir en Septiembre». La Literatura «era la asignatura más fuerte que debíamos hacer. La Lógica no suponía tanto problema: la habíamos estudiado en el bachillerato con D. Calixto Terés, que era un excelente profesor y Josemaría además había hecho los estudios de filosofía del Seminario» (Entrevista de Benito Badrinas a José Luis Mena Salinas de Medinilla, Madrid, 24 de agosto de 1977, en *ibid.*, p. 305).

<sup>83</sup> Cfr. Entrevista a Antonio Urarte Balmaseda, Santander 20 de septiembre de 1977, cit. en TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, p. 312.

de mi padre, y tenía también un gran afecto a Josemaría, porque lo había tenido de alumno en el Instituto de Logroño –era Catedrático de Psicología, Lógica, Ética y Derecho–, y posiblemente también en el Seminario. Estuvimos viendo a Josemaría en un antiguo palacete que había en la calle Diego de León, esquina a Lagasca. Nos recibió con una alegría y con un cariño extraordinario, como se recibe a dos verdaderos amigos. Fue un día grande: estuvimos toda la tarde con él<sup>84</sup>.

De otra de las visitas a Madrid hay un relato escrito por Francisco Botella, que vivía entonces en un centro del Opus Dei, en la calle Martínez Campos. En el último trimestre de 1940 Josemaría Escrivá invitó a Calixto Terés a comer, en este centro. Escribe Botella:

A D. Calixto le conocíamos a través de los recuerdos del Padre [J. Escrivá], que nos refirió anécdotas de los tiempos en que había sido alumno suyo de Latín<sup>85</sup>, en el Instituto de Logroño. Cuando hablaba de él siempre había un tono cariñoso en sus palabras, resaltando la fuerte personalidad de D. Calixto. Era un sacerdote con mucha categoría humana. Por eso, cuando nos presentó el Padre antes del almuerzo, nos portamos con la naturalidad de quien le pudiera conocer desde hacía años. D. Calixto manifestó confianza contando cosas de aquellos años de bachillerato del Padre. Con su franqueza riojana nos hizo pasar un buen rato. Y nos llenó de ilusión al proyectar en nuestra imaginación la imagen del Padre en sus años de adolescente. Logró poner colorado alguna vez al Padre, cuando salían atropelladamente de su boca los elogios que de él hacía, dejándolos caer como si se le escaparan a su pesar<sup>86</sup>.

Pedro Casciaro cuenta otros dos encuentros. Del primero, en Madrid, en el curso 1939-40, dice lo siguiente:

En aquellos meses se presentó más de una vez en la Residencia de la calle de Jenner un sacerdote de unos sesenta años de edad. Hablaba con un fuerte y simpático acento aragonés-riojano. En una ocasión en la que fui yo quien le abrió la puerta, mientras se introducía con toda naturalidad en el vestíbulo, me dijo como si me conociera de toda la vida: “¡Hola, chico! Avisale al Padre que está aquí Calixto, el cura ‘e’

<sup>84</sup> Entrevista de Benito Badrinas a José Luis Mena Salinas de Medinilla, Madrid, 24 de agosto de 1977, cit. en TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, p. 306.

<sup>85</sup> Francisco Botella se confunde. Terés no fue profesor de Latín de Escrivá en el Instituto. Era catedrático de Filosofía, y le dio clase de Ética y Rudimentos de Derecho.

<sup>86</sup> Relato de Francisco Botella Raduán, AGP, A.5, 198-1-1.

Logroño”. Me parece que su nombre completo era Don Calixto Terés, pero no lo puedo asegurar porque nunca usaba su apellido: se ve que con el nombre de Calixto se sentía suficientemente identificado y más si añadía que era de Logroño. Supe luego que había sido profesor de Filosofía del Padre en el Instituto General y Técnico de Logroño, que era el nombre que entonces tenían los centros de enseñanza oficial donde se cursaba el bachillerato. Al saber esta circunstancia de D. Calixto, debo confesar que atrajo inmediatamente mi simpatía y también mi curiosidad<sup>87</sup>.

El segundo encuentro fue en Logroño; a comienzos de diciembre de 1942 se le presentó la oportunidad de ir con san Josemaría a la capital riojana. Escribe:

En un pequeño Citroën –que fue el primer medio de transporte que tuvimos en la historia de la Obra– hicimos el viaje acompañando al Padre [J. Escrivá], Don Álvaro del Portillo, Ricardo Fernández Vallespín, Francisco Botella y yo. Una vez en Logroño, estuvimos en casa de D. Calixto [Terés] que, a pesar de su carácter aparentemente tosco, se deshizo en manifestaciones de cariño con el Padre y con nosotros: nos veía como “los chicos de Josemaría”. No nos fue difícil a Paco [Francisco] Botella y a mí convencer a Don Calixto para que nos llevara a conocer el edificio del Instituto, del que entonces precisamente era el Director. Nuestro interés era darnos cuenta de aquel ambiente donde el Padre había estudiado el bachillerato, y, de paso, hacerle a D. Calixto todas las preguntas que pudiéramos. No fue tan fácil en cambio superar la resistencia del Padre, que adivinaba que nuestro interés no era precisamente por la arquitectura estilo Regencia del edificio. Para que no tuviéramos muchas oportunidades de tirar de la lengua a D. Calixto es por lo que pienso que el Padre se decidiera a acompañarnos, y con él Don Álvaro. Estando ya en el vetusto edificio del Instituto, Don Álvaro, Paco y yo logramos con D. Calixto separarnos del grupo que varias personas habían formado en torno del Padre. Aprovechamos entonces para pedirle que nos enseñara el aula donde él había explicado sus clases al Padre más de veinte años atrás. Nos llevó enseguida y, apenas entrar en el aula, nos señaló inmediatamente un pupitre: “Ahí se sentaba..., *paece* que lo estoy viendo como si fuera ayer; en tantos años que llevo de catedrático no he tenido otro *rapaz* tan listo y tan vivo como él, ni tan simpático... Además, siempre estaba más alegre que unas castañuelas... ¡Ya me imaginaba que algo *gor-do* iba a hacer en este mundo!... ¡Y vaya que lo está haciendo!”. Viendo

<sup>87</sup> Relato de Pedro Casciaro Ramírez, AGP, A,5, 203-3-3.

que D. Calixto tenía tan vivo el recuerdo del Padre como estudiante, le preguntamos: ¿Quién sacaba mejores calificaciones, el Padre o Isidoro [Zorzano]? –“Josemaría, que siempre tenía sobresaliente”, –respondió Don Calixto sin vacilar–. “Además, no creáis que tenía que estudiar mucho: cogía las cosas al vuelo; Isidoro tenía que estudiar más”. Cuando nos disponíamos a hacerle nuevas preguntas, apareció el Padre mirándonos como si nos dijera: os he pescado *in fraganti*. D. Calixto, señalando el sitio de su antiguo alumno, el Padre, le dijo: “¡chiquito, ahí te sentabas tú!”. Aunque un tanto frustrados por no poder seguir el interrogatorio, nos quedamos muy satisfechos de haber oído aquellas simpáticas y espontáneas exclamaciones de D. Calixto que mostraban bien a las claras las excepcionales cualidades humanas de nuestro Padre desde aquellos años de bachillerato<sup>88</sup>.

La última referencia que tenemos sobre la relación entre Calixto Terés y Josemaría Escrivá es de 1947. Estaba a punto de comenzar el proceso de canonización de Isidoro Zorzano, y para preparar una relación de posibles testigos, pidieron colaboración a Terés, que en esas fechas era director del Instituto de Logroño. El 20 de noviembre envió una relación de condiscípulos. El orden de los alumnos no es alfabético. Detrás de cada nombre se indica el lugar de nacimiento, el domicilio y la profesión. La carta está dirigida a Pedro Casciaro y a Josemaría Escrivá<sup>89</sup>.

### *Xavier de Lauzurica y Torralba y Francisco Javier Vidal Bregolat*

Para terminar la relación de sacerdotes de Logroño que tuvieron un trato *sacerdotal* con el fundador del Opus Dei, hay que mencionar a Lauzurica y a Vidal Bregolat.

Francisco Xavier de Lauzurica y Torralba<sup>90</sup>, canónigo de La Redonda y profesor del seminario, era sobrino de Calixto Terés. En Logroño se ini-

<sup>88</sup> Relato de Pedro Casciaro Ramírez, AGP, A,5, 203-3-3.

<sup>89</sup> *Relación de condiscípulos de Josemaría Escrivá en el Instituto General y Técnico de Logroño, confeccionada por don Calixto Terés Garrido, Logroño 20 de noviembre de 1947*; AGP, IZL D-1096.

<sup>90</sup> Francisco Xavier de Lauzurica y Torralba nació el 3 de diciembre de 1890, en Yurreta, cerca de Durango (Vizcaya). Doctor en Filosofía, Teología y Derecho Canónico por la Universidad de Comillas. Se ordenó sacerdote en 1917. En 1922 se incorporó como profesor en Filosofía y director de Disciplina del seminario de Logroño. Antes había ganado por oposición la plaza de canónigo archivero de La Redonda. Más tarde obtuvo la plaza de canónigo penitenciario de la catedral de Zamora y, en 1926, canónigo doctoral de Valencia. Consagrado obispo en 1931, fue auxiliar de Valencia, administrador apostólico

ció su amistad con san Josemaría. En la carta, arriba citada, de Fernández Anguiano, se le menciona como persona que está al tanto de las circunstancias personales y vicisitudes de Escrivá en Zaragoza. Cuando falleció José Escrivá, estuvo velando el cadáver en el domicilio familiar<sup>91</sup>. Años más tarde se retomó el trato, primero en Valencia, donde fue obispo auxiliar, y durante la Guerra Civil, en Vitoria, diócesis de la que fue administrador apostólico.

Francisco Javier Vidal Bregolat<sup>92</sup> era Beneficiado de La Redonda. Firmó como testigo en las requisitorias de dos de las órdenes mayores de Josemaría Escrivá<sup>93</sup>, pues le conocía por la relación que tenía con sus padres<sup>94</sup>. Aunque no tenemos referencias de las conversaciones que pudieron mantener Vidal Bregolat y Josemaría Escrivá, de la documentación que ha llegado hasta nosotros se deduce que había conocimiento y confianza. De hecho, cuando, en 1927, san Josemaría se trasladó a Madrid, Vidal le prestó una cantidad de dinero para hacer frente a los primeros gastos de su estancia en la capital. La relación se mantuvo por medio de la correspondencia<sup>95</sup>. Más tarde, estuvo en contacto también por medio de Isidoro Zor-

de Vitoria, obispo de Palencia y arzobispo de Oviedo. En 1960 se retiró, por enfermedad, y se trasladó a Madrid, donde falleció en 1964. Cfr. Francisco CROSAS, *Epistolario de san Josemaría Escrivá de Balaguer y mons. Javier Lauzurica (enero 1934 – diciembre 1940)*, SetD 4 (2010), pp. 411-435.

<sup>91</sup> Cfr. Conversación de José Luis Illanes con María Teresa Larios Fanjul, cit. en TOLDRÀ PARÉS, *Josemaría Escrivá*, p. 315.

<sup>92</sup> Francisco Javier Vidal Bregolat nació en Barcelona en 1891. Se ordenó sacerdote en 1917 (en *La Veu de Catalunya*, del 27 de noviembre de 1916, p. 3, se da la noticia de su ordenación diaconal). En 1918 ya era beneficiado, con el cargo de salmista, de Santa María de La Redonda (cfr. «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Calahorra» 1918, p. 8). En 1927 se trasladó a Málaga como sochantre de la catedral. Falleció en Málaga, en 1960.

<sup>93</sup> Cfr. ADZ, *Expedientes de Órdenes*, José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula: *Subdiaconado*, 14 de junio de 1924; y *Diaconado*, 5 de diciembre de 1924.

<sup>94</sup> En su declaración como testigo, en la *Requisitoria para Órdenes*, para el subdiaconado, del 6 de junio de 1924, se lee que don Francisco Javier Vidal Bregolat, «prestó juramento en forma legal para decir verdad, y viendo preguntas anteriores, dijo: que conoce a Don José M<sup>a</sup> Escrivá Albás, por ser relacionado con sus padres y haber estado éste con ellos durante las vacaciones» (en ADZ, *Expediente del Subdiaconado* de José María Escrivá Albás, Seminario de San Francisco de Paula, 14 de junio de 1924).

<sup>95</sup> En AGP se conservan cartas de Francisco Javier Vidal a Josemaría Escrivá que testimonian esta relación: una del 27 de julio de 1927, dirigida a la calle Larra. También hay una tarjeta postal del 18 de marzo de 1931, felicitándole por su santo, dirigida a la calle José Marañón (Patronato de Enfermos). Hacia 1930 (no se lee bien la fecha), trabajando en la secretaría-contaduría central diocesana de la Administración del Obispado de Málaga, contesta por carta a Escrivá en relación con la liquidación de una cuenta pendiente.

zano, que residía en Málaga<sup>96</sup>. El último encuentro entre Vidal y Escrivá tuvo lugar el 31 de marzo de 1945<sup>97</sup>. En esa ocasión le habló de la rama femenina del Opus Dei<sup>98</sup>.

## EN ZARAGOZA

El 14 de febrero de 1964, aniversario de una fecha fundacional del Opus Dei, san Josemaría repasó, en una meditación, acontecimientos de su existencia en los que veía cómo la mano de Dios le había guiado y preparado para cumplir su misión de fundador. Tras recordar la época vivida en Logroño, dijo:

Pasó el tiempo y sucedieron muchas cosas duras, tremendas, que no os digo porque a mí no me causan pena, pero a vosotros sí que os la darían. Eran hachazos que Dios Nuestro Señor daba para preparar –de ese árbol– la viga que iba a servir, a pesar de ella misma, para hacer su Obra. Yo, casi sin darme cuenta, repetía: *Domine, ut videam! Domine, ut sit!* No sabía lo que era, pero seguía adelante, adelante, sin corresponder a la bondad de Dios, pero esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no sabía cómo calificar y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que hacer esfuerzo. Adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad. [...] Fueron los años de Zaragoza<sup>99</sup>.

Es una nueva fase, continuadora de los barruntos de Logroño, convertidos en oración por medio de las jaculatorias *Domine, Domina, ut videam!*, *Domine, Domina, ut sit!* A éstas, en Zaragoza, se añadió otra: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*<sup>100</sup>. Esta jaculatoria procedía de una experiencia sobrenatural en la que obtuvo una percepción más profunda

<sup>96</sup> Se conserva, por ejemplo, una carta de Josemaría Escrivá a Isidoro Zorzano, del 19 de febrero de 1931 (AGP, A.3-4, 253-1, carta 310219-01). En la postdata de esta carta, dice a Zorzano: «Si ves a D. Fco. dile que estuve con la gripe; por eso tardé en hacer su encargo».

<sup>97</sup> Anotación en la epacta del año 1945, AGP, A.2, 180-1-7.

<sup>98</sup> Relación-diario, escrita por José Luis Múzquiz, del viaje a Andalucía del 27 de marzo al 5 de abril de 1945, AGP, A.2, 15-2-8.

<sup>99</sup> Meditación *Los pasos de Dios*, 14 de febrero de 1964, recogida en *En diálogo con el Señor*, ed. crit.-hist., p. 201.

<sup>100</sup> Lc 12,49.

de la frase de Jesús que recoge san Lucas<sup>101</sup>. Estas palabras, explica el fundador del Opus Dei, «durante años, me encendían en amor de Dios [...]. Yo no podía contener dentro de mí aquel hervor, que se abría impetuosamente en mi alma y salía a gritos de mi boca»<sup>102</sup>. Era tal el ímpetu, que incluso sentía la necesidad de desfogar el *hervor* cantando<sup>103</sup>.

Fue una época que conoció una acción del Espíritu Santo en el alma de san Josemaría especialmente intensa, con luces y mociones interiores cuyo contenido anotaba en cuartillas. El 2 de octubre de 1928, esas notas encontraron un sentido más pleno y un lugar, con la luz fundacional del Opus Dei<sup>104</sup>.

No es el objetivo de este trabajo desarrollar esta fase pre-fundacional del Opus Dei, sino indicar que, ante esa «colección de gracias, una detrás de otra», y los «hachazos» de purificación, era especialmente conveniente un director de almas experimentado. Sin embargo, en aquellos años, en el Seminario de San Francisco de Paula, donde residía Josemaría Escrivá y era inspector, no existía *de facto* el cargo de director espiritual. Un compañero de seminario, Jesús Val Olona, afirma con contundencia: «No teníamos tampoco ninguna dirección espiritual institucionalizada»<sup>105</sup>. Sí que había, como

<sup>101</sup> En 1963 recordaba, hablando de sí mismo en tercera persona: «Me acuerdo de aquel pobrecito que oía en el fondo de su alma, por años, sin saber lo que era: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (Lc 12,49). En medio de la flaqueza humana, respondía: *ecce ego, quia vocasti me!* (1Sam. 3,6). Señor, aquí me tienes, porque me has llamado..., y sin saber a qué le llamaba» (*Mientras nos hablaba en el camino*, AGP, Biblioteca, P13, pp. 216-217); meditación *Un traje a la medida*, del 25 de febrero de 1963. Esta vivencia sobrenatural quedará reflejada en el n. 52 de *Forja*.

<sup>102</sup> *Mientras nos hablaba en el camino* (AGP, Biblioteca, P13, p. 204); meditación *Para ser levadura*, del 27 de marzo de 1962.

<sup>103</sup> En la meditación *En las faenas de la pesca*, del 16 de abril de 1954, en *Mientras nos hablaba en el camino* (AGP, Biblioteca, P13, p. 70), se lee este breve relato autobiográfico: «Mi hermano Santiago me recuerda a veces que, cuando él era pequeño, me oía cantar aquello del Evangelio: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (Lc 12,49)».

<sup>104</sup> El 2 de octubre de 1931, escribió en sus *Apuntes íntimos*, n. 306: «Recopilé con alguna unidad las notas sueltas, que hasta entonces venía tomando». En la *Instrucción 19 de marzo de 1934*, nn. 6-7, refiriéndose a esas experiencias sobrenaturales anteriores al 2 de octubre de 1928, escribió: «La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre [...]. Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho».

<sup>105</sup> Relación de Jesús Val Olona, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 372. Y añade Jesús Val: «Hasta 1926 no hubo Director espiritual en el Seminario: D. Andrés Vicente. En aquellos años disponíamos sólo de unos confesores de fuera que venían una vez por semana. Además nos podíamos también confesar –si alguien lo requería– con los sacerdotes del san Carlos que estaban en los confesionarios de la iglesia mientras oíamos



se puede leer en este relato, y en los recuerdos de otros seminaristas, la práctica frecuente de la confesión sacramental, pero de un modo que no daba lugar a una dirección espiritual más allá de los consejos impartidos en el Sacramento de la Penitencia.

Esto explica que san Josemaría, en los años de seminario de Zaragoza, cuando se sintió especialmente necesitado de consejo por algún hecho relevante, buscara la ayuda de Gregorio Fernández Anguiano, como ya hemos visto antes. Sin embargo, excepto en los periodos vacacionales, este modo de proceder era algo extraordinario, no habitual. Por tanto, ante la acción de la gracia en su alma, y para discernir el sentido de las luces interiores, se puede afirmar que no encontró quién le pudiera aconsejar. Fue en la misma oración donde fue captando el sentido de las vivencias interiores y sobrenaturales que experimentaba su alma. Hay una expresión del fundador del Opus Dei, referida a los primeros tiempos de su vocación, que implícitamente manifiesta la ausencia de consejeros en esos años: «esto me lo enseñó el Espíritu Santo, porque no tenía otro Maestro que me pudiera dar esa enseñanza»<sup>106</sup>.

la Santa Misa que celebraba D. Miguel de los Santos Díaz Gómara. Llegó a ser tal la falta de costumbre para la dirección espiritual que cuando teníamos que hablar con D. Andrés Vicente –a partir de 1926– semanalmente, no era raro que se te acercase alguno y te dijese: “Dime algo que pueda hablar con el padre”».

<sup>106</sup> Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000, p. 249. En otro escrito, san Josemaría explica más por extenso su experiencia de la acción del Espíritu Santo en la guía del alma: «Dios continúa actuando sus misericordias y poniendo por obra la historia de sus *mirabilia* (cfr. Ps. LXXVI,15), de sus obras admirables. Y sigue fijando sus ojos en instrumentos desproporcionados, que experimentan aquel mismo sagrado temor y sufren ante la acción del Espíritu Santo, que es espolón de acero exigente, porque hasta aquí lleva Dios, como Maestro, a las almas sin maestro: *baja, si quieres subir; pierde, si quieres ganar; sufre, si quieres gozar; muere, si quieres vivir*, dice el místico castellano. Os puedo asegurar, hijos míos, que esas almas no ambicionan ni desean las manifestaciones de esa *ordinaria providencia extraordinaria* de Dios, y que tienen una profunda conciencia de no merecerlas: os vuelvo a repetir que sus sentimientos ante ellas son de temor, de miedo. Aunque después, el aliento del Señor –*ne timeas!*– les comunica una seguridad inquebrantable, las enciende en ímpetu de fidelidad y de entrega; les da luces claras, para cumplir su Voluntad amabilísima; y las enardece, para lanzarse a metas inaccesibles al alcance humano» (Josemaría Escrivá, *Carta 6 de mayo de 1945*, n. 5). Las palabras del místico castellano proceden de la obra de Antonio PANES, *Escala mística y estímulo de amor divino*, ed. de Francisco PONS FUSTER, Madrid, Fundación Universitaria Española y Universidad Pontificia de Salamanca, 1995, p. 207.

*José López Sierra*

En la anotación del 22 de marzo de 1933, hablando de los sacerdotes que «dieron calor a mi incipiente vocación», después de los señalados en Logroño, añade: «En Zaragoza, D. José López Sierra, el pobre Rector de S. Francisco a quien el Señor cambió de tal manera que, después de poner realmente todos los medios para que yo abandonara mi vocación (con intención rectísima hizo eso), fue mi único defensor contra todos incluso contra el Sr. Arcediano»<sup>107</sup>.

José López Sierra<sup>108</sup> era el rector del Seminario de San Francisco de Paula desde 1920, coincidiendo con la llegada de Escrivá a este centro. Desempeñó ese cargo hasta 1926. Ya se ha explicado arriba que el rector estaba muy poco en el seminario, y para la dirección y gobierno se apoyaba en los inspectores<sup>109</sup>; también se ha visto lo que sucedió en el primer curso de seminario. En el comienzo del curso siguiente, y tras la respuesta de Gregorio Fernández Anguiano, fijó más su atención en él y en el inspector Lucus. La consecuencia –como hemos visto anteriormente– fue que en el curso siguiente Escrivá fue nombrado inspector de teólogos del San Francisco de Paula, ocupando el puesto que Lucus dejó vacante tras su marcha. Desde esa fecha, el trato entre el rector y el inspector se intensificó<sup>110</sup> y hubo conversaciones y despachos sobre la marcha del seminario y sobre las iniciativas que se podían tomar para mejorar la calidad de la formación de los seminaristas. Fruto de estas entrevistas fue el aumento de la estima y admiración del rector

<sup>107</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933. El arcediano que menciona es Carlos Albás Blanc, hermano de Dolores Albás, madre de san Josemaría. Sobre las relaciones entre san Josemaría y Carlos Albás, cfr. la relación de Francisco Moreno Monforte, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 353. Sobre las palabras: «Después de poner realmente todos los medios para que yo abandonara mi vocación», cfr. *supra*, en el apartado dedicado a Gregorio Fernández Anguiano; HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, especialmente el apartado *Contradicciones y maduración en la vocación*, pp. 152-159.

<sup>108</sup> José López Sierra, rector de Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza, nació en Tuy (Pontevedra) en 1879. Su familia se trasladó a Buñuel. Ordenado sacerdote en 1904, a título de patrimonio, por la Diócesis de Tarazona, se licenció en Teología en Zaragoza. Siguiendo al cardenal Soldevila, llegó a Zaragoza. En 1919 pasó a formar parte de los sacerdotes del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, y en 1919 fue nombrado rector del Seminario de San Francisco de Paula. Falleció en Buñuel (Navarra), en 1962.

<sup>109</sup> Cfr. relación de Jesús Val Olona, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 372.

<sup>110</sup> «En el Seminario de Zaragoza, donde no había un director espiritual específico, le ayudó sobre todo el Rector, don José López Sierra» (DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 129).

por san Josemaría, como queda recogido en el relato que, a petición del beato Álvaro del Portillo, escribió el 26 de enero de 1948. En ese documento hay un párrafo en el que, como de pasada, López Sierra apunta uno de los temas de conversación:

Forjador de jóvenes aspirantes al sacerdocio, no era de admirar fuese más adelante forjador de jóvenes seglares: bien los conocía, con ellos había convivido en las aulas del Instituto y de la Universidad, y eso no obstante, observa un vacío en la formación religiosa de estos jóvenes intelectuales, las instituciones existentes no son adecuadas para albergar en su seno a estos jóvenes de los tiempos modernos, es necesaria una nueva institución, que los acoja. Varias veces me habló sobre el particular con motivo de un reglamento anónimo, que por casualidad llegó a nuestras manos<sup>111</sup>.

Escrivá dice de López Sierra que, a partir de un momento, «fue mi único defensor contra todos incluso contra el Sr. Arcediano». Esta defensa hay que situarla en los dos últimos cursos de su estancia en el seminario. En los cursos 1921-22 y 1922-23, como recuerdan algunos de sus compañeros, el cardenal Soldevila le trataba con una deferencia especial, invitándole a que fuera por el arzobispado para conversar<sup>112</sup>. Pero tras su muerte, la diócesis, en sede vacante, quedó gobernada por el vicario capitular, José Pellicer Guiu. En esas circunstancias la influencia de Carlos Albás creció, al tiempo que el distanciamiento con su sobrino aumentaba, tensándose cada vez más las relaciones<sup>113</sup>. En noviembre de 1924, falleció José Escrivá Corzán, y su hijo Josemaría, ahora nuevo cabeza de familia, trasladó a su madre y hermanos a Zaragoza. Carlos Albás no aprobó esta decisión, se disgustó y evitó rela-

<sup>111</sup> Relación de José López Sierra, Zaragoza, 26 de enero de 1948; AGP, A.1, 3-5-6.

<sup>112</sup> Refiere Francisco Moreno Monforte, en su relación: «Se notaba que el Cardenal Soldevila –entonces Arzobispo de Zaragoza– le distinguía mucho. Cuando se encontraba con nosotros en el Seminario, en la Catedral o en cualquier otro lugar, solía dirigirse a Josemaría delante de los demás y le preguntaba cómo se encontraba, cómo le iban los estudios. Alguna vez oí que le decía: “Ven a verme cuando tengas un rato”» (en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 355).

<sup>113</sup> La relación entre san Josemaría y su tío Carlos, canónigo arcediano de Zaragoza, buena en los primeros años de su estancia en esta ciudad, se enrareció con el paso del tiempo, por la postura crítica de Carlos Albás con la conducta de su cuñado en la gestión de la liquidación de su negocio y, también, por una concepción del sacerdocio opuesta a la de su sobrino. Al llevar san Josemaría a su familia a Zaragoza, y no secundar al arcediano en los proyectos de hacer carrera sacerdotal, el trato se enfrió y, en ocasiones, derivó en oposición abierta (cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, capítulos 3 y 4).

cionarse con su hermana y sobrinos<sup>114</sup>. No hay datos concretos sobre esa oposición, durante los dos últimos años de seminario. Sí consta que, una vez ordenado sacerdote, el arcediano se sirvió de su influencia, para que le destinaran lejos de Zaragoza, y si, con todo, se quedaba en la ciudad, que no recibiera ningún encargo pastoral en la capital<sup>115</sup>. Fue probablemente en esos momentos, cuando José López Sierra salió en defensa de Josemaría Escrivá.

### *Antonio Moreno Sánchez*

Antonio Moreno Sánchez era el vicepresidente del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, institución que compartía edificio con el Seminario de San Francisco de Paula. Sabemos que san Josemaría tuvo trato con él. En el origen de esta amistad está Francisco de Paula Moreno Monforte<sup>116</sup>,

<sup>114</sup> Santiago Escrivá de Balaguer escribe en su relación que un día, en Zaragoza, «mi madre fue a ver a su hermano Carlos. Me imagino que iría a pedirle que ayudase a Josemaría a obtener un destino más adecuado en la diócesis para poder atendernos. Mi tío Carlos era el Canónigo Arcediano de la Catedral. Mi madre me llevó a mí para acompañarle, con sólo seis años, y hubo una escena violentísima, porque el tío Carlos no quiso recibirla: la echó de su casa, empujándola. Recuerdo bien que mi madre salió llorando» (AGP, A.5, 210-1-5).

<sup>115</sup> Refiere el sacerdote Salustiano Escorihuela Oliver, en diciembre de 1975, la siguiente anécdota: «En mis primeros años de seminarista oí hablar a mi madre que un sacerdote llamado José María Escrivá estuvo destinado a mi pueblo (Cantavieja – Teruel) y que iba a hospedarse en casa de mis abuelos maternos, llamados Antonio Oliver y Estefanía Ibáñez. Que, desconociendo los motivos, no llegó a venir a la citada parroquia. Años más tarde, en la tertulia que tuvo el Padre [J. Escrivá] con sacerdotes (Castellldaura [Barcelona], noviembre 1972), y al terminar la misma, pude hablar unos momentos con el Padre y le pregunté si recordaba lo que me contó mi madre. Me dijo que sí, que lo mandaban “allá donde canta la vieja”, pero que, por último, lo destinaron a Perdiguera. Siguió una escena emotiva para mí, porque me hizo bromas con el nombrecito de mi pueblo» (AGP, A.5, 210-1-2). Cantavieja es un pueblo de la provincia de Teruel, entonces de la Diócesis de Zaragoza. Estaba a doscientos kilómetros de la capital de Aragón, en una zona montañosa y de difícil acceso.

<sup>116</sup> Francisco de Paula Moreno Monforte nació en Cascante (Teruel) en 1900. Su padre, fallecido a comienzos de 1920, era médico en Villel (Teruel). Era, de hecho, el único seminarista que procedía de una familia de clase media, frente al resto de los seminaristas, que venían de un medio rural. Probablemente por esta razón, san Josemaría y Francisco Moreno sintonizaron enseguida, y su amistad se extendió de por vida al resto de su familia. Moreno se ordenó en 1922, y siguió viviendo en el edificio del Seminario de San Carlos, con el rango de inspector. En 1924 abandonó el ministerio, obteniendo la secularización en los años sesenta. El fundador del Opus Dei hizo, a lo largo de su vida, varios intentos para conseguir que volviera al sacerdocio. Francisco Moreno falleció en Barcelona en 1981. Escribió una relación que manifiesta la amistad y la admiración que tuvo durante toda su vida por su amigo Josemaría Escrivá, además de ser la más completa y rica de las relaciones escritas

compañero y gran amigo de Escrivá, incorporado en 1920 al Seminario de San Francisco de Paula. Francisco era sobrino de Antonio Moreno.

Francisco Moreno le presentó a su tío y, a partir de ese primer encuentro, se produjo una empatía entre Antonio Moreno y el seminarista Escrivá. Sin embargo, en los primeros dos años de seminario, no pudo ser muy frecuente el trato, pues los alumnos del Seminario de San Francisco de Paula no tenían permitido pasar a la zona reservada a los sacerdotes del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, a no ser que tuvieran algún encargo específico –no era el caso de san Josemaría–, o fueran llamados.

A partir del curso 1922-23, al ser nombrado inspector, tenía libertad para pasar a esa zona del edificio, lo que hacía con cierta frecuencia para buscar, en las tribunas de la iglesia del San Carlos, un lugar recogido para su oración, o para acceder a la rica biblioteca que poseía ese seminario. Algunos seminaristas eran fámulos de los sacerdotes del San Carlos, y Escrivá se reunía con ellos en esta parte del edificio, para llevar a cabo su misión, como inspector, de formar<sup>117</sup>. Francisco Moreno, también a partir de ese curso, comenzó a residir, con el rango de superior, en el San Carlos, y el inspector Escrivá, al comienzo, iría a ver a Antonio Moreno en compañía del sobrino, pero muy pronto esas visitas se hicieron más frecuentes sin necesidad de

por los compañeros de seminario de san Josemaría. Se encuentra en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, pp. 351-359.

<sup>117</sup> A partir de un determinado momento, Escrivá empezó a tener tertulias con algunos seminaristas. Puede pensarse que fue el medio que ideó para poder tratar y formar personalmente al grupo de colegiales fámulos del San Carlos. Estos seminaristas vivían, en cierto modo, separados del resto de los colegiales, pues aunque su superior era el rector del San Francisco, en la práctica dependían de los sacerdotes directores del San Carlos. Frecuentemente no participaban de los recreos e incluso no podían acudir a vela, como se llamaba a las horas de estudio; además, dormían en las habitaciones que había junto a las de los directores del San Carlos a los que servían, zona a la que estaba prohibido acceder a los demás colegiales. San Josemaría, por ser inspector, podía pasar a esa zona, y al menos desde el otoño de 1922, comenzó a dar a esta prerrogativa de su cargo una finalidad formativa con los seminaristas fámulos. Cfr. Relatos de Clemente Cubero, Arsenio Górriz y Jesús López Bello, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, pp. 334-337 y 345-347). Todos coinciden en decir que, en un cierto momento, empezaron a descubrir en Josemaría Escrivá muchas facetas de su personalidad y de su modo de pensar que a otros les pasaron inadvertidas. Por ejemplo, destacan su buen humor desbordante cuando es tratado con intimidad. Por lo que refiere Arsenio Górriz, los temas que salían en estas tertulias eran los propios de la vida en el seminario. Sin embargo, significativamente, cuando recuerdan los momentos pasados en mayor intimidad con san Josemaría, casi a continuación se refieren a tres cuestiones en las que se explayó varias veces con ellos: sus lecturas y escritos, su idea sobre el sacerdocio y sus inquietudes apostólicas en relación con los universitarios.

la presencia del sobrino. Es más, cuando éste marchó del seminario, los encuentros entre Antonio Moreno y Josemaría Escrivá continuaron<sup>118</sup>.

¿Qué naturaleza tenía esa relación? Álvaro del Portillo, recoge estas palabras de Josemaría Escrivá:

Quando yo era todavía seminarista, fui muy amigo del Vicepresidente del Seminario de san Carlos. Se llamaba don Antonio Moreno. Por amistad y especialmente por caridad –a mí no me gustaba nada–, alguna vez, cuando bajaba a su habitación, accedía a jugar al dominó con él. Recuerdo que tenía que dejarme ganar porque, si no, no se quedaba contento y hasta se molestaba. Para mí, que estaba decidido a aprender de los sacerdotes que gastaban su vida por el Señor, aquellos eran unos ratos muy agradables, porque ese sacerdote demostraba mucho espíritu sacerdotal, mucha experiencia pastoral y era muy humano. Me contaba anécdotas muy gráficas, con gran sentido sobrenatural y pedagógico, que me hacían un bien enorme<sup>119</sup>.

En la predicación del fundador del Opus Dei hay algunas «anécdotas muy gráficas»<sup>120</sup> que bien pueden proceder de esas conversaciones con Antonio Moreno. Así lo atestigua Mons. del Portillo para alguna de ellas<sup>121</sup>. Por no extendernos, citaremos sólo un ejemplo que utilizó en los ejercicios

<sup>118</sup> Antonio Navarro, amigo y futuro cuñado de los Moreno, había conocido a san Josemaría durante el verano, en Vilel. En el curso 1923-24 comenzó la carrera de Medicina en Zaragoza. De sus encuentros con san Josemaría en Zaragoza, dice: «Alguna vez salíamos a dar un paseo, o le veíamos en el Seminario de san Carlos, a donde íbamos los sábados porque Antonio [Moreno Monforte, hermano de Francisco] visitaba a su tío, D. Antonio Moreno que era Vicepresidente del Seminario, que le daba algún dinero. Allí, en la habitación de D. Antonio Moreno, estábamos un rato de tertulia porque era también un gran conversador. Alguna vez coincidíamos con Josemaría porque D. Antonio le apreciaba mucho» (en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 364).

<sup>119</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 175.

<sup>120</sup> Victoriano Román Acebes asistió a los ejercicios que predicó san Josemaría al clero de Segovia, en 1942, del 8 al 15 de julio, y cuenta la naturaleza pastoral y sacerdotal de algunas “historias” que intercalaba en su predicación, algunas de ellas procedentes de las conversaciones que Escrivá había tenido con sacerdotes mayores. Dice: «Nos sorprendió gratamente que en su predicación procuraba hacer asequible la doctrina con ejemplos, que aliviaban el esfuerzo de la atención y al mismo tiempo hacían pensar» (Constantino ÁNCHEL, *La predicación de san Josemaría. Fuentes documentales para el periodo 1938-1946*, SetD 7 [2013], p. 177; relato de Victoriano Román Acebes, AGP, A.5, 242-2-3).

<sup>121</sup> Cfr. Declaración procesal de Mons. Álvaro de Portillo, pp. 244-245. Hay varios testigos que oyeron de labios de san Josemaría algunas de estas “historias”; por ejemplo, los recuerdos de Ignacio Rafael Gómez Lecompte (AGP, A.5, 216-2-1), Gonzalo Landáburu Sagüillo (AGP, A.5, 331-1-5), José María Félix Sauri (AGP, A.5, 210-3-3) y Cipriano Rodríguez Santa María (AGP, A.5, 344-1-2).

que predicó a los seminaristas, en el Seminario Mayor de Valencia, del 2 al 9 de noviembre de 1940. Por su contenido, bien puede provenir de aquellas conversaciones en el Seminario de San Carlos:

Una vez fue a visitar al Director Espiritual de su Seminario un sacerdote recién salido de allí. Le preguntó aquél qué género de vida llevaba: ¿Se trabaja mucho? Pues ya ve Vd., bastante, porque además de mi pueblo me han encomendado otro pequeñito. Y así, fueron repasando de una en una las actividades que desarrollaba el novel sacerdote: preparación de homilías, visitas a enfermos, Catecismo, etc. Luego le preguntó el Director Espiritual: Y ¿qué come?... Pues un cocido, etc. Y en el pueblo ¿también se alimentan como Vd.?... ¡Oh, no!, comen muy mal. ¡Vaya, vaya! Y ¿a qué hora se acuesta? ¡Uy!, como no hay fluido, pues muy pronto; la gente se retira temprano... Ya, y ¿a qué hora se levanta? Pues al hacerse de día, claro es, hacia las siete... Pero, la gente del pueblo, ¿también se levanta entonces? ¡Quiá!, se levanta al despuntar el día. Y entonces el Director Espiritual, enfadado le dijo: ¡Criminal, burgués! ¿Así que el que mejor come y duerme en el pueblo es Vd.? ¿No tiene vergüenza? ¡Buena labor cosechará Vd. de esa manera!<sup>122</sup>.

La fuente de esta rica experiencia humana y pastoral le venía a Moreno de su trabajo como residente del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos. Los presbíteros allí alojados tenían, entre sus tareas, examinar a los sacerdotes de sinodales, llevar a cabo las misiones populares que el obispo les confiara, predicar los sermones de cierta relevancia de las parroquias de las diócesis, realizar visitas a parroquias u otras instituciones por encargo del obispo, etc. Todo este trabajo daba un conocimiento de la vida sacerdotal muy amplio y concreto.

En los meses posteriores a la defección de Francisco Moreno (vid. *supra*, nota 116), Josemaría Escrivá hablaría con Antonio Moreno sobre este caso, desahogando su alma, pues la marcha de su mejor amigo le produjo un gran dolor y fue causa de contradicción por los comentarios negativos de algunos seminaristas, que creían ver alguna responsabilidad suya, por la amistad que les unía. También pudo tener conocimiento de la situación en que se encontraba Francisco Moreno a través de su tío, al que imaginamos profundamente dolido por la conducta del sobrino, y discurrirían sobre cómo actuar para ayudarlo. De hecho, al acabar el curso 1924, san Josemaría partió para Barcelona, pues por las informaciones de sus parientes supo que en esta ciudad había instalado su domicilio. Allí acudió para entrevistarse con él, siguiendo su modo de proceder habitual en

<sup>122</sup> *Notas tomadas por Vicente Moreno Boria, 2ª meditación del 2º día: Llamamiento del Gran Capitán*, del 4 de noviembre de 1940, AGP, A.4, 65-1, m401102, b.

estos casos: ir de frente y con nobleza<sup>123</sup>. Antonio Moreno falleció el 14 de enero de 1925<sup>124</sup>.

### *Elías Ger Puyuelo*

La relación de Josemaría Escrivá con Elías Ger<sup>125</sup> comienza en el curso 1923-24, pues en ese año fue su alumno en la asignatura que explicaba: *Institutiones canonicae*. Con ocasión de la explicación de su materia, ponía ejemplos o hacía comentarios llenos de gracia y sentido común, pequeñas historietas que, con un peculiar sentido pedagógico repetía machaconamente a sus alumnos. Recuerda Álvaro del Portillo:

Quando [san Josemaría] era seminarista y estudiaba en la Universidad Pontificia de Zaragoza, había anotado en un cuaderno, junto a los apuntes de las clases, algunas máximas de su profesor de Derecho Canónico, don Elías Ger. Le resultaban útiles por su contenido práctico y sus enfoques pastorales. Un día de 1926, en un momento en que tenía necesidad de una determinada gracia, pensó en ofrecer a Dios aquel cuaderno: Señor, si me haces esto, yo quemó ese cuaderno. Era una reacción –observaba el fundador de la Obra– propia de un chico joven. Pero enseguida me entró el pensamiento de que era poco generoso y de que me había apegado demasiado a mis papeles, e inmediatamente quemé todos los apuntes<sup>126</sup>.

<sup>123</sup> Sabemos de este viaje a Barcelona por un telegrama que don José Escrivá Corzán le envió a Barcelona, interesándose por él. El telegrama es de fecha 20 de junio de 1924 (AGP, A.1, 1-5-2). Sobre este viaje a Barcelona, cfr. Josep MASABEU I TIerno, *Escrivà de Balaguer a Catalunya, 1913-1974. Petjades de sant Josepmaria*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2015, pp. 21-22.

<sup>124</sup> Así transmite la noticia *Nuestro Apostolado*: «El día 14 de enero, descansó en el Señor el que durante tantos años fue director y vicepresidente del Real Seminario de san Carlos Dr. D. Antonio Moreno. A los solemnes oficios exequiales celebrados en la iglesia de san Carlos en sufragio de su alma, asistieron las comunidades de ambos Seminarios. Descanse en paz el virtuoso sacerdote» («Nuestro Apostolado», Zaragoza, 7 de marzo de 1925, n. 18, p. 18).

<sup>125</sup> Elías Ger Puyuelo, sacerdote, nació en Zaragoza. Fue «uno de los pioneros de la acción social católica en el medio obrero [...]. Había fundado la Caja de la Inmaculada en 1905 y poco después la Cooperativa Obrera de san José, la “Mutual Obrera”» (Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, tomo 2, *La Sociedad*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1996, p. 258). Era beneficiado de San Gil y fue profesor de *Institutiones Canónicas*, en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio de Zaragoza, desde 1897. Falleció el 4 de octubre de 1924 en Zaragoza.

<sup>126</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 188.



Eran numerosas las anécdotas que recordaba y contaba de Elías Ger. En una tertulia que tuvo con los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, el fundador del Opus Dei recordaba alguna de esas máximas. Uno de los presentes ha escrito: «Me acuerdo que uno de esos comentarios consistía en explicar las conjunciones adversativas contenidas en el Código de Derecho Canónico (CIC) como una mina. Cada *nisi*, decía aquel profesor, son un montón de cuartos que hay que pagar»<sup>127</sup>. Un compañero de Escrivá, José María Sánchez Marqueta, también recordaba esa frase sobre el *nisi*. Decía que Ger era hombre de gracia y socarrón y que, al explicar el CIC, comentaba: «En los cánones está todo muy claro, hasta que de pronto viene el *nisi*, y... ¡ahí está la trampa!»<sup>128</sup>.

Entre los dichos que, a pesar de haber quemado esas notas, recordaba san Josemaría, y que refirió en alguna ocasión, están los siguientes: «El cura..., con su madre, está muy bien; con su tía, bien, siempre que sea buena su tía; con su hermana, regular, porque quiere mandar ella; y con las primas y las sobrinas, muy mal..., porque...». «Los enemigos del alma son tres: el alcohol, los dulces y las cosquillas». También enumeraba algunas apetencias que tenía, como dejarse barba, beber a morro..., etc., y lo usaba para estigmatizar los deseos de cosas ridículas o estúpidas<sup>129</sup>.

Hay, sin embargo, una historia de Elías Ger, que tiene una naturaleza distinta de las máximas referidas anteriormente. Un día del curso 1923-24 habló en clase de un problema que le había surgido a un comerciante de canela. Escrivá la relataba así:

Había una vez un comerciante que compraba canela en rama, y luego la pasaba por un molino de bolas muy bueno, que la convertía en polvo finísimo. Tenía un inconveniente, y es que cada vez que se estropeaba una de las bolas tenía que pedir ex profeso el recambio a una fábrica de Alemania. Hasta que un día se le gastaron todas las bolas y, cansado de tener que esperar a que llegaran de aquel país, se fue al lecho de un río, y tomó tres cantos rodados, duros como el pedernal, de tamaño más o menos parecido a las bolas originales. Las metió en el molino, y empezó a darles vueltas y vueltas... Al cabo de quince días, estaban pulidas y redondas como las bolas alemanas, y

<sup>127</sup> Relación de Álvaro Fontes Montesinos (AGP, A.5, 1426-1-21). “Cuartos”: dinero, en lenguaje coloquial.

<sup>128</sup> Conversación de Benito Badrinas con José María Sánchez Marqueta, diciembre de 1975 (AGP, A.5, 244-1-6),

<sup>129</sup> Relación de José Luis Soria Saiz, anexo II (AGP, A.5, 247-1-1).

molían la canela perfectamente. De esta misma manera hace Dios Nuestro Señor con las almas a las que quiere. ¿Me entiendes, Escrivá?<sup>130</sup>

Estas palabras, pronunciadas en público, en una clase –extrayendo el profesor la moraleja y concluyendo con una referencia personal–, tienen por contexto los disgustos y contradicciones que le causaron la pelea que tuvo con Julio Cortés<sup>131</sup>.

Se deduce de estas palabras que el trato que Escrivá tuvo con Ger iba más allá de su presencia en las clases y en más de una ocasión, también por su condición de inspector, le buscaría para hablar de temas extraacadémicos, más personales. Por otra parte, estas palabras manifiestan la estima que el profesor tenía de su alumno, tanto en lo académico –le calificó en su asignatura con un *meritissimus*<sup>132</sup>–, como en lo personal. San Josemaría no echó en saco roto esta enseñanza y se hizo eco de ella en el nº 20 de *Camino*. Guardó siempre una gran estima por don Elías, que murió un año después de estos hechos, el 4 de noviembre de 1924<sup>133</sup>.

*José Pou de Foxá*<sup>134</sup>

En el texto citado arriba, del 22 de marzo de 1933, el fundador del Opus Dei incluye en último lugar, entre los sacerdotes que «dieron calor a mi

<sup>130</sup> Apuntes de una tertulia del 2 de julio de 1962, «Crónica», 1986 (AGP, Biblioteca, P01, pp. 444-445). En sus recuerdos refieren también el relato de esta tertulia Paulino Quevedo Hernández (AGP, A.5, 342-2-6), Miguel Ángel Monge Sánchez (AGP, A.5, 228-4-3) y R. Horacio Téllez Téllez (AGP, A.5, 348-3-4). Recuerdan también esta historia, contada por el fundador del Opus Dei en otras ocasiones, Lourdes Toranzo Fernández (AGP, A.5, 249-2-1) y Luis Felipe Gómez Caballero (AGP, A.5, 216-1-7). Esta historia se encuentra también en ECHEVARRÍA, *Memoria*, pp. 74ss.

<sup>131</sup> Así se desprende de las palabras de Escrivá que el beato Álvaro del Portillo recoge en la p. 221 de su declaración en el proceso de canonización de san Josemaría: «Cuando yo era muy joven, y vivía en el Seminario de Zaragoza, una vez tuve un disgusto muy gordo. En aquellos días, el profesor de Derecho Canónico comenzó a contarnos esta historia: había una vez un comerciante que compraba canela en rama... Esas palabras me hicieron mucho bien. Efectivamente, ninguno se va a santificar por medio del Preste Juan de las Indias, sino con el trato de las personas que tenemos a nuestro lado».

<sup>132</sup> Cfr. ADZ, *Libro de Certificados de Estudios*, del Seminario de San Valero y San Braulio de Zaragoza, vol. I, fol. 348, núm. 693; *Libro de notas de exámenes*, fol. 164, del mismo seminario.

<sup>133</sup> Cfr. Nota necrológica en «Nuestro Apostolado», Zaragoza, 1 de enero de 1925, n. 17, pp. 17-18.

<sup>134</sup> José Pou de Foxá nació en Zaragoza en 1876. Hijo del catedrático de Derecho Romano Antonio José Pou y Ordinas. Hizo los estudios eclesiásticos en Tarragona, donde obtuvo, en su univer-

incipiente vocación», a José Pou de Foxá y le describe como «el amigo leal y noble y bueno, que siempre ha dado la cara por nosotros»<sup>135</sup>.

El encuentro con Pou de Foxá se produjo en el curso 1923-24, recién llegado éste a la Cátedra de Derecho Romano de la Universidad de Zaragoza<sup>136</sup>. Josemaría Escrivá se matriculó de esta asignatura en ese curso, y como hizo en los primeros años de la carrera, asistió a las clases de oyente, como alumno libre. Pasado el verano, se presentó a los exámenes. En el caso de la asignatura de Romano, Pou de Foxá le dio la calificación de sobresaliente con matrícula de honor<sup>137</sup>. Muy pronto descubrió las cualidades de su discípulo, y su actitud derivó a la admiración. A pesar de la diferencia de

sidad pontificia, en 1901, el título de doctor en Teología. En 1898 había obtenido el grado de bachiller en Barcelona. Ordenado sacerdote en 1900, en Tarragona, simultaneó los estudios eclesiásticos con los civiles en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Obtuvo el título de doctor en Derecho Canónico en 1907 en Madrid. Fue vicario general, provisor y juez de Causas Pías, de la Diócesis de Solsona, de 1914 a 1916. En 1915 fue profesor auxiliar de Derecho Romano en la Universidad de Barcelona. Y en 1918 ganó la cátedra de Derecho Canónico de la Universidad de Murcia. En 1923 se le nombró catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Zaragoza. Se jubiló en 1946. Falleció en Barcelona el 24 de febrero de 1947. Cfr. José María LAÍNA GALLEGU, *Pou de Foxá, José*, en José Luis ILLANES –José Luis GONZÁLEZ GULLÓN *et al.* (eds.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* (en adelante, DSJ), Roma-Burgos, Instituto Storico San Josemaría Escrivá – Monte Carmelo, 2013, pp. 992-993.

<sup>135</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933.

<sup>136</sup> En el libro de MASABEU TIERNO, *Escrivà de Balaguer*, p. 42, se recoge este recuerdo de María Rosa Visa Pou, sobrina-nieta de Pou de Foxá: «Pel que he sentit explicar moltes vegades a la meva mare, el tracte dels Pou de Foxà amb els Escrivà ve d'antic. La meva besàvia Dolors de Foxà de Vidal, vídua de Pou, va estiuajar amb els seus fills i la seva néta (la meva mare Dolors Pou de Sáenz) durant uns anys fins a 1915 en una casa llogada al poble de Biescas. La meva mare recordava que alguns estius anaven a passar uns dies allà els Escrivà: el matrimoni José i Dolors amb els seus fills Carmen i Josepmaria, i potser alguna de les altres filles que van morir petites». María Rosa Visa Pou es la única persona que habla de las estancias de la familia Escrivá-Albás en Biescas. Por otra parte, en la documentación existente en AGP hay bastantes expedientes en los que se habla de los veranos de la familia Escrivá-Albás o de algunos de sus miembros. En ninguno se menciona el pueblo de Biescas.

<sup>137</sup> Cfr. *Expediente personal del alumno don José M<sup>a</sup> Escrivá Albás*, Universidad de Zaragoza, Facultad de Derecho. Cuenta Carlos Sánchez del Río, entonces secretario de la Facultad de Derecho de Zaragoza: «Sería en el mes de Septiembre del año 1923 o 1924 cuando formé parte de los Tribunales que le examinaron de Derecho Canónico y de Derecho Romano (los exámenes de alumnos libres eran siempre con Tribunal). Ambos Tribunales los formamos D. Juan Moneva, D. José Pou de Foxá y yo [...]. El examen de Romano puso de manifiesto la afición especial que tenía por esta disciplina. Se examinó como alumno libre y en Septiembre, para hacer los estudios de Derecho compatibles con los eclesiásticos que entonces todavía no había concluido» (relación de Carlos Sánchez del Río Peguero, Zaragoza, 14 de noviembre de 1975, AGP, A.5, 254-1-5).

edad, surgió una gran amistad. Al principio, las conversaciones tenían como objeto los temas propios del mundo académico, pero con el tiempo comenzaron a tratar, con gran confianza, otros asuntos más personales, de carácter sacerdotal y del ámbito eclesiástico de Zaragoza.

Dentro de ese entorno eclesiástico y académico, dice el Prof. Rodríguez:

Pou aconsejó vivamente a Escrivá que se trasladara a Madrid: que en Zaragoza, tal como estaban las cosas en la diócesis, no tenía nada que hacer. Que planteara los años de Madrid como años de estudio y de hacerse una personalidad en lo intelectual y en lo sacerdotal, buscando prepararse para servir a fondo a la Iglesia de España, pues venían momentos difíciles. En este contexto se sitúa el doctorado. En esas conversaciones previas al viaje, Pou había insistido en que la matrícula en los cursos de doctorado y el adentrarse a continuación en la tesis doctoral era uno de los objetivos del cambio de residencia<sup>138</sup>.

Cuando Escrivá de Balaguer marchó a Madrid, las conversaciones se trasladaron al campo epistolar<sup>139</sup>. «La lectura de sus cartas –dice el Prof. Rodríguez– muestra, en efecto, a un sacerdote a carta cabal, con gran sentido del humor, a veces un tanto cáustico en sus expresiones y en sus juicios, pero certero y con un corazón jugoso, lleno de fe y de compasión»<sup>140</sup>.

A pesar de la distancia, también hubo oportunidades para el trato cara a cara, aprovechando los viajes de Pou a Madrid<sup>141</sup>. Por otra parte, cuenta el Prof. Sánchez del Río:

<sup>138</sup> Pedro RODRÍGUEZ, *El doctorado de san Josemaría en la Universidad de Madrid*, SetD 2 (2008), p. 19. Xavier de Ayala, a este respecto, dice: «Recuerdo que D. José Pou de Foxá, hombre de gran memoria y minucioso conocedor de la vida eclesiástica de la ciudad, me contó en 1942 que él mismo había aconsejado al Padre irse a Madrid. “En aquellas condiciones –son palabras de Pou de Foxá– Josemaría aquí no tenía campo”» (AGP, A.5, 196-2-7).

<sup>139</sup> En AGP se conservan, en un dossier, más de cien cartas, ordenadas cronológicamente, de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá. Por desgracia, apenas se conservan unas pocas cartas de Escrivá a Pou, pues se perdieron durante la Guerra Civil.

<sup>140</sup> RODRÍGUEZ, *El doctorado*, p. 19.

<sup>141</sup> En una de las notas del Patronato de Enfermos hay una referencia indirecta a una de esas visitas. Es del 16 de diciembre de 1928, y allí se dice que Josemaría Escrivá abonó el recibo de una consulta pasada por don José en la Clínica del Patronato (nota n. 63, de las Hojas del Patronato de Enfermos, AGP, A.1, 37-2-4).

Hacia la primavera de 1929 estuve unos meses en Madrid con motivo de participar en unas oposiciones de cátedra de Derecho Romano y D. José Pou –que era sacerdote y catedrático de esta asignatura en Zaragoza– estaba en el Tribunal. Con este motivo nos encontramos con D. Josemaría e íbamos los tres –con alguien más que no recuerdo–, casi todas las tardes, hacia última hora, a una “chocolatería” que se llamaba “El Sotanillo” que estaba en la calle de Alcalá. Teníamos allí unas agradables tertulias en las que cambiábamos impresiones sobre toda clase de temas<sup>142</sup>. Ya había nacido la Obra pero entonces no nos hablaba de ella. Recuerdo que algunas veces tratábamos sobre cuestiones de Derecho Romano no sólo por mis oposiciones, sino porque él estaba dando clases en la Academia Cicuéndez en la que se hacían estudios de Derecho<sup>143</sup>.

Los encuentros con Pou también se daban en Zaragoza, cuando san Josemaría se llegaba a esta ciudad<sup>144</sup>.

Aunque la amistad nació en Zaragoza, creció en intensidad desde 1927, ya en Madrid. En las cartas se percibe una ampliación en los temas tratados. Además de los aspectos académicos, aparecen con cierta frecuencia asuntos relativos a circunstancias y gestiones en la Diócesis de Zaragoza; pero también se nota el progresivo descubrimiento que Pou va haciendo del mundo interior de Escrivá y de su nueva misión sobrenatural. A pesar de la reserva de san Josemaría sobre la llamada recibida el 2 de octubre de 1928, Pou intuye algo de la inquietud interior del fundador del Opus Dei. Así, por

<sup>142</sup> Esos paseos por Madrid, recalando en *El Sotanillo*, de la calle de Alcalá, dejaron también su huella en la memoria de Pou de Foxá. Años después, en 1935, escribe: «Mi querido amigo: Recibí tu carta, que como todas me hizo pasar un buen rato, figurándome transportado por unos momentos a ésa [Madrid] en vuestra grata compañía, recordando no solamente los últimos días pasados en ésa, sino que también los de otras veces, cuando tú más desocupado, paseábamos largamente hablando de todo lo discutible bajo la capa de los cielos, cumpliendo con esa grave misión, que según Salomón, ha dado Dios a los mortales. Y terminábamos nuestra discusión y paseo en el Bar del Sotanillo. Tiempos aquellos que no pueden volver sino en el recuerdo» (carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Zaragoza, 13 de mayo de 1935, AGP, A.6, 425-1).

<sup>143</sup> Relación de Carlos Sánchez del Río Peguero, Zaragoza, 14 de noviembre de 1975 (AGP, A.5, 254-1-5). La fecha exacta nos la proporciona una carta de Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, escrita desde Ávila el 4 de marzo de 1929, donde anuncia su pronta llegada a Madrid (AGP, A.6, 425-1).

<sup>144</sup> Por ejemplo, otro encuentro con Pou fue el 5-13 de junio de 1932 (carta de Josemaría Escrivá a José Pou de Foxá, 8 de abril de 1932; AGP, A.3-4, 253-1, carta 320408-01). Los viajes del fundador del Opus Dei a Zaragoza tenían, la mayor parte de las veces, la finalidad de acompañar a sus alumnos de la Academia Cicuéndez a examinarse en la universidad de esa ciudad, donde algunos estaban matriculados.

ejemplo, en otoño de 1929 escribe: «Tus asuntos espirituales deben ser muy gordos, cuando tanto te cuesta encontrar la ocasión para *desembuchar*. A ver cuándo traes otro examinando y entonces no te dejo marchar sin que me comuniqués todo lo que guardas dentro del pecho»<sup>145</sup>.

Como dice Pedro Rodríguez: «Sin duda, Pou conocía por confidencias de su discípulo, aunque no suficientemente, que estaba siendo zarandeado por el Espíritu en otros horizontes... En todo caso, la marcha a Madrid se inscribía, para el propio Escrivá, dentro de ese zarandeo sobrenatural, y los estudios de doctorado aparecían claros en ese horizonte»<sup>146</sup>. En posteriores encuentros, ya en Madrid, ya en Zaragoza, san Josemaría confió algo de su interior a su antiguo profesor, de modo que éste conoció poco a poco el apostolado y la actividad que llevaba entre manos. Así, en carta de septiembre de 1930, escribe: «Dices en la tuya y me ha alegrado, que me explicarás algo de palabra, lo que demuestra que tienes el propósito de que nos veamos pronto»<sup>147</sup>.

Paulatinamente Josemaría Escrivá fue más explícito con su antiguo maestro; al menos con las líneas generales de la misión espiritual a la que estaba entregado. Así se deduce de la respuesta de Pou de Foxá, a una carta del fundador del Opus Dei de noviembre de 1931:

Mi querido e inolvidable José M<sup>a</sup>: Recibí tu carta que me hizo reír con tus ocurrencias. Bien me parecen tus propósitos, duro y adelante, que un aragonés no redra; y, como dices, si es mucha la Obra, es mucho también el artífice, siendo tú sólo la pasta de la que hará Dios lo que desees, si esa pasta, de barro al fin, no se rebela contra el Escultor. Cree que con gusto le pido y pediré lleve adelante tu empeño; pues en ello saldría yo ganando, pues alguna partecita tendré en tus oraciones, que sin duda me reportarían gracias para dominar las ruindades y bajezas de esta tierra<sup>148</sup>.

Estas líneas manifiestan claramente que ha captado el papel y la misión de Escrivá en la Obra naciente.

<sup>145</sup> Carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Zaragoza 18 de octubre de 1929 (AGP, A.6, 425-1). *Desembuchar*: decir una persona todo cuanto sabe y tenía callado.

<sup>146</sup> RODRÍGUEZ, *El doctorado*, p. 19.

<sup>147</sup> Carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Vilanova de la Roca (Barcelona), 8 de septiembre de 1930 (AGP, A.6, 425-1)

<sup>148</sup> Carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Zaragoza, 20 de noviembre de 1931 (AGP, A.6, 425-1).

Era normal que, en sus cartas, trataran, por ejemplo, de viajes por motivos académicos o de vacaciones, y también de las fechas en que se iban a retirar para hacer sus ejercicios espirituales; esto explica, por ejemplo, que Pou estuviera enterado de que, en octubre de 1932, el fundador se había retirado por unos días en el convento de los Carmelitas de Segovia. Unas semanas después, le escribe:

Decías pues en la tuya que marchabas a ejercicios con los Carmelitas de Segovia; y en tu última nada dices. ¿Es que no te han resultado, o que los Padrecitos del Carmelo te han dado solamente su exquisito licor y nada de mística? ¿O bien es que sigues el sistema escriturario de “mi secreto para mí”? Si así es, no quiero tomártelo y pido a Dios que te fermente en tu interior, para que evolucionando, y no pudiendo ya contenerlo salga en raudales el santo amor que inflame a cuantos contigo traten<sup>149</sup>.

Pou de Foxá no fue director espiritual de Escrivá, pero la amistad fue *provocando* que le hiciera cada vez más confidencias sobre el incipiente Opus Dei, hasta el punto que, medio en broma, Pou se consideraba «medio padre espiritual» suyo<sup>150</sup>. Es más, al conocer la actividad de la Academia y de la Residencia DYA, se interesa también por todos los que va conociendo, siendo su afecto como una extensión natural de la amistad y devoción que sentía por san Josemaría.

No os olvido a todos los de esa Casa –escribe en septiembre de 1935–, pero eso de vocaciones es ya más difícil, pues si no ven la Obra de cerca, no acaban de comprender su fin e importancia. A varios les he dicho que pasen por esa casa, pero hasta el presente ha sido predicar en desierto. Pero creo, como tú, que siendo cosa de Dios, Él irá deparando los medios personales y materiales cuando lo juzgue conveniente<sup>151</sup>.

<sup>149</sup> Carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Zaragoza, 16 de noviembre de 1932 (AGP, A.6, 425-1).

<sup>150</sup> Ésa es la expresión que usa en una de sus cartas del verano de 1933: «Recibí tu carta con mucho gusto como todas ellas. Cosa natural, pues siendo medio padre espiritual tuyo, agrada siempre saber de los hijos y tanto más cuando las noticias son buenas y reseñan trabajos del orden espiritual, como sucede con las tuyas» (carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Barcelona, 2 de julio de 1933, AGP, A.6, 425-1).

<sup>151</sup> Carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, Vilanova de la Roca (Barcelona), 18 de septiembre de 1935 (AGP, A.6, 425-1).

Es un hecho que esta correspondencia es una fuente de primer orden para conocer y documentar diversos aspectos de la vida del fundador del Opus Dei en sus primeros años de Madrid y manifiesta una gran confianza y amistad. Sin embargo, de su lectura poco más se puede deducir acerca del contenido de las confidencias espirituales, y esto por dos motivos. El primero y fundamental es el escaso número de cartas de Escrivá a Pou de Foxá que han llegado hasta nosotros. El segundo es, como ya se ha dicho, que esos temas se trataron directamente, en encuentros personales, ya en Madrid, ya en Zaragoza.

El estallido de la Guerra Civil española interrumpió por unos meses esta relación. En octubre de 1937, volvieron a encontrarse en Barcelona, cuando san Josemaría residió en esa ciudad, a la espera de iniciar la marcha, a través del Pirineo, para llegar a la otra zona de España. Cuenta Juan Jiménez Vargas:

Cómo sentía el Padre [J. Escrivá] la responsabilidad de estar aseQUIBLE a quien quisiera confesar, lo comprobamos en los terroríficos días de Madrid, en Valencia, durante la desesperante estancia en Barcelona, y después en el bosque. Además, él personalmente buscaba la gracia del sacramento y se resistía a dejar pasar una semana sin confesar. Por eso, en cuanto se vio que el problema de la evasión no se resolvía de un día para otro, se propuso localizar a un sacerdote antiguo amigo suyo, D. José Pou de Foxá, para asegurarse la confesión durante el tiempo que nos quedara de estar en Barcelona. Extremando las precauciones –porque descubrir a un sacerdote era algo que ponía un poco los pelos de punta– se las arregló para preguntar por él. Consiguió saber dónde vivía –me parece que en la calle Padua– y fue a verle. Como la espera en Barcelona duró tanto, fue varias veces, y un día le invitó a almorzar en su casa. D. José tenía no sé qué documentación, y estaba suficientemente camuflado con un papel de alguna entidad sindical o política, y con eso iba tirando<sup>152</sup>.

Con José Pou de Foxá, cuya relación con Josemaría Escrivá está a caballo entre Zaragoza y Madrid, cierro el apartado dedicado a la capital aragonesa<sup>153</sup>, no sin antes hacer mención de otros dos sacerdotes, en este caso,

<sup>152</sup> Relación de Juan Jiménez Vargas, Pamplona, 2 de octubre de 1976, AGP, A.5, 221-1-1. Cfr. Jordi MIRALBELL, *Días de espera en guerra. San Josemaría en Barcelona, otoño de 1937*, Madrid, Palabra, 2017, pp. 93-96.

<sup>153</sup> Pou de Foxá, en algunas de sus cartas menciona a Pedro Capalvo, de las Escuelas Pías, como sacerdote con el que trató san Josemaría. Las referencias están hechas en un tono coloquial, e insinúan, de un modo confuso, que quizá san Josemaría pudo haber tenido



obispos. El primero, el cardenal Juan Soldevila y Romero, que le nombró inspector del Seminario de San Francisco y que le invitaba a que fuese a visitarlo en su residencia<sup>154</sup>. El otro sacerdote es Miguel de los Santos Díaz Gómara, que era el obispo auxiliar del cardenal Soldevila y, a la vez, Presidente del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos. Prestó una especial atención al joven inspector. Fue quien le confirió las órdenes mayores y le predicó los ejercicios previos a estas órdenes<sup>155</sup>.

alguna relación de dirección espiritual con él. En una de las cartas, dice Pou de Capalvo: «Tienes en él un buen amigo que te defiende en todo» (carta de José Pou de Foxá a Josemaría Escrivá, 15 de diciembre de 1928, AGP, A.6, 425-1). No hay más datos que nos ayuden a clarificar la naturaleza de esta relación. Pedro María Capalvo de San Francisco Javier nació en Puértolas (Huesca), el 2 de diciembre de 1870. Hizo su primera profesión en las Escuelas Pías en 1887 en Peralta de la Sal, y profesó solemnemente en 1892 en Alcañiz (Teruel). Tras pasar por varios colegios de Aragón y Navarra, llegó a Barbastro en 1910, cuando estudió allí el joven Escrivá. En 1918 se trasladó a Zaragoza, al colegio de los escolapios. En esta ciudad se volvieron a encontrar y hubo un trato confiado. Falleció en Zaragoza el 31 de julio de 1943 (cfr. *Consuetas suffragia [adhuc non publicata] pro Religiosis Scholarum Piarum ab anno 1938 ad 1946 defunctis*, en «Supplementum ad “Ephemerides Calasantianae”» 1-2 [1949], pp. 21-22; Martín IBARRA BENLLOCH, *Josemaría Escrivá de Balaguer y el colegio de las Escuelas Pías de Barbastro (1908-1915)*, SetD 7 [2013] p. 216). En AGP se conservan dos cartas, dirigidas a Capalvo, desde los colegios de las Escuelas Pías de Madrid (la primera, del Colegio de San Fernando, del 4 de abril de 1927; y la segunda, del Colegio de San Antón, del 7 de abril de 1927, AGP, A.1, 5-1-1), que hablan de las gestiones –fallidas– que hizo este escolapio en favor de san Josemaría, para obtenerle un alojamiento en Madrid, ante su inminente traslado. Hay también en AGP tres cartas de Pedro María Capalvo a Josemaría Escrivá, escritas desde Zaragoza, el 14 de noviembre, sin indicar el año, aunque por el contexto pueden ser de 1927 o 1928, el 15 de septiembre de 1932 y el 22 de enero de 1933 (AGP, A.6, 447-3). La última referencia a Capalvo, en la documentación de AGP, nos lleva a 1938, cuando el 11 de mayo le visita en Zaragoza (carta a los miembros del Opus Dei de Burgos, Zaragoza, 11 de mayo de 1938, AGP, A.3-4, 255-3, carta 380511-01).

<sup>154</sup> Cfr. Relación de Francisco Moreno Monforte, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 355.

<sup>155</sup> Cfr. Relación de Jesús López Bello, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario*, p. 347. Mercedes Serrano Langarita, pariente de Mons. Miguel de los Santos, y que atendió su casa en los últimos años de su vida, recuerda: «D. Miguel de los Santos fue quien ordenó sacerdote a Mons. Escrivá de Balaguer, el 28 de marzo de 1925. Siempre vi en el Sr. Obispo un particular afecto hacia Monseñor Escrivá y era motivo de alegría recordar, con frecuencia, que había sido él quien le había ordenado sacerdote» (AGP, A.5, 1254-1-23).

## MADRID

En abril de 1927, Josemaría Escrivá se trasladó a Madrid, con el objetivo de hacer el doctorado en Derecho. En aquel entonces, los grados superiores de las carreras universitarias solamente se podían hacer en la Universidad de Madrid, llamada también Universidad Central. Sobre las razones de su marcha de Zaragoza para fijar su domicilio en la capital de España se pueden encontrar explicaciones en las biografías publicadas. En las líneas superiores ya hemos indicado que, además, Pou de Foxá le empujaba a que fuera a Madrid, por motivos académicos y porque en Zaragoza se le cerraban todas las puertas. Todas estas razones son ciertas y están fundamentadas. Sin embargo hay algo que se nos escapa en este traslado a la capital, porque pertenece al ámbito de su vida interior. En los años que transcurren desde su ordenación sacerdotal, incluso desde algo antes, se percibe una especie de impulso interior, que le llevaba a salir de su tierra, hacia Madrid<sup>156</sup>, que sería, como diría años después, su «Damasco»<sup>157</sup>. El devenir de los acontecimientos y las circunstancias lograron que aquellos *barruntos* surgidos en Logroño encontraran su sentido pleno en Madrid.

Las primeras semanas de su estancia en la capital celebró la Misa en la Pontificia Basílica de san Miguel que, regentada por los redentoristas, pertenecía a la jurisdicción del nuncio. En junio dejó la Basílica de San Miguel y comenzó a ejercer de capellán primero del Patronato de Enfermos<sup>158</sup>. De toda esta temporada no hay referencias documentales que nos permitan conocer a qué sacerdotes acudió Josemaría Escrivá para confesarse.

En 1948 el fundador del Opus Dei decidió consignar dos hechos que consideraba incluidos en los *Apuntes íntimos* que había quemado. En el primer relato contó su primer encuentro con el sacerdote Valentín Sánchez Ruiz. Al hablar de los antecedentes de ese encuentro, escribió estas líneas:

<sup>156</sup> Clemente Cubero Berné fue compañero de curso de Josemaría Escrivá. Ordenado sacerdote, ingresó en la Cartuja. En marzo de 1978, en entrevista con Benito Badrinas, recordaba que, en los días previos a la ordenación, le habló de Madrid como un destino, en un futuro no lejano, sin que Cubero estuviera en condiciones de concretar más el sentido y las circunstancias, aunque sí vinculado a su vocación sacerdotal (conversación del autor con Benito Badrinas, Madrid, 1991).

<sup>157</sup> «Consideraba yo por la calle, ayer tarde, que Madrid ha sido mi Damasco, porque aquí se han caído las escamas de los ojos de mi alma [...] y aquí he recibido mi misión». *Apuntes íntimos*, n. 993, del 30 de abril de 1933.

<sup>158</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 236ss.

Andaba yo en Madrid sin director espiritual y sin tener, por tanto, a quien abrir el alma y comunicar en el fuero de la conciencia *aquello* que Jesús me había pedido. Es cierto que ya entonces debí haber hablado con el pobre D. Norberto Rodríguez, con un canónigo de Tarazona que luego lo fue de Toledo, y con un Sr. Cura valenciano (no recuerdo ahora sus nombres), y también con un religioso joven de la Congregación de la Sda. Familia (el P. Siguán o cosa así?), que me dijo, por cierto, que era mi proyecto –el Opus Dei– un imposible<sup>159</sup>.

Antes de entrar en el análisis de estas palabras, conviene tener presente que el conjunto del punto está focalizado en el primer encuentro con Valentín Sánchez Ruiz, para el que pone un especial interés en referir la mayor parte de los detalles. Lo que precede está escrito echando mano de su memoria, sin una especial pretensión de exactitud. De hecho, la enumeración de estos sacerdotes no sigue un orden cronológico exacto, como se verá a continuación. No obstante, hace especial hincapié en que comunicó con estos sacerdotes «*aquello* que Jesús le había pedido», esto es, su misión fundacional.

### *Norberto Rodríguez García*

Norberto Rodríguez<sup>160</sup> es el primero que aparece en la relación. San Josemaría lo conoció al incorporarse al Patronato de Enfermos, pues don Norberto, desde hacía tiempo, ejercía como capellán segundo en esta institución. No sabemos si Norberto Rodríguez recibió alguna vez la confesión sacramental de san Josemaría. Sí que está documentado que hubo conversaciones entre los dos sobre temas espirituales y, hacia la Navidad de 1929, Josemaría Escrivá le habló de la misión que «Jesús le había pedido» y le invitó a sumarse a este proyecto. Norberto Rodríguez respondió afirmativamente<sup>161</sup>. En los años siguientes Escrivá continuó hablando con él sobre temas del naciente Opus Dei, al igual que hacía con los demás, sacerdotes y

<sup>159</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948. Sobre el origen este texto, vid *supra*, notas 7 y 8.

<sup>160</sup> Norberto Rodríguez García nació en Astorga, en 1888. Sacerdote desde 1905. En 1910 se trasladó a Madrid, por motivos familiares. En 1914 se agravó su salud, con manifestaciones de agotamiento nervioso, que requirieron un tratamiento duradero; nunca acabó de reponerse del todo. Desde 1924 ejerció el cargo de capellán 2º del Patronato de Enfermos, donde estuvo hasta 1932. Tras pasar por diversos trabajos pastorales, en 1942 fue nombrado capellán de un convento de carmelitas de Madrid. Falleció en 1968.

<sup>161</sup> Anota Escrivá en sus *Apuntes íntimos*, n. 536, del 2 de enero de 1932: «En la Navidad de este mismo año [1929] comuniqué el secreto a Don Norberto».

laicos, que seguían incorporándose a la Obra. También tuvo conversaciones particulares sobre temas de oración y de espiritualidad<sup>162</sup>, con el visto bueno de Valentín Sánchez Ruiz. Con el transcurso de los años, la relación se fue enfriando, y se interrumpió definitivamente con el comienzo de la guerra<sup>163</sup>.

### *Blas Carda Saporta*

Uno de los sacerdotes mencionados en el *Apunte* arriba citado es «un Sr. Cura valenciano» del que no recordaba el nombre<sup>164</sup>. Con esas referencias no era fácil descubrir quién podía ser este sacerdote. Entre los presbíteros que trataron a san Josemaría en Madrid había algunos que eran de la región valenciana, pero tras estudiar las características de cada uno, se excluía que pudieran ser ese «Sr. Cura Valenciano» citado.

En 1996 llegó a mis manos un folleto, publicado en Villarreal (Castellón), con fecha de 16 de marzo de 1996. La persona que lo enviaba decía que

<sup>162</sup> Se recogen, por ejemplo, en *Apuntes íntimos*, nn. 544 y 560, del 5 y del 13 de enero de 1932 respectivamente.

<sup>163</sup> Más información en José Luis GONZÁLEZ GULLÓN – Jaume AURELL, *Josemaría Escrivá de Balaguer en los años treinta: los sacerdotes amigos*, SetD 3 (2009), pp. 47-51 y 80ss. Sobre este artículo quiero hacer una pequeña matización. En la p. 82, los autores aceptan como válido un comentario de Vázquez de Prada, sobre una anotación de los *Apuntes íntimos*, n. 354, del 26 de octubre de 1931. Allí se dice: «Una noche le comuniqué el secreto [a don Norberto Rodríguez] y esperaba yo que me dijese: usted es un visionario, un loco. Y sucedió que, acabadas de leer por mí las antiguas cuartillas, contagiado de chifladura divina, con el tono más natural del mundo, me dijo: lo primero que hay que hacer es la Obra de los varones, la de ellas más adelante; comenzar por las mujeres sería perder energías». Y concluye Vázquez de Prada: don Norberto «se autovinuló a la Obra antes de que le invitase a ello el Fundador» (VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 447). No es exacta esta observación, pues Rodríguez ya se había *vinculado* al proyecto del naciente Opus Dei desde las navidades de 1929. Sin entrar en detalles, lo que ocurrió es que san Josemaría, el 14 de febrero de 1930, no sólo entendió que las mujeres estaban incluidas en aquel panorama que Dios le había mostrado el 2 de octubre de 1928, sino que también se sintió confirmado en un tema sobre el que albergaba alguna incertidumbre: comprendió que la misión de fundador recaía sobre él y no tenía que buscar en otras instituciones. Hasta esa fecha, Escrivá exponía el mensaje, invitando al seguimiento –*venite post me*–, y dejaba abierta la posibilidad de la existencia de una institución que recogiera ese mensaje. Cuando recibió la confirmación interior, habló con los dos que se habían incorporado al Opus Dei (el otro era José Romeo) y, además de contarles la novedad de la presencia de las mujeres, se presentó ya como fundador. Por eso les dio a leer las «antiguas cuartillas» y, después de su lectura, Norberto Rodríguez hizo el comentario mencionado, pero como persona que ya estaba involucrada en el proyecto.

<sup>164</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948.

allí se narraban unas cosas sobre san Josemaría que le resultaban desconocidas. Estas páginas contenían la vida de un sacerdote, Blas Carda Saporta, natural de Villarreal, de la región valenciana<sup>165</sup>. En esta biografía se lee que la gran inquietud de Blas Carda era la formación de los sacerdotes seculares y su atención. Movido por esta aspiración, había entrado en contacto en 1926 con el sacerdote Ángel del Barrio, del que hablaremos más adelante. Del Barrio también se sentía animado por los mismos deseos. A finales de 1928 se dirigió a Madrid, llevando en la mente incluso la posibilidad de una fundación.

Un buen día de 1928 –dice el folleto– recibió una carta de Don Ángel Barrio, el arcipreste de Sacedón (Cuenca), del que ya hicimos mención. Llevaba la fecha del 26 de noviembre y se la escribía por indicación del entonces Obispo de Tarazona, Don Isidro Gomá. Se había éste enterado de los anhelos de Don Blas y proponía se encontrasen él y Don Ángel en Madrid. Allí acudió el 12 de diciembre, hospedándose en una residencia sacerdotal que atendían las Damas Apostólicas<sup>166</sup>. Don Ángel le presentó a la fundadora de las mismas, Doña Luz Rodríguez Casanova –hoy camino de los altares–, la cual le contó las dificultades y persecuciones sufridas en los comienzos de la fundación<sup>167</sup>.

Ángel del Barrio informó también a Josemaría Escrivá de la presencia, en la residencia de la calle Larra, de Blas Carda y de las razones que le habían llevado a Madrid. San Josemaría consideró, tras oírle, que Carda era una persona adecuada para abrirle su alma y manifestarle las inquietudes que llevaba en su corazón desde el 2 de octubre pasado.

Escribe José María Carda, autor del folleto: «El día 20 por la noche fue a estar con él [con Blas Carda], en la habitación que ocupaba, Don José María Escrivá [*sic*], residente también allí –hoy beato–; se confesó con él, le narró luego más ampliamente su vida y le habló de su proyecto fundacional;

<sup>165</sup> Blas Carda Saporta nació en 1883 en Villarreal (Castellón), entonces Diócesis de Tortosa. Hizo sus estudios sacerdotales en el seminario de Tortosa y las licenciaturas en Derecho y Teología en las universidades pontificias de Tarragona y Valencia. Se ordenó presbítero en 1906. Desempeñó diversos encargos pastorales en su diócesis. Fue asesinado en septiembre de 1936 en Villarreal.

<sup>166</sup> Es la residencia para sacerdotes que las Damas Apostólicas tenían en la calle Larra, de Madrid, cerca del Patronato de Enfermos.

<sup>167</sup> José María CARDA PITARCH, *Blas Carda Saporta, sacerdote. Soñador tenaz hasta el martirio*, folleto no comercial, Villarreal, 1996, p. 15 (las páginas no están numeradas).

“a mí el primero”, precisa Don Blas. No hacía aún tres meses –el 2 de octubre– que había tenido la idea inicial de su futura Obra<sup>168</sup>.

Como en el folleto aparece la expresión «a mí el primero» entrecorrida, dando a entender que son palabras textuales de don Blas procedentes de algún diario, se solicitó al autor fotocopia o transcripción completa del lugar donde se narra este encuentro. José María Carda respondió enviando una fotocopia en la que se leía, en primer lugar, lo siguiente: «Del diario autógrafo del sacerdote don Blas Carda Saporta martirizado el año 1936. La doble anotación corresponde a la fecha 20 de diciembre de 1928 (fotocopia ampliada)». Efectivamente, en la fotocopia había dos textos manuscritos que se refieren al mismo hecho. Todo parece indicar que el primero es un borrador, y el segundo la transcripción, un poco más extensa, al diario propiamente dicho. El primero dice así: «20. En mi cuarto D. José Ma. Escribá [*sic*] me cuenta su vida y sus anhelos (a mí el 1º)». En el segundo se lee: «Día 20 Jueves. En mi cuarto (nº 30) D. José Ma. Escribá [*sic*] Cap. De las D<sup>s</sup> Apost<sup>cas</sup> me cuenta su vida (confesión) y me lee su idea de fundar».

Al leer estas anotaciones tuve la seguridad de que este sacerdote era el «Sr. Cura Valenciano», del que hablaba en el *Apunte* ya citado. Además, la expresión «me lee su idea de fundar» encaja perfectamente con el modo de proceder de san Josemaría, que se servía de sus anotaciones, de sus cuartillas, para explicar el naciente Opus Dei. Por último la frase del primer texto, puesta entre paréntesis «(a mí el 1º)» nos permite afirmar que, desde el 2 de octubre anterior, Josemaría Escrivá no había encontrado la persona adecuada «para comunicar en el fuero de la conciencia *aquello* que Jesús me había pedido»<sup>169</sup>. No hay constancia de que, tras esta entrevista, el fundador del Opus Dei tuviera más conversaciones con Blas Carda.

### *Ángel del Barrio Martínez*

Escribió san Josemaría que también había hablado «con un canónigo de Tarazona que luego lo fue de Toledo», advirtiendo que no recordaba el nombre<sup>170</sup>. Con estas referencias, y buscando en los anuarios eclesiásticos de la época, se pudo conocer quién era este sacerdote: Ángel del Barrio<sup>171</sup>.

<sup>168</sup> *Ibid.* Josemaría Escrivá había vivido en la residencia de la calle Larra hasta noviembre de 1927, fecha en que trasladó su domicilio a la calle Fernando el Católico n. 56.

<sup>169</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948.

<sup>170</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948.

<sup>171</sup> En el *Anuario Eclesiástico* de 1928, de la ed. Subirana, Barcelona, en la p. 453, se menciona

El nombre de Ángel del Barrio<sup>172</sup> había sido mencionado en los párrafos anteriores, por Blas Carda Saporta, que le da el título de «Arcipreste de Sacedón (Cuenca)», pues este pueblo de Guadalajara pertenecía entonces a la Diócesis de Cuenca. Al poco de tomar posesión de su canonjía en Tarazona, es consagrado Isidro Gomá como obispo de esa diócesis en 1927. Entre el prelado y Ángel del Barrio se estableció una especial sintonía en el tema de la formación del clero secular.

A finales de 1928, Ángel del Barrio, de acuerdo con Mons. Gomá, se trasladó a Madrid, con el fin de explorar y hacer gestiones relativas al tema de la formación del clero secular. Según las disposiciones canónicas de la época, cuando un sacerdote se trasladaba temporalmente a otra diócesis, debía presentar en la diócesis *ad quem* unas *letras transitoriales*, firmadas por su prelado. Luego, en la diócesis de destino se le concedían temporalmente las facultades para celebrar la Santa Misa y, en algunos casos, también de confesar. Esas licencias de celebrar se concedían para una iglesia o capilla concreta. En las de Madrid se decía expresamente: «Estas licencias no serán válidas mientras el interesado no las entregue al Sr. Cura Párroco o Rector de la iglesia a quien van dirigidas, el cual las conservará en su poder para su resguardo. Si terminado el plazo de la concesión fuese menester renovarlas, las recogerá el interesado y las presentará en esta Cancillería». Josemaría Escrivá guardó algunas de estas licencias que, desde la Cancillería de Madrid-Alcalá, dieron a algunos presbíteros transeúntes para que celebraran en la iglesia del Patronato de Enfermos, y que debían entregar al capellán de dicha institución. Una de ellas lleva la fecha de 22 de septiembre de 1928, y dice:

S.S.I., el Vicario General, ha tenido a bien facultar al Presbítero Don Ángel del Barrio Martínez, de la diócesis de Tarazona, para que celebre el Santo Sacrificio de la misa por tiempo de un mes en esa iglesia de su digno cargo; advirtiéndole a V. que considere sin efecto esta licencia en el caso que dicho

como canónigo del cabildo de la catedral de Tarazona a Ángel del Barrio; y en el *Anuario* del año 1931, en la p. 364, se lee que es capellán de la Real Capilla de Reyes nuevos, de la catedral de Toledo desde 1930. Los capellanes de esta Real Capilla están equiparados en dignidad a los canónigos.

<sup>172</sup> Ángel del Barrio Martínez nació en 1868 en Huerta de la Obispalía (Cuenca). Se ordenó sacerdote en 1893. Tras pasar por varias parroquias, en 1917 llegó a ser arcipreste de Sacedón, cargo que desempeñó hasta 1926, cuando ganó una canonjía en la catedral de Tarazona. Desde 1930 fue canónigo de la Capilla de Reyes Nuevos, de la catedral de Toledo, y publicaba la hoja parroquial *El Auxiliar del Catequista*. Falleció en 1952, en Toledo (datos facilitados por el Archivo de la Diócesis de Cuenca).

Presbítero no observe buena conducta o no use constantemente el traje talar, de lo cual daría V. oportuno aviso a esta Cancillería.

Lleva la firma del canciller secretario de la diócesis, Antonio de Bonifaz<sup>173</sup>. Al acabar el plazo, y con fecha de 23 de octubre, se añade: «se prorrogan las precedentes licencias según tenor y forma por tiempo de un mes. Lo acordó S.S. el Pro Vicario general».

Por este documento tenemos constancia de la presencia de Ángel del Barrio en Madrid. Por el diario de Blas Carda sabemos que se hospedó en la Residencia Sacerdotal que las Damas Apostólicas regentaban en la calle Larra, de Madrid; que en esos días conoció y trató a la fundadora, Luz Rodríguez Casanova; y que su estancia se prolongó más allá del plazo que figura en esas licencias, pues en el mes de diciembre seguía en Madrid.

Hay una referencia más a Ángel del Barrio en los *Apuntes*, en la que se menciona su presencia en una conversación entre Josemaría Escrivá y Mercedes Reyna<sup>174</sup>. No se indica la fecha, pero como Mercedes Reyna falleció el 23 de enero de 1929, esta conversación tuvo que ser entre septiembre de 1928 y comienzos de enero.

Según el documento de licencias, el 22 de septiembre de 1928, o algún día después, se presentó en el Patronato de Enfermos Ángel del Barrio. En el mes de septiembre, durante algunos días, Escrivá estuvo en Zaragoza<sup>175</sup>, y el día 30, por la tarde comenzó sus Ejercicios Espirituales en la casa de la Congregación de la Misión de la calle García de Paredes, donde el día 2, según su propio testimonio, *vio* el Opus Dei. Regresó al Patronato el día 6 de octubre, con una inquietud nueva en su alma. A partir de esa fecha, las conversaciones que san Josemaría tuvo con Ángel del Barrio se insertaron en un contexto nuevo, donde la proyección pastoral y apostólica cobró un papel relevante. Uno de esos días, Del Barrio le informó de la presencia de Carda en la Residencia de la calle Larra, y de los motivos que le habían llevado a Madrid. Allí acudió el fundador del Opus Dei, como hemos visto antes.

El momento en que abrió su alma y comunicó «en el fuero de la conciencia *aquello* que Jesús me había pedido» tuvo que ser posterior al 20 de diciembre, si atendemos a la anotación del diario de Blas Carda, pero no

<sup>173</sup> Este documento se guarda en AGP, A.1, 37-3-1.

<sup>174</sup> *Apuntes íntimos*, n. 178, del 20 de marzo de 1931. La fecha es la de la redacción de este *Apunte*, no la del suceso en él relatado.

<sup>175</sup> Cfr. Relación de Mons. José María Bueno Monreal, cit. en BADRINAS, *Beato Josemaría*, p. 9.



mucho tiempo más, aunque no sabemos cuánto más prolongó su estancia en Madrid. La comunicación fue mutua, como se desprende de una carta que, en enero de 1930, Ángel del Barrio escribe a Josemaría Escrivá, desde Tarazona. Tras comunicarle su nombramiento como canónigo de la Capilla de Reyes Nuevos de Toledo, le expone su intención y proyecto en esa época:

Ponerme en condiciones de lugar y *personas*, por si Dios quiere que algún día cristalice algo que soñamos... Aquí [en Tarazona] no es fácil esto, pues ya me negaron (quizá sólo por enfocar muy subjetivamente y *conocer pero no sentir* el problema...) me negaron, digo, el informe para pedir la dispensa de residencia y trasladarme a ésa [a Madrid] para hacer un ensayo de Casa Sacerdotal<sup>176</sup>.

Se desprende de estas líneas el interés que tanto Blas Carda como Ángel del Barrio tenían en la atención y formación del clero secular. La carta añade estas significativas palabras de Del Barrio, que ponen de manifiesto un trato previo más íntimo: «A ti, que eres bueno y conoces todos mis secretos y planes, hago esta confianza»<sup>177</sup>.

Tras la marcha de don Ángel de la capital de España, hubo un breve intercambio epistolar durante el año 1930<sup>178</sup>. En agosto de 1944, Ángel del Barrio escribió de nuevo a Josemaría Escrivá, desde Toledo, un par de cartas, los días 7 y 18. En esta última, le felicita por la aprobación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y rememora aquellos años. Escribe:

Aquel joven lleno de celo que conocí hace eso, diecisiete años, en casa de D<sup>a</sup> Luz, buen estudiante. Estaba V. lleno de inquietudes y sin centrarse aún ni dar con su vocación y camino. Ahora ya parece la tiene porque Dios habrá guiado a los dos grandes objetivos, de hacer bien a los sacerdotes y

<sup>176</sup> Carta de Ángel del Barrio a Josemaría Escrivá, Tarazona, 31 de enero de 1930, AGP, A.6, 362-2. Sigue diciendo en la carta: «Cuánto sentí esta prueba de Dios nuestro Señor, pues ya me parecía a mí un triunfo haber alcanzado en ésa (después de tantas oraciones y... pisadas) el que el Sr. Obispo nos admitiera para eso, D<sup>a</sup> Luz tuviera la generosidad de pedir que me nombraran capellán de Larra, y hasta me ofrecieron la casita de Chamartín, y otras dos señoras me ofrecieron dinero... Todo vino abajo, pues así Dios lo dispuso».

<sup>177</sup> Carta de Ángel del Barrio a Josemaría Escrivá, Tarazona, 31 de enero de 1930, AGP, A.6, 362-2.

<sup>178</sup> En AGP se conservan otras dos cartas de Ángel del Barrio, dirigidas a Josemaría Escrivá, desde Tarazona, de fechas 11 y 21 de marzo de 1930 (AGP, A.6, 362-2).

honrar la Santa Cruz. Pero yo tengo algún derecho, puesto que le conocí antes de llegar al Puerto y le amo<sup>179</sup>.

La última carta que le escribió lleva fecha de 13 de noviembre de 1944. Ángel del Barrio falleció en 1952.

### *Pedro Siguán Baella*

En la relación de sacerdotes del texto de 1948 que estamos analizando, se dice lo siguiente del último: «Un religioso joven de la Congregación de la Sda. Familia (el P. Siguán o cosa así?)»<sup>180</sup>. Es Pedro Siguán Baella<sup>181</sup>, un año más joven que san Josemaría.

Su presencia en Madrid se debe a la decisión de sus superiores de fundar en la capital una residencia para proyectar la Congregación hacia el resto de España y demás países de habla hispana. Con ese fin viajaron allá, el día 6 de septiembre de 1929, los padres Luis Tallada<sup>182</sup> y Pedro Siguán, acompaña-

<sup>179</sup> Carta de Ángel del Barrio a Josemaría Escrivá, Toledo 18 de agosto de 1944. Esta carta y las otras dos que le escribió el mismo año, de fechas 7 de agosto y 13 de noviembre de 1944 se encuentran en AGP, A.6, 362-2. En la carta dice: «Conocí hace eso, diecisiete años». Don Ángel da la fecha aproximada. Se habían conocido hacía dieciséis años. La expresión «sin centrarse aún ni dar con su vocación y camino» hay que entenderla en el contexto de los primeros meses de existencia del Opus Dei, en el que, por una parte, según afirma Escrivá, se interrumpieron las luces interiores durante un largo periodo, casi un año, y por otro, tenía que aplicar su entendimiento a aquello que había visto, para que las ideas generales, ideas madres, se fueran concretando.

<sup>180</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948.

<sup>181</sup> Pedro Siguán Baella nació en Alós de Balaguer (Lérida), en 1903. Ingresó en el noviciado de la Congregación de Hijos de la Sagrada Familia en 1919, e hizo la profesión perpetua en 1925. Ordenado sacerdote en 1926, en Roma. En esta ciudad obtuvo el grado de doctor en Teología por el Ateneo Lateranense, y el de bachillerato en Derecho Canónico en el Angelicum. Acabados los estudios, en 1929 fue destinado a Madrid. En octubre de 1930 llegó a Argentina y en 1940, a los Estados Unidos. Regresó a la Argentina en 1953. En 1959 volvió a España, en 1963 a los Estados Unidos y en 1975 regresó a la Argentina, donde falleció en 1988.

<sup>182</sup> Luis Tallada y Baynach nació en Aren (Huesca), en 1867. Hizo la profesión en la Congregación de Hijos de la Sagrada Familia en 1886. Sacerdote desde 1893, fue elegido consultor general del superior general, que era el fundador, san José Manyanet, en 1896. Durante el periodo de la incorporación del instituto a la Orden Teatina (1909-1916), Tallada desempeñó varios cargos de responsabilidad. Restituida la personalidad canónica del instituto, en 1916 fue elegido por unanimidad superior general, y reelegido en el capítulo de 1922. Organizó las casas de formación y fomentó la expansión a nuevos países de América. En 1928 fue elegido subdirector general y, en 1929, fue el primer superior de la Residencia de Madrid. Después del fallecimiento del superior general, en junio de 1932, fue elegido

dos de un hermano, Isaac López<sup>183</sup>. Por esas fechas Luz Rodríguez Casanova estaba ultimando la construcción del noviciado en Chamartín de la Rosa, y ofreció a los padres de la Sagrada Familia la atención pastoral de la capilla del noviciado, proporcionando, para su residencia, una casa construida al efecto, muy cerca del convento. Mientras se acababan las obras, los religiosos residieron en la Casa Sacerdotal de la calle Larra, n. 3. El 8 de septiembre de 1929 se inauguró el noviciado y el 6 de octubre los religiosos se pudieron instalar en la nueva residencia, en el n. 56 de la Carretera de Chamartín.

El primer contacto de Escrivá con Siguán pudo comenzar en septiembre de 1929, durante el periodo que residió en la calle Larra, aunque no sabemos con exactitud cuándo comenzó a confesarse y dirigirse con él. Al trasladarse la comunidad a Chamartín, san Josemaría acudió allí con frecuencia. Cuenta Asunción Muñoz:

Quando fui nombrada Maestra de Novicias, cargo que he ocupado durante veintiún años, don Josemaría venía muchos domingos a vernos. Teníamos la casa-noviciado en el Paseo de la Habana de Madrid y había allí un campo muy grande y una huerta hermosa. Él venía con otro sacerdote, don Norberto Rodríguez García que también le ayudaba en la capellanía del Patronato de Enfermos. Era un sacerdote mayor y enfermo que vivía en lo que fue Patronato antiguo. Yo creo que don Josemaría le llevaba para poder ayudarle: para que se sintiera útil y apreciado. Hablaba con él y le hacía pasar un buen rato. [...]. Yo recuerdo sus visitas, durante aquellos años de Noviciado, al caer la tarde de los días de fiesta. Eran visitas informales porque don Josemaría no tenía encomendada ninguna tarea concreta en el Noviciado. Vendría porque le agradaría e indudablemente movido por su desbordante celo apostólico y nosotras lo aprovechábamos para compartir con él las preocupaciones de la formación espiritual: de llevar a las almas a la perfección<sup>184</sup>.

nuevamente para ese cargo, en septiembre de dicho año; pero el día 25 de octubre de 1932, apenas cuarenta y cinco días después, falleció. En AGP, A.6, 448-4 se conservan dos cartas de Luis Tallada a Josemaría Escrivá, escritas desde Barcelona, del 30 de junio de 1931 y del 9 de abril de 1932, donde, entre otras cosas, recuerda su trabajo en el Patronato de Enfermos.

<sup>183</sup> Agradezco la información sobre Pedro Siguán y Luis Tallada, y sobre la fundación de Madrid, a José María Blanquet, SF, vicario general de la Congregación de Hijos de la Sagrada Familia.

<sup>184</sup> Testimonio de Asunción Muñoz González, en *BADRINAS, Beato Josemaría*, pp. 377-378. El Paseo de la Habana es el nombre actual de la Carretera de Chamartín.

Estas idas al noviciado tenían también otro motivo: visitar a Pedro Siguán, en la vecina residencia. La compañía de Norberto Rodríguez era, como señala Asunción Muñoz, para distraerle y para conversar. Sin embargo, san Josemaría también acompañaba a Rodríguez, cuando éste iba a los carmelitas de la Plaza de España, a visitar a su confesor, el p. Joaquín de la Sagrada Familia. Mientras, aprovechaba para hablar con el lego que estaba en la portería, fray Gabriel<sup>185</sup>.

En el último trimestre de 1929, según anota Josemaría Escrivá, se produce «la renovación de aquella corriente espiritual de divina inspiración, para la O. de D.»<sup>186</sup>. Y ya en el año siguiente, el 14 de febrero, durante la Misa, recibe una nueva gracia interior por la que capta que las mujeres forman parte del proyecto manifestado el 2 de octubre. Al mismo tiempo, entiende interiormente que no puede ser «soldadito de filas: era preciso fundar, sin duda alguna»<sup>187</sup>. Con las expresiones no ser «soldadito de filas» y «era preciso fundar», está diciendo que las dudas sobre si su papel era el de fundar o buscar en otro lugar la existencia de aquello que Dios le pedía, terminaron con la gracia del 14 de febrero. Desde esa fecha, san Josemaría aparece, en sus escritos y en su conducta, con la conciencia clara de ser él el fundador.

A diferencia del 2 de octubre de 1928, en ese momento, en el 14 de febrero de 1930, sí que tenía con «quien abrir el alma y comunicar en el fuero de la conciencia *aquello* que Jesús me había pedido»<sup>188</sup>, esto es, con el sacerdote Pedro Siguán. Así que, cuando tuvo ocasión, le expuso el contenido de las nuevas luces fundacionales. Siguán era doctor en Teología y bachiller en cánones, y estaba capacitado para entender las cuestiones de teología espiritual y también los problemas canónicos. No obstante, quizá por la novedad del mensaje que el fundador del Opus Dei le expuso, y quizá también por la dificultad de encontrar las expresiones y el vocabulario adecuados para esa nueva realidad, el caso es que Siguán no supo cómo encuadrar todo aquello. San Josemaría, al recordar su respuesta, escribió: «me dijo, por cierto, que era mi proyecto –el Opus Dei– un imposible»<sup>189</sup>.

<sup>185</sup> *Apuntes íntimos*, n. 316, del 10 de octubre de 1931.

<sup>186</sup> *Apuntes íntimos*, n. 179, del 20 de marzo de 1931. También se hace referencia en el n. 432, del 29 de septiembre de 31, y n. 536, del 2 de enero de 1932.

<sup>187</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1872, del 14 de junio de 1948. Sobre el origen de este texto, y del siguiente, cfr. *supra*, notas 7 y 8.

<sup>188</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948.

<sup>189</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1864, del 14 de junio de 1948. Escrivá recuerda que Pedro Siguán le dijo que su «proyecto –el Opus Dei– era «un imposible». No sabemos cuáles fueron las

El trato con Siguán continuó hasta finales de mayo-junio de 1930. Por esas fechas dejó Madrid. En julio de 1930 escribe, desde Barcelona, a Escrivá, una breve y afectuosa tarjeta postal, de la que se desprende que, de momento, ya no volverá a Madrid<sup>190</sup>. El 28 de septiembre le escribe una carta más extensa, anunciándole cuál va a ser por fin su destino: Buenos Aires. Desde esta ciudad le escribirá, en enero de 1931, contándole sus andanzas por Argentina. Es la última carta que se conserva, y, *de facto*, pone fin a la relación<sup>191</sup>.

### *Valentín Sánchez Ruiz*

Cuando se fue de Madrid Pedro Siguán, el fundador del Opus Dei buscó a quien pudiera aconsejarle en su vida espiritual. Desde tiempo atrás

razones que Siguán dio para formular esta aseveración. Ciertamente san Josemaría habla de todo el proyecto, de todo el Opus Dei, porque, al sentirse confirmado como fundador, tenía que llevar a cabo la misión completa. Sin embargo, sobre las luces iniciales del 2 de octubre ya había hablado –y, de algún modo, había sido confirmado–, con Blas Carda y con Ángel del Barrio, y éstos no habían puesto objeción a «su idea de fundar». Es ahora, cuando la misión se amplía a las mujeres y, a la vez, es confirmado en su tarea de fundador, cuando recibe la respuesta negativa de su confesor. Pocos meses más tarde, en julio de 1930, Valentín Sánchez Ruiz, después de leer sus «cuartillas», se comprometió a ser su director espiritual, y le confirmó en el carácter sobrenatural de la Obra. En esa conversación san Josemaría repasó con Sánchez Ruiz los distintos contenidos de las cuartillas. Y como tenía especialmente grabada en su alma la respuesta negativa del sacerdote Pedro Siguán sobre las luces del 14 de febrero, al llegar a ellas, preguntó con especial interés. El p. Sánchez le dio una contestación que despejó cualquier sombra de duda que pudiera haber causado la aseveración de Siguán. Sus palabras –así las recordaba el fundador del Opus Dei– fueron: «Esto es tan de Dios como lo demás» (*Apuntes íntimos*, n. 1871, del 14 de junio de 1948). Sobre el encuentro en el que Valentín Sánchez Ruiz pronunció estas palabras, cfr. meditación *Los pasos de Dios*, 14 de febrero de 1964, *En diálogo con el Señor*, ed. crít.-hist., nota al § 4d, p. 203.

<sup>190</sup> Tarjeta postal de Pedro Siguán a Josemaría Escrivá, Barcelona, 30 de julio de 1930 (AGP, serie A.6, 448-4). En el texto se lee: «Mi carísimo D. José M<sup>a</sup>: Le envió desde Barcelona un saludo cariñosísimo pues ya sabe cuánto se le aprecia y agradezco las atenciones y muestras de confianza que siempre conmigo ha tenido. [...] Por ahora me dejan absoluta libertad, de modo que puede figurarse qué vidorra! Presente mis respetos a D. Norberto [Rodríguez]».

<sup>191</sup> Cartas de Pedro Siguán a Josemaría Escrivá, Barcelona, 28 de septiembre de 1930, y Buenos Aires, 5 de enero de 1931 (AGP, serie A.6, 448-4). La casa de la Congregación de los Hijos de la Sagrada Familia de Madrid continuó hasta octubre de 1934. El tenso ambiente político y religioso movió a los superiores a cerrar esa casa y trasladar a los religiosos a Barcelona. No se conservan más datos, pues los archivos de la Congregación de Barcelona fueron quemados en 1936.

oyó comentar en el Patronato de Enfermos que el presbítero Valentín Sánchez Ruiz<sup>192</sup> atendía muy bien a sus penitentes. Sánchez Ruiz había sustituido a san José María Rubio, en la atención espiritual de las Damas Apostólicas. Tanto el p. Rubio como el p. Sánchez Ruiz confesaban a las religiosas habitualmente, no en el Patronato, sino en su confesonario de la iglesia de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, que estaba en la calle de la Flor. A primeros de julio de 1930 san Josemaría fue a esta residencia a pedirle que se encargase de su dirección espiritual. Desde entonces hasta el comienzo de la guerra, y terminada ésta, hasta 1940, fue el confesor habitual y el director espiritual del fundador del Opus Dei<sup>193</sup>. Escrivá iba a verle una o dos veces por semana, y Sánchez Ruiz le recibía en distintos lugares, como el colegio de Chamartín, la residencia de la calle Almagro, los Luises de la calle Zorrilla, el Colegio del Sagrado Corazón de la calle Leganitos, o el primer monasterio de la Visitación, en la calle Santa Engracia.

Describir la relación entre Sánchez Ruiz y Escrivá de Balaguer exigiría un artículo completo, por la abundante documentación existente. El lector puede encontrar información más que suficiente en las numerosas referencias que se contienen en la bibliografía publicada sobre san Josemaría<sup>194</sup>. Por eso, no me extiendo más sobre su persona en este artículo. Sin embargo, no

<sup>192</sup> Valentín María Sánchez Ruiz nació en Orellana la Vieja (Badajoz) en 1879. Ingresó joven en la Compañía de Jesús. A los treinta años recibió la ordenación sacerdotal y en 1914 emitió el cuarto voto. Trabajó en la editorial El Apostolado de la Prensa, de los jesuitas. Sánchez Ruiz cultivó la literatura de alta divulgación católica, pero su campo predilecto era el litúrgico, en el que destaca, sobre todo, el *Misal completo latino-español para uso diario de los fieles*. Simultaneaba la actividad editorial y literaria con su dedicación al confesonario. En 1929 estaba destinado en Madrid, en la casa profesa de la calle la Flor Baja. Murió en Madrid, con 84 años, el 30 de noviembre de 1963. Cfr. Ramón PEREIRA, *Sánchez Ruiz, Valentín María*, en DSJ, pp. 1108-1109.

<sup>193</sup> Hubo un paréntesis en 1932, motivado por la disolución de la Compañía. Durante unas semanas Josemaría Escrivá se confesó y dirigió espiritualmente con Juan Postius.

<sup>194</sup> Por ejemplo, en VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, hay referencias en las pp. 323, 324, 332-335, 339, 341, 360, 364, 374, 378, 397, 409, 411, 432, 467-471, 498, 499, 506, 519, 532, 536, 539, 540, 542, 570; y en el vol. II, estas: pp. 229, 354, 433, 439, 441, 443-445, 448, 548. En Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*. Edición crítico-histórica preparada por Pedro RODRÍGUEZ (en adelante, *Camino*, ed. crít.-hist.), Madrid-Roma, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2004, en las pp. 18, 20, 22, 23, 26-29, 34-36, 46, 52, 171, 176-178, 184, 195, 217, 221, 244, 270, 275, 388, 411, 451, 479, 501, 513, 548, 597, 598, 711, 723, 728, 729, 746, 812, 813, 865, 884, 933, 1006, 1091. Y en ID., *Santo Rosario*. Edición crítico-histórica preparada por Pedro RODRÍGUEZ – Constantino ÁNCHEL – Javier SESÉ, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2010, en las pp. 6-10, 34, 9, 80, 83, 94, 128, 140, 145, 152, 165, 173 y 275.

me resisto a poner, como síntesis, unas palabras que Josemaría Escrivá de Balaguer escribió a Florencio Sánchez Bella, cuando le llegó la noticia del fallecimiento de Valentín Sánchez Ruiz:

Anoche Álvaro me dio la noticia de la muerte del jesuita P. Valentín Sánchez, que fue mi confesor y mi director espiritual por tantos años (desde 1928 al 1940, aunque no tengo a mano documentos para puntualizar más)<sup>195</sup>. Nada tuvo que ver este venerable religioso con la Obra, pero sí con mi alma que no se puede separar del Opus Dei. Y, entre tantas cosas, que encontraréis a su hora, escritas a su tiempo por mí, veréis por qué yo me he impresionado, por qué hoy celebraré la Santa Misa en sufragio de su alma. Le estoy agradecido –y lo estaré siempre–, ya que en toda esa temporada larga y –¿por qué no decirlo?– heroica, a pesar de mis miserias, el P. Valentín me recibía una o dos veces por semana, primero en la calle de la Flor, después en el colegio de Chamartín, más tarde en las monjas *Eucarísticas* (me parece que se llaman así) en Blanca de Navarra, y más tarde en el hotelito de la calle de Almagro y en los Luises». Y concluía con estas palabras de recuerdo personal: «¡Que en paz descansa, porque era bueno y apostólico! A él acudía yo, especialmente cuando el Señor o su Madre Santísima hacían con este pecador *alguna de las suyas*<sup>196</sup>, y yo, después de asustarme, porque no quería *aquello*, sentía claro y fuerte y sin palabras, en el fondo del alma: “*ne timeas!*, que soy Yo”. Y el buen jesuita, al escucharme horas después en cada caso, me decía sonriente y paterno: “esté tranquilo: *eso es de Dios*”. Perdonad. Soy un pobre hombre. Rezad por mí, para que sea bueno, fiel y alegre. He sentido la necesidad de contarte esto, para que también encomendéis al Señor esa alma, que pienso que le era muy grata<sup>197</sup>.

### *Juan Postius Sala*

Cuenta Vázquez de Prada que un religioso claretiano, Prudencio Cancero, paisano y amigo de la familia Escrivá, le ayudó en sus gestiones para dejar Zaragoza y trasladarse a Madrid. Además de encauzarle hacia la Pontificia Basílica de San Miguel, le aconsejó que entrara en contacto con la

<sup>195</sup> En realidad, el comienzo de su trato con Sánchez Ruiz, como ya se ha visto, fue en julio de 1930.

<sup>196</sup> «*Alguna de las suyas*»: con esta expresión, Escrivá alude a experiencias de carácter sobrenatural extraordinario, e ilustraciones y luces interiores para el gobierno del Opus Dei o para su alma.

<sup>197</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Florencio Sánchez Bella, Roma, 6 de diciembre de 1963 (AGP, A.3-4, 279-4, carta 631206-02).

comunidad claretiana de la calle Buen Suceso, de Madrid<sup>198</sup>. Es probable que, ya en esos primeros meses, hubiera tenido conocimiento y trato con el p. Juan Postius<sup>199</sup>, que vivía en esa comunidad.

La primera referencia documental de la relación entre Escrivá y Postius es del 8 de mayo de 1931<sup>200</sup>, en la que anota que dicho sacerdote le cita para el domingo siguiente<sup>201</sup>. El domingo 10 de mayo, víspera de la “quema de conventos”, le visitó, por la mañana<sup>202</sup>. No sabemos más de esta entrevista, ni tampoco si se vieron más veces en las semanas siguientes.

La siguiente referencia es del 27 de noviembre de 1931, y se encuentra en una biografía de Postius. Es una petición de información, desde Roma, sobre la persona de san Josemaría. Dice así: «Pidiéndole [a Juan Postius] en noviembre de 1931 el P. Maroto<sup>203</sup> un juicio sobre un tal “Sr. Escrivá”, de que hablaba un escrito de D. Francisco Moreno Montforte [*sic*], el P. Postius le contesta el 27 del mismo mes, desde Madrid: “El Sr. Escrivá, a quien se

<sup>198</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 231-267.

<sup>199</sup> Juan Postius Sala nació en Berga (Barcelona), en 1876. En 1888 ingresó en el seminario menor de los claretianos de Barbastro; profesó en 1892, en Cervera (Lérida). Sacerdote en 1900. En Roma se especializó en Derecho y Arqueología. Doctor *in Utroque Iure*, en 1903 regresó a España y, en 1905, fue destinado a Madrid. Hasta 1922 fue director espiritual del seminario de Madrid, y hasta 1932 continuó como confesor. Fue director de la revista claretiana *El Iris de Paz*, y fundador y director de la *Ilustración del Clero*. En 1926 publicó su gran obra de investigación: *El Código de Derecho Canónico aplicado a España*. Asesor, en temas canónicos, de muchos obispos e institutos religiosos. En 1934 dejó Madrid para desempeñar en Roma los cargos de postulador y procurador de los claretianos ante la Santa Sede. En 1936 volvió a Madrid con el fin de que, sirviéndose de su prestigio y de su amplio círculo de amistades, pudiera ayudar a los claretianos, por si se cumplían los presagios de persecución religiosa. Durante la guerra estuvo preso en una cárcel y, luego, refugiado en embajadas. Acabada la contienda, regresó a Roma. En 1947 su salud psíquica se deterioró notablemente, pasando periodos de *noche oscura* y sufrimiento interior. Falleció en Solsona (Lérida), en 1952.

<sup>200</sup> *Apuntes íntimos*, n. 197, del 8 de mayo de 1931.

<sup>201</sup> José Muñoz Aycuens en carta a Josemaría Escrivá, Madrid, 6 de mayo de 1931, dice que Postius quiere «conocer la Obra de Dios. Estará para usted el domingo y lunes, por la mañana desde las 10 y ½ y por la tarde desde las 3 y ½» (AGP, A.6, 414-4). José Muñoz Aycuens era un pintor que se dirigía con el p. Postius. Conoció a san Josemaría en el Hospital General de Madrid, en 1931, y fue uno de los primeros seguidores. Su relación con el Opus Dei acabó en el otoño de 1933. Falleció en Azuqueca de Henares (Guadalajara) el 11 de octubre de 1964 (cfr. ABC, 13 de octubre de 1964, p. 100).

<sup>202</sup> *Apuntes íntimos*, n. 200, del 10 de mayo de 1931.

<sup>203</sup> Felipe Maroto Martín, CMF, residía entonces en Roma y era consultor de varias sagradas congregaciones, entre ellas las del Santo Oficio y del Concilio. Desde 1934 sería general de los Claretianos.



refiere, es D. José M<sup>a</sup> Escrivá, buen sacerdote, que dejó el foro por la Iglesia y trata de doctorarse en esta universidad; su testimonio me parece de mucho peso para el caso”<sup>204</sup>. El autor de esta obra no se detiene a explicar el contexto de esta petición, pero a la vista de lo expuesto anteriormente, se deduce que se trata de las gestiones que Francisco Moreno estaba haciendo en Roma para regularizar su situación.

Hay consignadas, después de esta fecha, dos entrevistas más con Postius. La primera fue el día 3 de enero de 1932, domingo, por la mañana. Dice: «En mi conversación a solas con este padre, se me escapó decir que yo soy un burro, y el P. Postius dijo que su padre fundador [san Antonio María Claret] decía de sí mismo que era una quijada de burro, la quijada que empleó Sansón»<sup>205</sup>. He recogido estas palabras porque al día siguiente, 4 de enero, anotó otra experiencia sobrenatural, que tuvo gran eco en su alma: «Esta mañana, como de costumbre, al marcharme del Convento de Santa Isabel, me acerqué un instante al Sagrario, para despedirme de Jesús diciéndole: Jesús, aquí está tu borrico... Tú verás lo que haces con tu borrico... –Y entendí inmediatamente, sin palabras: “Un borrico fue mi trono en Jerusalem”. Éste fue el concepto que entendí, con toda claridad»<sup>206</sup>.

La segunda entrevista tuvo lugar la mañana del martes, 13 de enero de 1932<sup>207</sup>. Pocos días después, el gobierno de la República decretó la disolución de la Compañía de Jesús<sup>208</sup>. El martes día 26 fue a confesar con Sánchez Ruiz, y anotó: «¿La última vez que le veo en los Luises? El Señor dirá, como siempre, la palabra final. ¡Viva la libertad!»<sup>209</sup>. Desde ese día, ante la nueva situación, Valentín Sánchez Ruiz, al igual que otros religiosos de la Compañía, dejó su residencia habitual y los lugares donde atendía en confesión, a la espera de que se clarificase la situación<sup>210</sup>.

<sup>204</sup> Tomás Luis PUJADAS, CMF, *El Padre Postius. Un hombre para la Iglesia*, Barcelona, Claret, 1981, p. 327.

<sup>205</sup> *Apuntes íntimos*, n. 542, del 4 de enero de 1932.

<sup>206</sup> *Apuntes íntimos*, n. 543, del 4 de enero de 1932. Para una explicación más detallada de este hecho, cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 416.

<sup>207</sup> *Apuntes íntimos*, n. 559, del 13 de enero de 1932. En esta ocasión sólo anota que tuvo la entrevista.

<sup>208</sup> Cfr. sobre el tema el número extraordinario de *El Debate*, del 26 de enero de 1932.

<sup>209</sup> *Apuntes íntimos*, n. 585, del 26 de enero de 1932.

<sup>210</sup> Dice el beato Álvaro del Portillo: «Tuvo que interrumpirla [la relación con Valentín Sánchez Ruiz] cuando el gobierno republicano decretó el 24 de enero de 1932 la expulsión de los jesuitas. En aquellas difícilísimas circunstancias, el Padre acudió al confesonario del Padre Postius, un religioso claretiano» (DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 129).

Probablemente ya en los primeros días de febrero, comenzó a confesarse con Juan Postius. La primera referencia es del 15 de febrero de 1932:

El P. Postius, con quien vengo confesándome desde que se escondió el P. Sánchez, al ponerse en vigor el decreto de disolución de la Compañía, me dijo también que llegará tiempo en que la prueba consista en no sentir este sobrenatural impulso y amor por la Obra. Pero, junto con la tristeza de tal anuncio, me enseñó algo consolador para el momento actual: que, sin salir del abandono de la vida de infancia, puedo y debo apretar a Jesús para que dé, con la paz espiritual que ahora tienen, el bienestar material a los míos<sup>211</sup>.

En esta anotación hay un consejo para las circunstancias inmediatas por las que estaba pasando san Josemaría: la situación económica que soportaba su familia era muy apurada<sup>212</sup>. Desde meses atrás, Escrivá venía intensificando su camino de infancia espiritual, y la oración de abandono, por la que no pedía, sino que exponía. Postius le hizo ver que eran compatibles el abandono y la oración de petición.

Y también está el anuncio, casi un vaticinio, de algo que podría darse en tiempos no lejanos: padecer una prueba interior, consistente en no sentir el «sobrenatural impulso y amor por la Obra». San Josemaría experimentó esta prueba, que calificó de *cruel*, el 22 de junio de 1933, mientras estaba haciendo sus ejercicios espirituales en los redentoristas de la calle Manuel Silvela, junto a la iglesia del Perpetuo Socorro. Así lo anotó:

El jueves, vísperas del Sagrado Corazón, por primera y única vez desde que conozco la Voluntad de Dios, sentí la prueba cruel que hace tiempo me anunciara el P. Postius (Cuando al ser disuelta por el desgobierno actual la Compañía, perdí de vista al P. Sánchez una temporada y me atendió el P. Juan Postius). A solas, en una tribuna de esta iglesia del Perpetuo Socorro, trataba de hacer oración ante Jesús Sacramentado expuesto en la Custodia, cuando, por un instante y sin llegar a concretarse razón alguna –no las

<sup>211</sup> *Apuntes íntimos*, n. 599, del 15 de febrero de 1932.

<sup>212</sup> Al dejar el Patronato de Enfermos, sus ingresos disminuyeron de manera drástica. Dejó de percibir la remuneración que recibía por ser capellán de aquella institución, y en el Patronato de Santa Isabel las autoridades civiles habían suprimido oficialmente la asignación de los cargos de capellanes. También lo notó en los encargos de intenciones de Misa, ya que en el Patronato de Santa Isabel, al no ser parroquia y estar en una barriada más popular, apenas se recibían estipendios por encargos de Misas. Sólo tenía como ingreso fijo lo procedente de su trabajo en la Academia Cicuéndez, que pronto lo dejaría, y de algunas clases particulares que esporádicamente le encargaban.

hay-, vino a mi consideración este pensamiento amarguísimo: “¿y si todo es mentira, ilusión tuya, y pierdes el tiempo..., y –lo que es peor– lo haces perder a tantos?”. Fue cosa de segundos, pero ¡cómo se padece! Entonces, hablé a Jesús, diciéndole: “Señor (no, a la letra), si la Obra no es tuya, desbarátala ahora mismo, en este momento, de manera que yo lo sepa”. Inmediatamente, no sólo me sentí confirmado en la verdad de su Voluntad sobre su Obra, sino que vi con claridad un punto de la organización, que hasta entonces no sabía de ningún modo solucionar<sup>213</sup>.

En la siguiente referencia se anuncia el fin de la dirección espiritual con Juan Postius. Como explica Álvaro del Portillo, «pese a la expulsión de la Compañía, muchos jesuitas se quedaron en España; así que, en cuanto estuvo disponible el Padre Sánchez, nuestro Fundador volvió a confesarse con él»<sup>214</sup>. El encuentro con el jesuita fue el 27 de febrero de 1932. Escribe san Josemaría: «Día del Santo Ángel de la Guarda, 1932: El sábado pasado, en las Esclavas de Mz. Campos, pude ver al P. Sánchez. Me citó para los jueves, en Blanca de Navarra (Eucarísticas<sup>215</sup>). Quedo muy agradecido al P. Postius, que ha tenido la caridad de atenderme, durante esta temporada»<sup>216</sup>.

Sin embargo, la relación con Juan Postius continuó, pues solicitó en varias ocasiones su parecer en cuestiones jurídico-canónicas. Por ejemplo, y con relación a la labor de apostolado con la gente joven, en el mes de agosto de 1932, Postius le dio una sugerencia que luego se hizo realidad en la Academia DYA. Así lo consignó san Josemaría: «Me aconsejó que prescindamos de la intervención eclesiástica, y que demos a la asociación carácter cultural, sin hablar de ningún punto religioso en el reglamento, porque, si no, no la aprobarían en el Gobierno Civil, como les ha sucedido recientemente a ellos [los claretianos] con otra asociación que quisieron crear»<sup>217</sup>.

Como resumen de estas conversaciones, Escrivá anotó: «Mis charlas con el P. Postius, misionero del Corazón de María, son cada día más interesantes, y creo que muy agradables a Dios, porque son para bien de su Obra»<sup>218</sup>.

<sup>213</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1729, del 22 de junio de 1933. Sobre este tema, cfr. DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 190, y VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 494-500.

<sup>214</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 129.

<sup>215</sup> Es la iglesia del convento de las Hermanas Celadoras del Culto Eucarístico, popularmente llamadas las Eucarísticas, sito en Blanca de Navarra, n. 9.

<sup>216</sup> *Apuntes íntimos*, n. 624, del 1 de marzo de 1931.

<sup>217</sup> *Apuntes íntimos*, n. 808, del 12 de agosto de 1932.

<sup>218</sup> *Apuntes íntimos*, n. 900, del 5 de enero de 1933.

En marzo de 1934 señala que no ha podido consultar un asunto con Postius, porque ya está en Roma<sup>219</sup>. Pero dos años después, en marzo de 1936, volvió a verle: «El día 23 tuve una charla con el P. Postius, que ha vuelto de Roma»<sup>220</sup>.

El comienzo de la Guerra Civil les separó y no hay constancia documental de posteriores encuentros. La última referencia relativa a la relación con Postius es de 1946. San Josemaría le regaló el libro de *La Abadesa de las Huelgas*. El 31 de agosto Postius escribió una carta para agradecerle el libro, en la que dice:

He demorado más de lo justo la expresión de mi agradecimiento por su espléndido volumen de “La Abadesa de las Huelgas”. Quería haberlo leído despacio, porque una lectura superficial, aunque da una idea del contenido, no revela el mérito intrínseco de la obra, el cual se descubre apenas se saborea alguno de sus doce capítulos. Yo creía saber algo de nuestra famosa Abadesa, pero veo que era nada en comparación de sus disertaciones histórico–canónicas y teológicas. Si no estuviera V. empeñado y comprometido con Dios para una Obra mejor, le hubiera pedido que continuase ese linaje de estudios con alguna monografía. No dude que en todo caso le acompaña el afecto fraternal de este su s.s.q.b.s.m. Juan Postius, C.M.F.

Y añade como postdata: «Me confío a la bondad de V. y de sus compañeros, si no les despidió personalmente como deseaba. Los deseos no dan el poder en este caso»<sup>221</sup>.

### *Pedro Poveda Castroverde*

En el *Apunte* de marzo de 1933, citado ya varias veces, que da los nombres de sacerdotes con los que tuvo trato en épocas anteriores de su vida, a propósito de su estancia en la capital de España, escribe san Josemaría: «En Madrid, D. Norberto, el P. Sánchez y D. Pedro Poveda. El Señor les bendiga»<sup>222</sup>.

<sup>219</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1150, del 6 de marzo de 1934.

<sup>220</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1326, del 25 de marzo de 1936. En este encuentro, escribe el fundador del Opus Dei, «me dijo que el volumen actual de la Obra exige la primera aprobación oficial del Prelado. Me aconsejó que hable directamente al Sr. Obispo de Madrid».

<sup>221</sup> Carta recogida en PUJADAS, *El Padre Postius*, p. 328. «s.s.q.b.s.m.»: siglas de «seguro servidor que besa su mano».

<sup>222</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959, del 22 de marzo de 1933.

El primer encuentro con san Pedro Poveda fue en una entrevista que tuvo lugar el 4 de febrero de 1931. Las circunstancias están relacionadas con las gestiones que san Josemaría venía realizando para conseguir una colocación, un trabajo pastoral, que le garantizara una residencia estable en Madrid y disponer de mayor tiempo para su tarea fundacional<sup>223</sup>. De resultados de aquella entrevista, nació entre los dos fundadores una profunda estima y admiración que se acrecentó con el paso del tiempo.

La relación entre Pedro Poveda y Josemaría Escrivá se puede estructurar en tres vectores. El primero, se debe a la condición de Poveda de secretario del Patriarca de las Indias y obispo palatino. No es el momento de explicar las distintas fases y circunstancias que concluyeron en el nombramiento de san Josemaría como rector del Patronato de Santa Isabel, en diciembre de 1934, que se encuentra suficientemente tratado en otros lugares<sup>224</sup>.

Un segundo vector, o aspecto de la relación entre Poveda y Escrivá se refiere al intercambio de experiencias prácticas en torno a los problemas concretos que surgían en estos primeros años del Opus Dei. Unas veces, era Poveda quien contaba cómo se habían solucionado algunos aspectos esenciales para la Institución Teresiana, cuando en Roma se gestionaba su aprobación<sup>225</sup>. Otras, Escrivá le pedía parecer sobre el modo de proceder inmediato. Por ejemplo, en cuestiones relativas a la personalidad civil de algunas actividades apostólicas: en septiembre de 1932, le habló de su plan de estructurar los apostolados de la Obra, y más en concreto, le expuso sus dudas sobre el modo de presentar ante la autoridad civil lo referente al apostolado con jóvenes estudiantes. Y anotó: «Hoy he estado con el P. Poveda. Aconseja que no se haga asociación de jóvenes. Trabajar sin que haya asociación: abriendo una academia, p.e. Así lo venía yo considerando»<sup>226</sup>. Un año más tarde, esa labor con la juventud cristalizó en la Academia DYA.

<sup>223</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 336-337.

<sup>224</sup> Beatriz COMELLA GUTIÉRREZ, *Josemaría Escrivá de Balaguer en el Real Patronato de Santa Isabel de Madrid (1931-1945)*, Madrid, Rialp, 2010. Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 372-379 y 528-533.

<sup>225</sup> Por ejemplo, en *Apuntes íntimos*, n. 745, del 1 de junio de 1932, anotó: «Me contó [Pedro Poveda] que, cuando fue a Roma la Institución para ser aprobada, con el fin de no aparecer como religiosos, se la ha hecho depender de la Congregación del Concilio y se la dio carácter de pía unión. De este modo, pudiendo sus miembros hacer todos los votos que quieran, no tienen que sujetarse a la rigidez del noviciado, ni tienen trabas para manejar sus bienes, ni para vivir fuera de comunidad».

<sup>226</sup> *Apuntes íntimos*, n. 837, del 29 de septiembre de 1932. En VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 456, nota 159, se cita ese mismo número de *Apuntes íntimos*, pero men-

También gustaba oír la experiencia y el consejo de Pedro Poveda, cuando Josemaría Escrivá se planteaba dar pasos en orden a las primeras fases de las aprobaciones canónicas de los apostolados del incipiente Opus Dei. En mayo de 1934 escribió estas consideraciones:

En el seno de la Iglesia Católica, hay un ser nonnato, pero con vida y actividades propias, como un niño en el seno de su madre... Calma: ya llegará la hora de inscribirlo, de pedir las aprobaciones convenientes. Mientras, daré cuenta siempre a la autoridad eclesiástica de todos nuestros trabajos externos –así lo he hecho hasta aquí–, sin apresurar *papeleos* que vendrán a su hora. Éste es el consejo del P. Sánchez y de D. Pedro Poveda, y –añado– del sentido común<sup>227</sup>.

Y unos meses más tarde, con el crecimiento de la labor apostólica, tanto entre universitarios como entre jóvenes profesionales, se preguntó si había llegado el momento de solicitar una primera aprobación eclesiástica del Opus Dei. Habló de la cuestión con Poveda, a quien le pareció razonable. Sin embargo, san Josemaría, aun atendiendo y valorando el consejo, consideró conveniente esperar<sup>228</sup>.

Por su parte, san Pedro Poveda acudía a san Josemaría Escrivá para que le ayudase en la atención de algunas actividades apostólicas de la Institución Teresiana. Así, por ejemplo, en febrero de 1933, el fundador del Opus Dei predicó un retiro a las residentes de la calle de la Alameda<sup>229</sup>, y en febrero de 1934, predicó unos ejercicios espirituales a las alumnas del Instituto Católico Femenino. Por esos días le pidió Poveda un favor en un asunto delicado: visitar a una Teresiana, enferma grave, cuya familia era hostil a su vocación<sup>230</sup>.

cionando a Postius como el autor del consejo. Una lectura más atenta del manuscrito ha determinado que es Poveda y no Postius, quien sugiere la idea de la Academia.

<sup>227</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1192, del 30 de mayo de 1934.

<sup>228</sup> En *Apuntes íntimos*, n. 1309, del 25 de enero de 1936, escribió: «Indudablemente, todas las apariencias son de que, si pido al Sr. Obispo la primera aprobación eclesiástica de la Obra, me la dará. El fundador de las Teresianas, D. Pedro Poveda, piensa lo mismo: le consulté, hace unos días. Pero, (es asunto de tanta importancia), hay que madurarlo mucho. La Obra de Dios ha de presentar una forma nueva, y se podría estropear el camino fácilmente».

<sup>229</sup> En *Apuntes íntimos*, n. 938, del 4 de marzo de 1933, anotó: «Di un retiro, durante el carnaval, a las alumnas de la Institución Teresiana de la calle de la Alameda. Me pidió que lo hiciera el buen D. P. Poveda».

<sup>230</sup> En *Apuntes íntimos*, n. 1135, del 11 de febrero de 1934, se lee: «Hoy me ha pedido D. Pedro Poveda –estoy dando ejercicios a las del Instituto– que confesara a una teresiana aislada,

Aunque los dos fundadores habían hablado frecuentemente y entre ellos había sintonía, comprensión y admiración mutua, Josemaría Escrivá vio conveniente hablar específicamente de su proyecto fundacional con Pedro Poveda y con Josefa Segovia<sup>231</sup>, que era la cofundadora de la Institución Teresiana. Tuvo lugar esta conversación el 11 de marzo de 1934. Así lo recoge en sus notas: «El domingo estuve con D. Pedro Poveda y Pepa Segovia, hablando de las nuestras. Agradezco mucho y de veras a D. Pedro y a la Srta. Segovia el hecho de que han demostrado tanta comprensión, y tanto aliento que me han dado»<sup>232</sup>. Con esta conversación, san Josemaría se propuso explicar la naturaleza de los apostolados del Opus Dei, de modo que quedara claro que los campos de actuación del Opus Dei y de la Institución Teresiana, dentro del servicio común a la Iglesia, tenían objetivos distintos.

El tercer vector, al que ya se ha aludido implícitamente a lo largo de las líneas precedentes, es el de la comunicación de temas espirituales entre los dos fundadores. No fue Pedro Poveda director espiritual de Josemaría Escrivá, ya que, desde 1930, confiaba la dirección de su alma a Valentín Sánchez Ruiz. Pero esto no quita que entre los dos futuros santos se estableciera una relación espiritual especialmente intensa, «como hermano y amigo» dirá san Josemaría<sup>233</sup>, de la que no se excluían consejos de orden espiritual o, incluso, de orden más material<sup>234</sup>.

que está enferma grave. Es de familia institucionista (de la Institución Libre de enseñanza) y están enfadadísimos, al saber que su hija es teresiana. D. Pedro no puede ir a la casa: me ha dado facultad para imponerle el crucifijo de las Teresianas formadas. Lo hice, con alegría. Pido a Dios la salud de esa joven, porque creo que, viviendo, puede darle mucha gloria».

<sup>231</sup> La Venerable Sierva de Dios Josefa Segovia Morón (Jaén, 1891 – Madrid, 1957).

<sup>232</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1156, del 13 de marzo de 1934. Meses más tarde, cuando se instaló la Residencia DYA, Josefa Segovia la visitó, como se lee en una anotación de su Diario del 1 de noviembre de 1934: «Voy a ver la Residencia DYA que dirige D. José María Escrivá; vengo encantada del espíritu de aquellos chicos que le acompañan en su obra» (cit. en Encarnación GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, *Pasión por la santidad. Biografía de Ma Josefa Segovia*, Madrid, BAC, 2006, p. 384). En 1960, el fundador del Opus Dei escribió: «Recuerdo que, como había tenido que sufrir no pocas contradicciones con nuestra fundación, para evitar que las teresianas tuvieran recelo (entonces eran pocas), un día expliqué despacio a D. Pedro [Poveda] y a Pepa Segovia en qué consistía la labor de mis hijas» (relación de Josemaría Escrivá sobre su trato con el Padre Poveda y sus directores espirituales, Roma 13 de junio de 1960, AGP, A.3, 189-1-16). San Josemaría escribió esta relación para aclarar inexactitudes que en ambientes eclesiales se difundían sobre quiénes habían sido sus directores espirituales y, en concreto, sobre su trato y amistad con san Pedro Poveda.

<sup>233</sup> *Apuntes íntimos*, n. 963, del 23 de marzo de 1933.

<sup>234</sup> Sobre la naturaleza y el alcance de estas comunicaciones, anotó Josemaría Escrivá en 1960: «Mutuamente nos contábamos cosas de vida interior sólo alguna vez; alguna vez, como

La primera referencia explícita en este sentido es de mayo de 1932. Ya antes había visitado a Poveda, muchas veces en su domicilio de la Calle Alameda. Pero la anotación a la que nos referimos, tiene un tono distinto: «Hoy he visitado a D. Pedro Poveda. Hablé más de lo que pensaba, es decir, no llevaba plan ninguno, el Espíritu Santo me ha movido. Como D. P. Poveda ama a Jesús y yo le amo también no es extraño que haya sido tan cordial conmigo. Dios le bendiga»<sup>235</sup>.

En las anotaciones de san Josemaría, hay unas pocas referencias que recogen el contenido de esas confidencias. Son, las que aparecen consignadas en sus *Apuntes*, como desahogos en los que manifiesta la conciencia de su indignidad ante la tarea confiada por Dios. Por ejemplo, en octubre de 1932, escribió: «Hoy estuve con el P. Poveda, tan bueno, tan acogedor siempre. Y resulta que estoy tan avergonzado de mis iniquidades que, sin darme cuenta [...] hablé, refiriéndome a mí, con asco, con humillación... Y el P. Poveda, sencillamente —y afectuosamente— me atajó, diciendo: “Se está Vd. poniendo como un trapo”»<sup>236</sup>. Y unos meses después, ante un comentario análogo, anotó lo siguiente: «El santo Padre Poveda me aconsejó, hace pocos días, que esto solamente se lo diga a mi Director. Así lo haré, en lo sucesivo»<sup>237</sup>. Las palabras de Poveda saben encauzar esos *desahogos*, considerándolo como lo que son: la percepción que un alma entregada siente ante la acción de Dios.

hacia yo con otros sacerdotes amigos, que por eso no se creían ni mis confesores ni mis directores espirituales, le consultaba —me llevaba D. Pedro muchos años— alguna cosa concreta. Pero, con más frecuencia, era D. Pedro el que me llamaba» (Relación de Josemaría Escrivá sobre su trato con el Padre Poveda y sus directores espirituales, Roma 13 de junio de 1960, AGP, A.3, 189-1-16).

<sup>235</sup> *Apuntes íntimos*, n. 731, del 25 de mayo de 1932. Unos meses más tarde, anotó: «Vigilia de la Natividad del Señor: Hoy he estado con el P. Poveda y, como siempre, me recibió cordialísimo. Puede resultar algo muy bueno de esta conversación», *Apuntes íntimos*, n. 895, del 24 de diciembre de 1932.

<sup>236</sup> *Apuntes íntimos*, n. 847, del 18 de octubre de 1932.

<sup>237</sup> *Apuntes íntimos*, n. 916, del 5 de febrero de 1933. Unos meses después, recoge: «Al ver el empeño que ponía uno de nuestros muchachos en presentarme a un hermano suyo, le dije, negándome: ¿por qué tienes tanto interés? Y me contestó, a la letra: “porque, a su lado, a la fuerza ha de ser uno santo”. Me llenó de confusión y de vergüenza. Pensé —y se lo dije a D. Pedro Poveda— que soy un hipócrita. Yo me veo bien y ¡cómo me veo!... ¡Cuánta villanía en mi conducta, y cuánta infidelidad a la gracia! Don Pedro me dijo que calle, cuando Dios nuestro Señor pone una venda en los ojos de los demás» (*Apuntes íntimos*, n. 1078, 22 de noviembre de 1933).



De la frecuencia de esas visitas y conversaciones –la mayor parte de ellas no están consignadas en los *Apuntes íntimos*– y del efecto que producían en Josemaría Escrivá, nos orienta esta anotación de mayo de 1935: «D. Pedro Poveda. ¡Qué buen amigo! Me acongojé, al saber que va a marcharse, por unos meses, fuera de Madrid. Dios le bendiga: a él y a su obra Teresiana»<sup>238</sup>. Ya en octubre de 1934 había visitado la residencia DYA, de la calle Ferraz<sup>239</sup>.

Cuando volvió a Madrid, se reanudaron los encuentros y las conversaciones confidenciales. Sólo quiero mencionar una, de mayo de 1936. En esos últimos meses del curso escolar, san Josemaría estaba físicamente agotado, tanto que hasta compromisos o tareas que requerían un esfuerzo normal se le hacían muy dificultosas. En esas circunstancias, visitó a san Pedro Poveda. Éste es su relato:

Me encuentro muy abatido, en esta última temporada. El lunes pasado [4 de mayo] Don Pedro Poveda me dijo, después de hablar confidencialmente con él, que como él había pasado por eso también, me aconsejaba que me acostara. Fui a casa de mi madre, y estuve todo el día en cama, sin hablar ni ver a nadie, y mejoré algo de momento. Es agotamiento físico [...]. Así se explica que haya momentos terribles en los que me fastidia todo, hasta lo que más amo<sup>240</sup>.

Gracias al consejo de Poveda, algo se repuso, pero cuando acabó el curso y comenzó la guerra seguía extenuado físicamente.

En los primeros meses del año 1936 se enrareció el ambiente social y político en España y ya se manifestaron indicios de lo que, al comenzar la Guerra Civil española, desembocó en una persecución religiosa. Es, por tanto, lógico que en sus conversaciones hablaran alguna vez de este tema. Refiere Álvaro del Portillo:

<sup>238</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1274, del 7 de mayo de 1935. Años más tarde, en 1968, comentando san Josemaría este *Apunte*, escribió: «Nos comunicábamos cosas personales, del alma [...]: nos queríamos como hermanos». Poveda estuvo unos meses en la provincia de León y desde allí escribió algunas cartas a san Josemaría, que se conservan en AGP.

<sup>239</sup> Anotación de san Pedro Poveda, del 22 de octubre de 1934: «Salgo para ver la Academia DYA con don Josemaría», cit. en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, *Pasión por la santidad*, p. 384. Meses más tarde, ya instalado el sagrario de la residencia, volvió Poveda a DYA, como se lee en *Apuntes íntimos*, n. 1265, del 26 de abril de 1935: «D. Pedro Poveda hizo una visita a nuestro Sagrario el día de Jueves Santo».

<sup>240</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1334, del 11 de mayo de 1936.

Le he oído contar varias veces la conversación que tuvo con don Pedro poco antes de estallar la guerra civil española, cuando parecía inminente el peligro de una persecución violenta contra la Iglesia. Hablaron de la eventualidad de que uno de los dos, o ambos, sufrieran martirio por ser sacerdotes. El Padre me contó que habían llegado a la firme conclusión de que la muerte no interrumpiría su amistad. Aunque uno de los dos muriera, continuaría en el Cielo siendo amigo del otro<sup>241</sup>.

Pedro Poveda sufrió el martirio el día 28 de julio de 1936. Josemaría Escrivá supo de su muerte el día 16 de agosto, porque se lo contó Manuel Sainz de los Terreros. En esos mismos días se enteró del apresamiento y muerte del sacerdote Lino Vea-Murguía<sup>242</sup>. A finales de agosto, tuvo que dejar el domicilio en el que entonces se hallaba, en la calle Sagasta, y tras varias peripecias, se refugió en una casa de la calle Serrano, n. 39. Allí estaba también alojado Álvaro del Portillo, al que se le quedó grabada la reacción del fundador del Opus Dei mientras le contaba que Pedro Poveda había sido asesinado por odio a la fe: «Recuerdo cómo lloraba el Padre delante de mí por la muerte de su amigo, mientras me comunicaba la noticia y me describía aquel diálogo. Tuvo siempre la convicción de que la muerte no interrumpe la amistad: era una prueba evidente de fe y esperanza»<sup>243</sup>.

### *Manuel González García*

Cuando san Josemaría Escrivá conoció a san Manuel González García<sup>244</sup>, éste era obispo de Málaga, pero residente en Madrid. Sobre el origen del conocimiento y trato entre ambos, escribe Julio Eugui:

<sup>241</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, pp. 175-176.

<sup>242</sup> Diario de Manuel Sainz de los Terreros, 18 de agosto de 1936, AGP, A.2, 8-5-10. En los primeros días de la guerra, el fundador del Opus Dei estuvo viviendo en casa de su madre, en la calle del Dr. Cárceles (hoy Rey Francisco). Como corría peligro, por ser conocido en el barrio como sacerdote, se refugió en la casa de Manuel Sainz de los Terreros, en la calle Sagasta, n. 33.

<sup>243</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 176.

<sup>244</sup> Manuel González García nació en Sevilla, en 1877. Ordenado sacerdote en 1901, desempeñó varios cargos parroquiales. Ordenado obispo en 1915, fue primero auxiliar y luego residencial de Málaga. En las revueltas anticlericales del 11 de mayo de 1931, especialmente virulentas en Málaga, incendiaron el palacio episcopal y varias iglesias, y el obispo tuvo que refugiarse, primero, en Gibraltar y, en 1932, se trasladó a Madrid. En 1935 fue nombrado obispo de Palencia. Falleció en Madrid en 1940. Fundó la Unión Eucarística Reparadora y la congregación religiosa de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, y es conocido como el Apóstol de los Sagrarios Abandonados. Fue beatificado en abril de 2001

No sé a ciencia cierta cómo llegarían al fundador del Opus Dei las primeras noticias de don Manuel en la época en que éste se hallaba al frente de la diócesis de Málaga: pudieron provenir de Mons. Cruz Laplana, obispo de Cuenca, o de un canónigo catalán trasladado de Logroño a Málaga<sup>245</sup>, o bien de alguna mujer perteneciente a la Obra de las Tres Marías. Sea lo que fuere de ello, lo cierto es que en marzo de 1931 escribió a Isidoro Zorzano, ingeniero de ferrocarriles que trabajaba en Málaga, uno de los primeros miembros del Opus Dei, recomendándole que fuera a ver al obispo de la diócesis, en medio de unas contradicciones por las que estaba atravesando a causa de su conducta reciamente cristiana, y que confiara plenamente en él: “te entenderá bien, porque está más loco que nosotros”<sup>246</sup>.

Pero el primer encuentro, cara a cara, entre Escrivá y González fue el 16 de mayo de 1933. Así lo registró el primero: «El día 16 de este mes, con la excusa de cierto encargo de la M. Priora de Sta. Isabel, visité al Sr. Obispo de Málaga. El santo Prelado fue cordialísimo. Puesta su mano sobre mi cabeza, por dos veces me dijo: *ad robur, ad robur!*... Me prometió orar por mí y me dio, al marcharme, un abrazo muy apretado. Además, que vuelva, me advirtió, que vuelva cuando quiera a verle»<sup>247</sup>.

A los pocos meses de comenzar la Academia DYA, en marzo de 1934, uno de los sacerdotes de la Obra, Norberto Rodríguez, empezó a tener manifestaciones y conductas que diferían de los planteamientos de san Josemaría y obstaculizaban la marcha de los apostolados. Incluso, a veces, hacía comentarios negativos a los otros miembros más jóvenes del Opus Dei, de espaldas al fundador. San Josemaría, disculpándole, escribió: «Sin duda porque no está bien de salud, consiente el Señor en que el buen D. Norberto se

y canonizado el 16 de octubre de 2016. Cfr. las biografías de José CAMPOS GILES, *El Obispo del sagrario abandonado: Manuel González García*, Palencia, El Granito de Arena, 1950<sup>4</sup>; José Luis GUTIÉRREZ GARCÍA, *Una vida para la Eucaristía*, Madrid, EGDA, 1989.

<sup>245</sup> Francisco Javier Vidal Bregolat.

<sup>246</sup> Julio EUGUI HERMOSO DE MENDOZA, *El Obispo don Manuel González y el Fundador del Opus Dei*, I, *El Diario Palentino*, 15 de mayo de 1992. En febrero de 1931, Isidoro Zorzano había sido acusado y denunciado por algunos profesores y alumnos de la Escuela Industrial donde daba clase. Esto ocasionó cierto alboroto. Escribió a san Josemaría, que le contestó que fuera «a visitar al Sr. Obispo y no hagas nada en este asunto sin su aprobación. A ese bendito Prelado debes hablarle con claridad *de todo*: te entenderá bien, porque está más loco que nosotros. No dejes de ir, en cuanto puedas» (carta de Josemaría Escrivá a Isidoro Zorzano, Madrid, 3 de marzo de 1931, AGP, A.3-4, 253-1, carta 310303-01).

<sup>247</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1014, del 26 de mayo de 1933.

empeñe en ser para mí una cruz»<sup>248</sup>. Por haber sido este sacerdote uno de los primeros de la Obra, con quien el fundador había tenido gran confianza e intimidad y porque, además, podía tener un cierto predicamento sobre los más jóvenes, Josemaría Escrivá vio con preocupación la nueva deriva de su comportamiento. Por eso, antes de tomar una determinación, decidió hablar con personas prudentes y piadosas. Y anotó: «Sobre este asunto he consultado con mi Director –el P. Sánchez–, con D. Pedro Poveda y con el Sr. Obispo de Málaga»<sup>249</sup>. No hay necesidad, en estas páginas, de extenderse más sobre este hecho. Si se ha traído a colación ha sido porque el comentario de Escrivá evidencia que González, como fruto de los encuentros y conversaciones con san Josemaría, fue conociendo aspectos de la naturaleza y de la vida del naciente Opus Dei.

No hay más referencias en las anotaciones de antes de la guerra, de encuentros concretos entre el fundador del Opus Dei y el obispo de Málaga, pero indirectamente sabemos que continuó acudiendo a él en su residencia de Madrid<sup>250</sup>. Una prueba de estas visitas nos la da un breve folleto, escrito por san Manuel González, que lleva por título *Para el mes del Sagrado Corazón de Jesús*. En una de sus páginas san Josemaría escribió: «Me lo ha regalado el Ilmo. Sr. Obispo de Málaga, y en su misma casa, con la pluma de don Fernando [Díaz de Gelo] (su secretario), escribo esta nota. Madrid – miércoles 20 – junio – 934»<sup>251</sup>. En abril de 1938, viviendo ya en Burgos, Josemaría Escrivá escribió a Fernando Díaz de Gelo, secretario del obispo, recordando los encuentros madrileños: «Ayer, no sé bien por qué razón, me vino al pensamiento el cordial recuerdo de Vd.; y hoy me decido a ponerle estas líneas, para que suplan aquellas frecuentes visitas que a mi Sr. Obispo y a Vd. hacía este pecador, en la casita de Blanca de Navarra»<sup>252</sup>. San Josemaría no olvi-

<sup>248</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1162, del 16 de marzo de 1934. Y añade: «Algo he debido escribir en las catalinas –creo que no, todo– que pone de manifiesto cómo el pobre D. Norberto [Rodríguez] intentó –más de una vez– torcer, en pequeñas cosas, el rumbo de la O. [Obra]. Yo no lo consentí: no podía ser, más que lo que Dios quiere».

<sup>249</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1162, del 16 de marzo de 1934. Y concluye: «Y los tres me dicen: “que lo trate con caridad; que lo conlleve, dejándolo a un lado, lleno de atenciones; y que aproveche de él lo que se pueda”». Y por salvar a Rodríguez, añade: «Y el caso es que el santo varón a mí me quiere y quiere la O. y es muy rebueno».

<sup>250</sup> Don Manuel residía en Madrid en la casa de la familia Calonge y Page, en la calle Blanca de Navarra.

<sup>251</sup> El folleto, que tiene ocho cuartillas y está impreso a multicopista, se conserva en AGP, A.3, 174-1- 14.

<sup>252</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Fernando Díaz de Gelo, Burgos, 12 de abril de 1938, AGP, A.3-4, 255-2, carta 380412-01.

daba el ambiente agradable que siempre encontró en la casa de don Manuel y cómo de allí salía estimulado y con más fuerzas para el cumplimiento de su misión.

Recién llegado el fundador del Opus Dei a Pamplona, procedente de la zona republicana, se puso en contacto epistolar con antiguos conocidos, de quienes, a causa de la guerra, no había tenido noticias de sus vidas. Uno de los destinatarios de sus cartas fue el obispo de Palencia, que le contestó a los pocos días:

Muy querido en Cristo: con muchísimo gusto he recibido su buena carta y he dado gracias al Corazón de Jesús, porque se ha dignado librar a V. y a algunos de sus colaboradores de los horrores del Madrid rojo, saliendo de él más animado, si cabe, para trabajar por el reinado de Cristo N. S. Mi enhorabuena muy entusiasta. Como esto coge de paso para muchos sitios, espero que no pasará sin hacer una pequeña escala en Palencia<sup>253</sup>.

Uno de los trabajos que se propuso el fundador del Opus Dei en Burgos, fue visitar a los que se habían formado a la sombra de DYA, y también continuar una tarea comenzada en Pamplona: dar a conocer el Opus Dei a los obispos. El primer viaje, desde Burgos, comenzó el 19 de enero y tuvo su primera escala en Palencia<sup>254</sup>. Ya había indicado Manuel González en su carta que Palencia «coge de paso para muchos sitios»<sup>255</sup>. Ese mismo día 19 anotó: «Celebro, a las seis y cuarto, en las Teresianas. Desayuno, y al bar de la calle de la Moneda, que es administración del autobús de Palencia. En Palencia: preguntando se va a Roma, y preguntando llegué al Palacio Episcopal. Cordialidad extremada y aquella exclamación de D. Manuel a su secretario, refiriéndose a mí: “¡es otro hombre!”. Desde luego, no me conocían»<sup>256</sup>. No

<sup>253</sup> Carta de Manuel González a Josemaría Escrivá, Palencia, 7 de enero de 1938; AGP, A.6, 447-1. La carta de González estaba dirigida a Pamplona, y cuando llegó a esa ciudad, san Josemaría ya había partido hacia Burgos. Desde Navarra se la remitieron y, por esta razón, tardó algunos días más en llegar a sus manos. En cuanto la recibió, acusó recibo: «¡Qué consuelo, las cartas del Vicario de Madrid y del Sr. Obispo de Palencia!» (*Apuntes íntimos*, n. 1490, del 15 de enero de 1938).

<sup>254</sup> En la epacta anotó el itinerario de este primer viaje: día 19, Burgos-Palencia-Valladolid; día 20, Valladolid-Salamanca; día 22, Salamanca-Ávila; regresando el día 26 a Burgos (AGP, A.2, 180-1-1).

<sup>255</sup> Muy cerca de Palencia, a 9 km, está el pueblo de Venta de Baños, importante nudo ferroviario, por el que tenían que pasar muchos de los trenes que iban al norte de España, desde Galicia hasta Irún.

<sup>256</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1499, del 19 de enero de 1938. Sobre la expresión «no me conocían»,

hay constancia de más visitas de san Josemaría a Palencia, aunque el trato se mantuvo a través de la correspondencia. En AGP se conservan tres cartas más que Manuel González escribió a Josemaría Escrivá, de los años 1938 y 1939<sup>257</sup>.

En su predicación Josemaría Escrivá se sirvió de algunos ejemplos y anécdotas que procedían de la predicación o escritos de san Manuel González. Uno de ellos viene en el punto 531 de *Camino*, donde recoge la expresión «¡Tratádmelo bien, tratádmelo bien!». Según explicó el fundador del Opus Dei muchas veces en conversaciones y pequeñas tertulias, el obispo pronunció estas palabras al concluir una ordenación sacerdotal<sup>258</sup>. La otra anécdota procede de la catequesis de san Manuel González y probablemente san Josemaría Escrivá la leyó en un artículo que el mismo obispo escribió<sup>259</sup>. En abril de 1937, en la Legación de Honduras, san Josemaría la recordó en una meditación. Dice así: «Un Obispo muy santo, amigo mío, en una de sus incesantes visitas a las catequesis de su diócesis, preguntaba a los niños por qué, para querer a Jesucristo, hay que recibirlo a menudo en la Comunión. Nadie acertaba a responder. Al fin, un gitanillo tiznado y lleno de mugre, contestó: “¡Porque *pa* quererlo, hay que *rosarlo!*”»<sup>260</sup>.

comenta Del Portillo: «No es extraño que no le reconocieran, si se piensa que, cuando estaba nuestro Padre [J. Escrivá] refugiado en la Legación de Honduras, meses antes – cuando estaba menos mal–, recibió la visita de su madre –la Abuela–, que no le reconoció, hasta que oyó su voz» (nota 112 de Álvaro del Portillo al n. 1499 de *Apuntes íntimos*, del 19 de enero de 1938)

<sup>257</sup> Cartas de Manuel González a Josemaría Escrivá, desde Palencia, 6 de enero y 10 de mayo de 1939, y desde Madrid, 18 de junio de 1939, AGP, A.6, 393-3.

<sup>258</sup> Cfr. *Camino*, ed. crít.-hist., p. 681.

<sup>259</sup> La anécdota está relatada por Manuel González en un número de la revista popular, editada por él mismo, llamada «El Granito de Arena», del 5 de mayo de 1928. San Josemaría recortó el relato y lo guardó entre sus papeles. Se conserva en AGP, A.1, 6-4-4.

<sup>260</sup> Meditación del 12 de abril de 1937, *Crece para adentro*, AGP, Biblioteca, P12, p. 50. En Altoclaro (Venezuela), en una tertulia con fieles de la prelatura el 29 de agosto de 1975, volvió a recordar esta anécdota. Sólo se recogerán aquí las palabras de la introducción, porque son como un retrato de san Manuel González: «Recuerdo yo a un viejo amigo, un obispo santo que murió hace muchos años, que se dedicaba especialmente a la catequesis. Era grande, grandioso: una exuberancia de músculos que no sé cómo había huesos que lo sostenían. Tenía cara de niño y una doctrina muy clara, a la vez. Él empleaba el método de cambiar una conversación rápida con los chicos del catecismo. No le salía bien en todos los lados; en Andalucía sí, porque eran vivos como él. Pero en el Norte, que eran más pausados, la mitad del tiempo era silencio. En fin, una vez, en Andalucía, él preguntaba a un grupo de niños...» (Apuntes tomados de una tertulia en Altoclaro (Caracas), el 29 de agosto de 1975, «Catequesis en América», vol. II, 1974, AGP, Biblioteca, P04, p. 100).

El 4 de enero de 1940 falleció en Madrid Manuel González. Josemaría Escrivá lo había venerado, ya en vida, porque lo tenía por persona santa, y además, y muy especialmente, por su gran devoción a la Sagrada Eucaristía. Prueba de esta convicción es la carta que en abril de 1940 escribió a Fernando Díaz de Gelo, pidiéndole algún objeto relacionado con él, que consideraría como reliquia: «Natural me parece la noticia de que hechos sobrenaturales rodeen la memoria de nuestro venerado Sr. Obispo. Puede suponer la alegría que, para mí, representaría tener algún recuerdo de D. Manuel, q.d.D.g. ¿Me atreveré a pedirle a Vd. este nuevo favor?»<sup>261</sup>.

Hay algún sacerdote más que se podría incluir en este grupo, de los primeros años de estancia en Madrid. Por ejemplo, Narciso de san José<sup>262</sup>, carmelita del convento de Segovia, que le escuchó en confesión, durante los Ejercicios Espirituales que hizo en 1932<sup>263</sup>. Pero por ser poca la documentación existente, poco más que el hecho, sólo se le menciona. También se podría hablar de los sacerdotes que se agruparon, en esos primeros años, en torno a san Josemaría y al naciente Opus Dei, pero la relación con ellos es de otra naturaleza y ya se ha desarrollado en otro lugar<sup>264</sup>. Algo análogo se puede decir de otros sacerdotes que trataron y tuvieron amistad con el fundador del Opus Dei, algunos pertenecientes al clero de la jurisdicción palatina, pero sería introducirnos en otro tema, más extenso y también de gran interés: el de las amistades sacerdotales del fundador del Opus Dei.

Además, antes de entrar en el periodo de la guerra, creo conveniente explicar la razón por la que omito, en ese trabajo, algunos sacerdotes con los que Josemaría Escrivá tuvo también una relación especial, más allá de la simple amistad. Estas personas tienen una característica que las distingue: son miembros de la Jerarquía de la Iglesia. En concreto, en estos años primeros, el fundador del Opus Dei trató con Francisco Morán<sup>265</sup>, vicario de Madrid, con el beato Cruz Laplana, obispo de Cuenca, con Mons. Marcelino

<sup>261</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Fernando Díaz de Gelo, Madrid, 22 de abril de 1940, AGP, A.3-4, 256-4, carta 400422-01. «q.d.D.g.»: Que de Dios goce.

<sup>262</sup> Narciso de San José (1865-1950). Fue provincial de los carmelitas, en Madrid, hasta 1927. Después fue maestro de novicios en el convento de Segovia y, a partir de 1932, prior.

<sup>263</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1643, del 6 de octubre de 1932, n. 1650, del 7 de octubre de 1932, y n. 1652, 8 de octubre de 1932.

<sup>264</sup> Cfr. GONZÁLEZ GULLÓN –AURELL, *Josemaría Escrivá*, pp. 41-106.

<sup>265</sup> Cfr. Santiago CASAS RABASA, *Las relaciones escritas de san Josemaría sobre sus visitas a Francisco Morán (1934-1938)*, SetD 3 (2009), pp. 371-411.

Olaechea, obispo de Pamplona y con Mons. Santos Moro Briz, obispo de Ávila; también conocía desde los años de Zaragoza a Miguel de los Santos Díaz Gómara, obispo de Cartagena<sup>266</sup>. Con ellos san Josemaría tuvo un trato frecuente, siempre confiado, y en bastantes casos con rasgos de intimidad y amistad. Pero la relación tenía otro fundamento, otra finalidad: dar a conocer a la autoridad de la Iglesia la realidad del naciente Opus Dei, que ya iba desarrollándose y cuya expansión a otros lugares estaba en proyecto. San Josemaría tenía un trato franco y filial con los prelados, y, a medida que la labor apostólica iba tomando cuerpo, sentía la necesidad y la obligación de manifestar a la jerarquía eclesiástica qué era aquello que Dios le pedía, pero no en el ámbito de la conciencia o de la dirección espiritual, sino porque el Opus Dei era, desde el comienzo, una parte de la Iglesia, y la autoridad de la Iglesia tenía que conocerlo para poder dar el refrendo y la aprobación<sup>267</sup>.

#### MADRID, DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Como es obvio, la Guerra Civil alteró todas las referencias de normalidad de los españoles y afectó de modo especial, en la zona que quedó bajo el control del gobierno del Frente Popular, a la vida espiritual y religiosa. Los fieles cristianos tenían que vivir su fe sin poder manifestarla públicamente, y la participación en los actos de culto y la recepción de los sacramentos se

<sup>266</sup> Más adelante, conoció y trató a más prelados. Por ejemplo, y sin ánimo de ser exhaustivos, se pueden nombrar a los siguientes obispos con los que san Josemaría tuvo un trato más frecuente, o de más confianza: Carmelo Ballester, obispo de León, Ramón Iglesias Navarri, obispo de la Seo de Urgel, Luciano Pérez Platero, obispo de Segovia, Manuel Moll Salord, obispo administrador apostólico de Lérida, y, especialmente, Casimiro Morcillo, obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, a quien ya trató en Madrid antes de su ordenación episcopal, y Leopoldo Eijo Garay, obispo de Madrid-Alcalá.

<sup>267</sup> Es verdad que en las páginas anteriores se han mencionado a dos prelados: Xavier de Lauzurica y Manuel González. De Mons. Lauzurica se habló, porque se trataba de una época anterior a su nombramiento como obispo. Más adelante, el trato se intensificó, tanto en los meses anteriores a la Guerra Civil, cuando san Josemaría hacía las gestiones previas para comenzar el Opus Dei en Valencia, como después, del año 1938 en adelante, cuando fue administrador apostólico de Vitoria. De esos momentos no se hablará en este artículo. Por otra parte, ya ha tenido un amplio tratamiento en el artículo de Francisco CROSAS, *Epistolario*, pp. 411-435. Con relación a Manuel González, estamos ante un caso que tiene algo de singular, pues si bien Josemaría Escrivá nunca perdió de vista que estaba hablando con un obispo, su trato con él tuvo, preferentemente, un carácter de comunicación de bienes y experiencias espirituales, dentro de la veneración que siempre sintió hacia su persona.



vivían en clandestinidad. Esas circunstancias, obviamente, también influyeron en el fundador del Opus Dei. Por ejemplo, comenzó a celebrar la Santa Misa hacia octubre de 1936, cuando se conocieron en Madrid las normas e indicaciones que la Santa Sede había dado para celebrar el Santo Sacrificio en circunstancias excepcionales. Antes alimentó su devoción eucarística oficiando lo que llamaba “Misas secas”, esto es, siguiendo las partes de la Misa con el Misal, pero sin consagrar. Con respecto al Sacramento de la Penitencia, tampoco era fácil, porque los sacerdotes de Madrid que no habían sido fusilados o no estaban en las cárceles, o bien habían marchado a otro lugar más seguro, o bien tenían que vivir escondidos y ocultando su condición. Por eso, desconocemos el nombre de los sacerdotes que, en los primeros meses de la guerra, en Madrid, pudieron recibir la confesión de san Josemaría.

La situación cambió cuando encontró asilo en la Legación de Honduras, en marzo de 1937<sup>268</sup>. Esta sede tenía el grado más bajo en la jerarquía del cuerpo diplomático: antes de la guerra era la residencia del Cónsul Honorario de Honduras en España, que, por otra parte, era la única representación diplomática de aquella república centroamericana. Pero al comenzar la contienda, todas las embajadas y sedes consulares adquirieron el valor añadido de lugar de asilo para aquellos que, por las circunstancias sociales y políticas, veían en peligro su seguridad y su vida. En los primeros meses del conflicto, en los momentos agudos revolucionarios, no se respetó la inmunidad de algunas sedes diplomáticas<sup>269</sup>, pero cuando los miembros del gobierno del Frente Popular pudieron controlar algo más las fuerzas que lo integraban e intentaron dar un estilo de normalidad a la vida política, las legaciones diplomáticas comenzaron a gozar de mayor seguridad.

### *Recaredo Ventosa García*

En la Legación de Honduras habían encontrado también refugio unos religiosos de la Congregación de los Sagrados Corazones: los Padres Dionisio González Sedano, Bonifacio Gallo, Arturo Gallo y Recaredo Ventosa<sup>270</sup>, que recuerda:

<sup>268</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 62ss.

<sup>269</sup> Por ejemplo, sufrieron asaltos, con la encarcelación de sus ocupantes, las legaciones diplomáticas de Alemania, Italia, Turquía y Finlandia. Cfr. Pedro MONTOLIÚ, *Madrid en la guerra civil: La historia*, Madrid, Sílex, 2000<sup>2</sup>, vol. I, pp. 243ss.

<sup>270</sup> Recaredo Ventosa García, religioso de los Sagrados Corazones, nació en 1900. Al ingresar en la congregación adoptó el nombre de Gregorio. Fue ordenado presbítero en 1925. Fue

La Legación tenía dos pisos: yo vivía en el piso superior. El Padre [J. Escrivá], con los de la Obra, vivía en la planta baja, donde residía también el cónsul [...]. Comencé a tratar enseguida a Mons. Escrivá de Balaguer e hice con él una buena amistad. Me di cuenta perfectamente de que era un hombre de gran vida interior: más para adentro que para afuera<sup>271</sup>.

En esta época, Escrivá pasó por una prueba interior de purificación intensa, que puede encuadrarse en lo que los autores de espiritualidad llaman *noche oscura*. En una de las primeras notas que escribió en la Legación de Honduras, en mayo de 1937, se lee: «Los días peores de esta temporada son los que paso en Honduras. No se me ocurre nada, nada: estoy *entontecido*. Creo que pocas veces he sufrido tanto como ahora»<sup>272</sup>. Algo de esta situación interior manifestaba, más o menos veladamente, en las cartas a sus hijos<sup>273</sup>. Ciertamente había elementos externos de agotamiento, ya manifestados en las semanas anteriores a la guerra, y que la tensión de los primeros meses del conflicto había conseguido enmascarar. Con la seguridad que proporcionaba el refugio diplomático, el ansia interior disminuye paulatinamente, y aflora el cansancio anterior, aumentado por el desgaste físico y psíquico que causaron los primeros meses de guerra y persecución. A esto se unía la

misionero en Brasil en los primeros años treinta. Licenciado en Ciencias Naturales, ejerció la docencia de esta disciplina durante muchos años en el Colegio de Nuestra Señora de la Paz, en Torrelavega (Cantabria). Durante la guerra estuvo refugiado en la Legación de Honduras desde diciembre de 1936 hasta agosto de 1937. Falleció en El Escorial (Madrid), en 1997. Su relación está recogida en BADRINAS, *Beato Josemaría*, pp. 419-424.

<sup>271</sup> Relación de Recaredo Ventosa, *ibid.*, p. 420.

<sup>272</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1379, del 8 de mayo de 1937.

<sup>273</sup> Así, por ejemplo, el 6 de mayo de 1937, escribe a los de Madrid: «En toda esta temporada, los peores días son los que llevo metido en... ¡semejantes honduras! Desde luego, se está mejor en la cárcel. Ya se sufre, y se ofrece lo sufrido: pero, no es camino» (carta de Josemaría Escrivá a los miembros del Opus Dei de Madrid, 6 de mayo de 1937; AGP, A.3-4. 254-1, carta 270506-01). Unos días después, escribe a Valencia, con las expresiones en clave que empleaba para sortear la censura: «Pues bien, hace unas noches, sobre las dos de la mañana o por ahí, se despertó vuestro tío Santiago [Escrivá], que usufructúa con Jeannot [Juan Jiménez Vargas] y conmigo dos colchones, y me gritó: “¿qué haces, hombre? ¿Estás... llorando?”. Y después ha tenido la frescura de decir que paso la madrugada dedicado al cante jondo. La verdad: no sé a qué carta quedarme: a lo mejor –¡viejo, viejo, abuelo!– es que canto y lloro. Pero, eso sí, siempre con una alegría muy, muy honda y esperanzada: que no es jonda, ni tiene nada que ver con la ópera flamenca» (Carta de Josemaría Escrivá a los miembros del Opus Dei de Valencia, Madrid 19 de mayo de 1937, AGP, A.3-4, 254-1, carta 370519-01). El cante jondo, según la definición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua, «es el más genuino cante andaluz, de profundo sentimiento, es un tipo de cante flamenco».

preocupación por su familia y por aquellos muchachos que había reunido en torno a sí, en la Residencia DYA. Todas estas realidades pueden explicar que, desde un punto de vista psíquico, se produjera una fuerte bajada en el ánimo. Sin embargo, esos factores externos no son suficientes para explicar esa situación de sufrimiento. La causa hay que buscarla más bien, como sugiere Álvaro del Portillo, en aquellos fenómenos de índole espiritual, que los místicos atribuyen a la acción de Dios en las almas, cuando las llevan por caminos de purificación interior<sup>274</sup>.

Una prueba de que estamos ante una realidad que no tenía su origen en elementos físicos o psíquicos la encontramos en los testimonios de los que le trataron en esa época. El p. Recaredo Ventosa afirma:

Quiero hacer notar que el Padre no se achicaba ante las dificultades para impulsar el culto divino, la vida interior y la piedad [...]. También deseo mencionar su afán por mantener vibrante la propia vida interior, con un día lleno de trabajo y de preocupación por los demás [...]. Es significativo que en aquel ambiente, en el que pasábamos muchas horas jugando a los naipes, jamás vi a los chicos del Padre entretenidos en el juego. Daba la sensación de que el Padre estaba pensando en el después viviendo muy plenamente el hoy<sup>275</sup>.

<sup>274</sup> Escribe Álvaro del Portillo: «Pienso que este estado interior se debía a una purificación pasiva muy fuerte: una prueba que el Señor le envió para purificarle y hacerle madurar aún más en su vida espiritual, tan rica –como se desprende también de la lectura de estos Apuntes–, quitándole todo tipo de consuelos humanos y dejándole en un estado de gran aridez: *no se me ocurre nada: estoy “entontecido”*», escribe el Padre [J. Escrivá]. Prueba de que se trataba de un don de Dios, que le purificaba y le acercaba más a Él, libre de cualquier atadura humana» (nota 1023 de Álvaro del Portillo al n. 1380 de *Apuntes íntimos*).

<sup>275</sup> Relación de Recaredo Ventosa, en BADRINAS, *Beato Josemaría*, p. 421. Del Portillo, que también estaba refugiado con Escrivá en la Legación de Honduras, escribe, al hilo de esta *noche oscura*: «Quiero señalar que quienes convivíamos con él –¡las veinticuatro horas del día!, pues estábamos encerrados en pocos metros cuadrados muchas personas– no nos dimos cuenta, en absoluto, de su estado interior. Al contrario: mientras la mayoría de los refugiados tenían los nervios rotos, y saltaban ante el más pequeño estímulo, nuestro Padre [J. Escrivá], con su trato, nos llenó de serenidad, de paz, de optimismo y de visión sobrenatural. Realmente –como también sucedió en Burgos–, si no lo hubiese escrito no lo habríamos sabido [...]. Pienso que es la paz, la alegría y el sentido sobrenatural que desbordaban de su persona y nos contagiaban: nuestro Padre hacía que aprovechásemos esas circunstancias para acercarnos más a Dios, para profundizar en nuestra vida espiritual –*crecer para adentro*–, hasta el punto de que –como ya he dicho– no podíamos ni imaginarnos las dificultades que atravesaba en su vida interior» (nota 1023 de Álvaro del Portillo al n. 1380 de *Apuntes íntimos*). Y más adelante añade: «Nosotros –los que estábamos refugiados con nuestro Fundador en el mismo pequeño cuarto, día y noche, de la

En estas circunstancias, la presencia de Recaredo Ventosa fue de gran ayuda para Josemaría Escrivá.

Comenzó a tenerme un gran cariño –escribe el P. Recaredo– y después de la primera vez que charlé con él, me pidió que le confesara. El Padre se confesó conmigo bastantes veces durante su estancia en la Legación. Es éste un aspecto que quiero destacar: el amor de Monseñor Escrivá de Balaguer al Sacramento de la Penitencia. El Padre se confesaba al menos semanalmente. Este amor suyo a la confesión, era sin duda una consecuencia del espíritu de filiación divina que vivía<sup>276</sup>.

Es san Josemaría quien relata cómo acudió a Ventosa, en esos días de especial oscuridad y sufrimiento interior: «He sufrido esta noche horriblemente. Menos mal, que pude desahogarme, a la una y media o las dos de la mañana con el religioso que hay en el refugio. He pedido, muchas veces, con muchas lágrimas, morir pronto en la gracia del Señor»<sup>277</sup>. No tenemos más referencias de san Josemaría, pues las anotaciones de la Legación de Honduras terminan el 28 de mayo de 1937.

Legación de Honduras– no notamos nada de estos sufrimientos tan grandes de nuestro Padre. Tenía la caridad, con nosotros, de ocultárnoslos. Y no sólo nos los escondía, sino que nos daba un optimismo muy grande» (nota 1031 de Álvaro del Portillo al n. 1391 de *Apuntes íntimos*).

<sup>276</sup> Relación de Recaredo Ventosa, en BADRINAS, *Beato Josemaría*, p. 420. Y añade Ventosa: «También confesaba a los que estaban con el Padre, pues el mismo Monseñor Escrivá de Balaguer me manifestó, movido por la exquisita delicadeza que siempre le caracterizó, que él prefería no confesar a sus hijos» (*ibid.*).

<sup>277</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1380, del 9 de mayo de 1937. Sobre la naturaleza de esa congoja interior escribe el 23 de mayo de 1937: «Oración mía de esta noche pasada, ante el temor de no cumplir la Voluntad de Dios, y ante las preocupaciones que siento por mi salvación: “Señor, llévame: desde el otro mundo –desde el purgatorio–, podré hacer más por la Obra y por mis hijos e hijas: Tú promoverás otro instrumento más apto que yo –y más fiel–, para sacar adelante la Obra en la tierra”» (*Apuntes íntimos*, n. 1389). Y unos días después: «Mi oración, dicha con todas las energías de mi alma: “Jesús, si no voy a ser el instrumento que deseas, *cuanto antes* llévame en tu gracia. No temo a la muerte, a pesar de mi vida pecadora, porque me acuerdo de tu Amor: un tifus, una tuberculosis o una pulmonía... o cuatro tiros, ¡qué más da!” ¿Cobardía? Puede ser. Pero no es la cobardía el motor, sino el deseo de rendir toda la utilidad posible. Y entiendo, a ratos –otros, no– que es en la Vida con mayúscula –¡Comunión de los Santos!–, donde mayor rendimiento puedo dar. Aparte –¿a qué ocultármelo? –que siento dudas y congojas horribles, cuando pienso en mi salvación. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Madre!: ¿vais a consentir que me condene?» (*Apuntes íntimos*, n. 1391, del 26 de mayo de 1937). En los recuerdos de los otros refugiados en la Legación de Honduras con Josemaría Escrivá, no aparece referencia alguna a este sufrimiento interior.

Recaredo Ventosa, que continuó hablando con Josemaría Escrivá en la Legación de Honduras hasta agosto de 1937, y confesándole, se forjó una opinión del fundador del Opus Dei que contrasta con la impresión que de sí mismo dejó consignada san Josemaría en sus *Apuntes íntimos*. Lo recuerda como una persona, que tenía un «afán por mantener vibrante la propia vida interior, con un día lleno de trabajo y de preocupación por los demás», que «mantenía muy vivo un aire de familia que se palpaba y manifestaba en mil detalles, y que no se limitaba a los de la Legación, pues seguía muy de cerca la situación de los que estaban fuera», y también que pudo «ver sus virtudes humanas, su valentía, su carácter abierto y nada ñoño (si alguna frase tajante he oído, se la he oído a él), su cordialidad (se estaba con él muy a gusto). No era ceremonioso [...]. Su alegría y su buen humor animaban, y eran contraste con la actitud de otras personas en aquel ambiente difícil». Y, sobre todo, esta afirmación: «En aquellas circunstancias pude apreciar también cómo el Padre era un alma de oración: hacía oración diariamente. Los que estaban con él, eran también personas con vida de oración. Fruto de esto era la seguridad que tenían de que saldrían adelante»<sup>278</sup>. Por último, hace una observación sobre el carácter de san Josemaría que muestra cómo la opinión sobre sí mismo que escribió en sus *Apuntes* era fruto de una percepción personal, causada probablemente por esas experiencias interiores, y que no se correspondía con lo que veían los demás. Así lo escribe Ventosa: «Un punto importante de su carácter era la capacidad de decisión para grandes empresas y cometidos arduos»<sup>279</sup>.

Pocos días después de la marcha de Ventosa de la Legación de Honduras, salió también Escrivá, y durante el mes de septiembre y comienzos de octubre de 1937 continuaron viéndose algunas veces, pues vivían en domicilios cercanos<sup>280</sup>. Ventosa también hizo alguna gestión, encaminada a facilitar la marcha de Escrivá hacia Valencia, camino del Pirineo. No volvieron a verse más. Cuando falleció san Josemaría se prestó gustosamente a escribir los recuerdos que hemos citado en este apartado.

<sup>278</sup> Relación de Recaredo Ventosa, en BADRINAS, *Beato Josemaría*, pp. 421-422.

<sup>279</sup> *Ibid.*, p. 423.

<sup>280</sup> Al salir de la Legación, el fundador del Opus Dei se alojó en un ático (4º izqda.) de la calle Ayala, n. 67. Por su parte, Recaredo Ventosa fue a vivir a una pensión, conocida familiarmente como Pensión Valls, situada en la calle Goya n. 6 (Entrevista a la M. María Leticia Castilla Valls, hecha por Pilar Useros y Ángela de Meer, Madrid, 8 de septiembre de 1975, AGP, A.5, 318-2-8; relación de Recaredo Ventosa, en BADRINAS, *Beato Josemaría*, p. 422; diario de Isidoro Zorzano, anotaciones de los días 3, 15 y 28 de septiembre de 1937 y del 7 de octubre de 1937, que hablan de los encuentros con Recaredo Ventosa, AGP, IZL D1122).

*Ángel Sagarmínaga Mendieta*<sup>281</sup>

Cuenta el beato Álvaro del Portillo que, «después [de salir de la Legación de Honduras], se confesó también durante un cierto período con don Ángel Sagarmínaga»<sup>282</sup>. En estas líneas, Del Portillo rememora estas palabras que san Josemaría dejó escritas en una nota, en 1960: «Durante la dominación comunista, al salir yo del refugio de Honduras, me confesé y dirigí por unos meses con D. Ángel Sagarmínaga, que lo recordaba aquí, en Roma, hace unos días, cuando estuvo por una reunión con los dirigentes de Obras misionales»<sup>283</sup>. Son las dos únicas referencias documentales que señalan a Ángel Sagarmínaga como confesor de Josemaría Escrivá. Además, las dos indican el periodo de tiempo: el que media entre la salida de la Legación de Honduras, el 31 de agosto de 1937, y la partida hacia Valencia, el 8 de octubre. Coordinando datos de diversas procedencias, se puede enmarcar esta relación entre Escrivá y Sagarmínaga.

Como tantos sacerdotes que vivían en Madrid, Ángel Sagarmínaga tuvo que buscar refugio para salvar su vida y lo encontró en la Embajada de Noruega, en la calle José Abascal. Allí estuvo desde septiembre de 1936 hasta abril de 1938<sup>284</sup>. En esa misma embajada encontró asilo un miembro del Opus Dei, Vicente Rodríguez Casado, y allí acudía Isidoro Zorzano para hablar con él y llevarle noticias de san Josemaría y de los demás de la Obra.

Cuando el fundador del Opus Dei dejó la Legación de Honduras, procuró visitar a los de la Obra y a los amigos que, a causa del encierro forzoso, sólo podían haber tenido relación por medio de Isidoro. Una de esas personas fue Vicente Rodríguez Casado<sup>285</sup>. En el diario de Isidoro Zorzano, apare-

<sup>281</sup> Ángel Sagarmínaga Mendieta nació en Igorre (Vizcaya) en 1890. Estudió en la Universidad de Comillas y se instaló en el seminario de Vitoria. Director de Obras Misionales Pontificias desde 1926, más tarde fue también director de la Unión Misional del Clero. Organizador de las campañas de propagación de la fe durante cuarenta años de fecunda labor, murió en accidente ferroviario en 1968. Cfr. Félix NÚÑEZ URIBE, *Ángel Sagarmínaga. El hombre de las misiones*, Madrid, BAC, 2004.

<sup>282</sup> DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 129.

<sup>283</sup> Relación de Josemaría Escrivá sobre su trato con el Padre Poveda y sus directores espirituales, Roma, 13 de junio de 1960, AGP, A.3, 189-1-16.

<sup>284</sup> Cfr. NÚÑEZ URIBE, *Ángel Sagarmínaga*, p. 105. Sobre la situación en la Embajada de Noruega puede verse concretamente el capítulo *En la Embajada de Noruega*, pp. 105-116.

<sup>285</sup> Cuenta Juan Jiménez Vargas que Josemaría Escrivá, al salir de la Legación «dedicaba tiempo a las conversaciones individuales con cada uno. Especialmente se preocupaba de los que era posible que no volviera a ver en muchos meses porque estaba seguro de que, más o menos pronto, acabaría pasándose a la otra zona. Por eso hacía frecuentes visitas a

cen consignadas algunas visitas de san Josemaría a la Embajada de Noruega, para hablar con Rodríguez Casado: la primera es del día 3 de septiembre, la segunda, del 5 del mismo mes. Luego, ajustándose al horario de visitas previsto en la embajada, acudía todos los martes: los días 14, 21 y 28 de septiembre. La última visita fue el martes 5 de octubre de 1937<sup>286</sup>. Éstas eran las visitas que conoció y anotó Zorzano, pero san Josemaría, gracias a su nueva documentación de superintendente de la Legación de Honduras, pudo presentarse más veces, no ciñéndose solamente al horario de visitas establecido por las autoridades de la Embajada.

En el diario de Isidoro Zorzano hay una anotación del día de la marcha de san Josemaría a Valencia, en la que habla de una visita a la Embajada de Noruega. Dice: «Le comuniqué a Vicentillo [Vicente Rodríguez Casado] todas las novedades y saludé a D. Ángel»<sup>287</sup>. Se ve, por el tono del escrito, que es un don Ángel conocido por Zorzano y por Rodríguez Casado. Llamarle con el “Don” es un modo de indicar su condición sacerdotal. Por tanto, es más que probable que fuera Ángel Sagarmínaga, con quien Vicente Rodríguez Casado se confesó durante su estancia en la Embajada de Noruega. Cuando en septiembre de 1937 apareció san Josemaría por esta representación diplomática, Rodríguez Casado aprovechó la ocasión de presentarle a este sacerdote. A partir de ese momento el fundador del Opus Dei acudió a confesarse con él en las semanas que permaneció todavía en Madrid y anduvo con cierta libertad de movimientos.

No hay constancia de que Sagarmínaga y Escrivá se hubieran conocido y tratado antes de la guerra. Sin embargo, cuando el primero llegó a la zona controlada por el gobierno de Burgos, muy pronto se puso en relación con Josemaría Escrivá<sup>288</sup> y le visitó con frecuencia, como atestiguan los que con-

los que estaban aún en la Legación de Honduras y a la de Noruega para hablar con Vicente R. [Rodríguez] Casado. La primera vez que fue a la Legación [Embajada] de Noruega, a una hora convenida previamente por Isidoro [Zorzano], Vicente le esperaba en el garaje, desde donde se dominaba la portería. Esta Legación estaba en la calle Abascal, 27 [...]. El Padre [J. Escrivá] iba a la Legación de Noruega casi a diario. Vicente le esperaba en la portería [y] se iban al garaje» (relación de Juan Jiménez Vargas, AGP, A.5, 221-1-1). Francisco Botella, en sus recuerdos, escribe que, cuando el fundador del Opus Dei llegó a Valencia, en octubre de 1937, camino de Barcelona, «nos habló de Vicente. Desde que salió el Padre de la Legación de Honduras iba a verle con frecuencia –casi todos los días– a la Embajada de Noruega donde permanecía Vicente. Allí esperaba que las cosas cambiaran para salir, pero no se veía cómo podía ser» (Relación de Francisco Botella, AGP, A.5, 198-1-1).

<sup>286</sup> Diario de Isidoro Zorzano, anotaciones de los días 3, 5, 14, 21 y 28 de septiembre, y 5 de octubre (AGP, IZL D1122).

<sup>287</sup> Diario de Isidoro Zorzano, anotación del día 8 de octubre de 1937 (AGP, IZL D-1122).

<sup>288</sup> En junio de 1976, en el transcurso de una conversación con fieles del Opus Dei en Roma,

vivieron con él en esta ciudad castellana<sup>289</sup>. La amistad continuó después de la guerra, por medio de visitas o coincidiendo en viajes, primero en España y luego en Roma<sup>290</sup>. También hubo intercambio de cartas, conservándose en el registro de correspondencia de san Josemaría, cartas de Ángel Sagarmínaga que van de 1938 a 1967. De las enviadas por Escrivá a Sagarmínaga sólo se han podido obtener, hasta el presente, un par<sup>291</sup>.

Álvaro del Portillo dijo que Josemaría Escrivá, llegado a la otra zona de España, se confesó con Ángel Sagarmínaga, en Vitoria (notas de una tertulia con Álvaro del Portillo, Roma, junio de 1976, «Crónica», 1976, AGP, Biblioteca, P01, p. 1173). Esto no contradice lo que dijo, años más tarde, en la Entrevista de C. Cavalleri, donde afirma que comenzó a confesarse con Sagarmínaga en Madrid, antes de partir de la zona controlada por el gobierno del Frente Popular. Esos encuentros en Vitoria tuvieron que ser a partir de abril-mayo de 1938, cuando Ángel Sagarmínaga salió de su refugio de Madrid y llegó a la otra zona de España (cfr. NÚÑEZ URIBE, *Ángel Sagarmínaga*, p. 105), aprovechando algunas de las visitas y estancias de Josemaría Escrivá a esa ciudad.

<sup>289</sup> En la relación de Francisco Botella se lee: «Dos amigos del Padre que venían por el Hotel Sabadell eran D. Casimiro Morcillo y D. Ángel Sagarmínaga» (AGP, A.5, 198-1-1); y en la de Pedro Casciaro Ramírez hay esta afirmación: «Otras veces eran sacerdotes a quienes atendía el Padre [J. Escrivá] en el mirador del Hotel Sabadell; recuerdo el nombre de algunos porque, después de la guerra, tuve oportunidad de tratarles: Don Casimiro Morcillo, Don Antonio Rodilla, Don Ángel Sagarmínaga [...]. Todos consideraban al Siervo de Dios como un sacerdote excepcionalmente santo: así nos lo expresaron aparte a Botella y a mí» (AGP, A.5, 203-2-3). También se escribe sobre esto en la relación de José Antonio García de Cortázar, sobrino de Ángel Sagarmínaga, que conoció a Josemaría Escrivá en Burgos, y atestigua la amistad que hubo entre los dos y la admiración que el primero sentía por san Josemaría (AGP, A.5, 325-3-1).

<sup>290</sup> En las anotaciones que el fundador ponía en su epacta, hay consignados encuentros con Ángel Sagarmínaga los días 9 de diciembre de 1941, 22 de octubre de 1942, 2 de febrero de 1943, 8 de marzo de 1943, 27 de octubre de 1943, 17 de abril de 1944 y 8 de abril de 1945. Y en Roma, hay una anotación del 1 de mayo de 1952. (epacta, AGP, A.2, 180-1). Dice José Antonio García de Cortázar en su relación: «Finalizada la guerra, Don José María acudía con cierta frecuencia a la casa de mi tío Ángel donde también vivía yo. Sus visitas eran seguras cuando iba por aquella casa, de la calle Santa Teresa 6, Don Javier de Lauzurica» (AGP, A.5, 325-3-1).

<sup>291</sup> Las cartas de Josemaría Escrivá a Ángel Sagarmínaga son, una, desde Madrid, del 19 de septiembre de 1949 (AGP, A.3-4, 261-2, carta 490919-02); y otra, desde Roma, del 8 de noviembre de 1960 (AGP, A.3-4, 275-2, carta 601108-01). En 1983, Benito Badrinas habló con la que fue secretaria de don Ángel, en las Obras Misionales Pontificias, de Madrid. Recordaba que dicho sacerdote tenía una gran amistad con san Josemaría y que se carteaba con cierta frecuencia. Sin embargo dijo que, cuando falleció Sagarmínaga, en 1968, todos sus papeles personales se destruyeron y, por lo tanto, si había entre ellos alguna carta del fundador del Opus Dei, corrió la misma suerte que el resto de los documentos.



## PAMPLONA Y BURGOS, DURANTE LA GUERRA CIVIL

*Vicente Schiralli*

Cuando el fundador del Opus Dei llegó a Pamplona en diciembre de 1937, se acogió a la hospitalidad del Obispo de esta ciudad, y el día 18 comenzó unos Ejercicios espirituales en la misma residencia episcopal. De estos ejercicios se da cuenta pormenorizadamente en la edición crítico-histórica de *Camino*<sup>292</sup>. El día 22 anotó: «He confesado con D. Vicente Schiralli y –¿cómo no?– he llorado a moco tendido delante de este santo señor. Llorón, llorón y llorón. Pero ¡benditas lágrimas, don de Dios, que me dan una alegría honda y un goce, un no sé qué, que no sé explicar!»<sup>293</sup>. Vicente Schiralli era un religioso salesiano<sup>294</sup>, familiar del obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea.

Al día siguiente, Josemaría Escrivá hizo una consulta de vida espiritual a Vicente Schiralli: «*Mi oración*: oración de niño, con expansiones de niño: hoy consulté con D. Vicente, porque me preocupaba este desbordarse de mi ternura en Cristo. Sí: como un niño»<sup>295</sup>.

<sup>292</sup> Comentarios a los puntos 242, 250, 276, 321, 373, 438, 603, 646, 746, 804 y 932, que son los que proceden de los ejercicios espirituales que Escrivá hizo en Pamplona, en diciembre de 1937.

<sup>293</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1439, del 22 de diciembre de 1937.

<sup>294</sup> Vicente Schiralli nació en Italia en 1868. Se ordenó sacerdote en 1894. En la p. 17 de *La Vanguardia*, de Barcelona, del 20 de noviembre de 1954, viene este resumen de su vida, con ocasión de sus bodas de diamante sacerdotales: «El próximo 26 de diciembre, en el templo del Tibidabo, el venerando sacerdote salesiano Padre Vicente Schiralli, de 87 años de edad, y en toda la plenitud de sus facultades, celebrará, con la mayor solemnidad, sus bodas de diamante sacerdotales. El reverendo don Vicente Schiralli ha sido el fundador de los Colegios salesianos de Béjar, Salamanca y Huesca y en la primera década del siglo fue administrador y director de las tan celebradas Escuelas Profesionales Salesianas de Sarriá, santificadas por la presencia de san Juan Bosco por espacio de un mes. Durante trece años estuvo encargado de las obras del templo del Tibidabo, inaugurando en 1911, su hermosa cripta, en cuyos ricos y valiosos mosaicos dejó el Padre Schiralli plasmada su alma de artista. Desempeñó el cargo de secretario y ecónomo provincial de diversos inspectores provinciales salesianos en Barcelona y Madrid, entre ellos el actual arzobispo de Valencia, monseñor Olaechea, quien al ser nombrado obispo de Pamplona el año 1935, se llevó consigo al Padre Vicente hasta el 1942, en que se retiró de nuevo a “su” Tibidabo, donde lleva doce años. Vendrá a asistir pontificalmente a la misa de diamante el señor arzobispo de Valencia, doctor don Marcelino Olaechea». Vicente Schiralli falleció en Barcelona en 1957.

<sup>295</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1445, del 23 de diciembre de 1937.

Hay alguna referencia más a Schiralli en los *Apuntes íntimos*, pero afectan más a la convivencia y trato cotidiano de los días de estancia en la residencia del obispo de Pamplona y a las visitas que, en los meses posteriores, hizo a la capital de Navarra.

### *Saturnino Martínez Martínez*

El fundador del Opus Dei llegó a Burgos el 8 de enero de 1938. Tres días después, escribió: «Con María Díaz Jiménez<sup>296</sup>, visito al santo sacerdote paralítico D. Saturnino Martínez. Me entiende perfectamente. Le pido que, mientras esté aquí, sea mi confesor. En la conversación, me hizo gozar, por las alabanzas que dedicó a los Ángeles; y porque participa de la creencia de que los sacerdotes, además del Custodio, por nuestro ministerio, tenemos un Arcángel. Salí de aquella casa, con honda alegría, encomendándome al Relojero y al Arcángel. Y pensé *con seguridad* que, si realmente no tengo conmigo a un Arcángel, Jesús acabará por mandármelo, para que mi oración al Arcángel no sea estéril. Hecho un niño, por la calle iba pensando cómo le llamaría. Un poco ridículo parece, pero, cuando se está enamorado de Xto, no hay ridículo que valga: mi Arcángel se llama Amador»<sup>297</sup>.

Saturnino Martínez<sup>298</sup>, que había estado, en los años veinte, relacionado con Pedro Poveda<sup>299</sup>, era un sacerdote muy piadoso, pero de salud frágil y estaba paralítico. Vivía en una casa situada en la calle Trinas, inmediatamente detrás de Correos, y en ese mismo edificio estaba el convento de las reparadoras. Por su invalidez, Martínez no salía de su casa, y celebraba la

<sup>296</sup> María Díaz Jiménez, de la Institución Teresiana.

<sup>297</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1480, del 11 de enero de 1938. «Relojero»: así llamaba a veces a su Ángel Custodio.

<sup>298</sup> Saturnino Martínez Martínez nació en 1868, en Pradoluengo (Burgos). Ordenado sacerdote, ocupó cargos parroquiales en Briviesca y Pradoluengo. En 1913 llegó a Burgos para regentar la capellanía del colegio teresiano de la capital. Padeció una larga enfermedad que le provocó una parálisis hemipléjica, y le hizo pasar los últimos años de su vida en silla de ruedas. Falleció en Burgos en 1948.

<sup>299</sup> Saturnino Martínez era, en el verano del año 1919, consejero de Amalia Santos, mujer de recursos económicos, que sentía viva preocupación por la situación del magisterio católico. Por esas fechas escribió a Pedro Poveda para tratar la fundación de un centro-interinado para Magisterio. El fundador de las teresianas, tras estudiar el tema, respondió que le era imposible embarcarse en esa empresa. Posteriormente, en 1921, será ella misma quien asuma su realización.

Misa en una habitación. En su domicilio recibía a mucha gente que se dirigía espiritualmente con él<sup>300</sup>.

Escrivá se confesó con Martínez por poco tiempo<sup>301</sup>. De hecho, en los recuerdos escritos por quienes convivieron con san Josemaría en Burgos, no aparece su nombre.

### *Francisco de Borja López Pérez*

Hay en AGP hay una tarjeta de visita en la que se lee: «P. Francisco de B. López Pérez / Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María / Delegado Oficial del Gobierno General de la Congregación / cerca del Gobierno Nacional de España / Huerto del Rey, 5 / Burgos». Escrito a mano, y con letra de san Josemaría, está escrito: «Tº 2.088»; y debajo, con rasgos inconfundibles: «Mi confesor en Burgos»<sup>302</sup>. No hay, sin embargo, datos concretos de cuándo comenzó a confesarse con Francisco de Borja López Pérez<sup>303</sup>. La única referencia autógrafa es indirecta: en una página de uno de los cuadernillos que usó san Josemaría en Burgos<sup>304</sup>, hay un conjunto de anotaciones tuyas, separadas por raya transversal. La relación de los temas es heterogénea: desde un pensamiento, que luego pasará a *Camino*, hasta un horario de trenes (de Utrera a Irún), que nos permite fijar la fecha tope de todas estas anotaciones. En Utrera estuvo el 21 de abril de 1938. Como es la última, las otras hay que datarlas con anterioridad, pero sin poder precisar más. Una de las anotaciones dice: «Misioneros: Huerto del Rey 5». Es la dirección de la casa que los Misioneros del Inmaculado Corazón de María tenían en Burgos. Los claretianos se habían instalado en Burgos, en esa calle, el 5 de abril de 1937, con el fin principal de cuidar y atender a los religiosos de la Congrega-

<sup>300</sup> Comunicación personal, de septiembre de 2007, de María Cruz Yagüe a María Jesús Coma. Yagüe nació en 1925. En 1938, con 13-14 años, era alumna del colegio de las tere-sianas, y conoció y trató bastante a Saturnino Martínez.

<sup>301</sup> Hay una breve referencia más a Saturnino Martínez en los *Apuntes íntimos*, n. 1487, del 14 de enero de 1938. Es un consejo relativo a su permanencia en Burgos, al no haber conseguido, en un primer intento, licencias del prelado. Escribe Escrivá que Martínez le «asegura que me *debo* quedar tranquilo en Burgos, sin preocuparme de nada. Este santo señor me decía hoy: “ofrézcale al Señor la humillación que supone esa negativa del Prelado”».

<sup>302</sup> AGP, A.6, 447-1.

<sup>303</sup> Sobre Francisco de Borja López en Burgos, cfr. José ANDRÉS-GALLEGO – Antón M. PAZOS (eds.), *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil, Vol. 5 (abril-mayo 1937)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003, pp. 373-376.

<sup>304</sup> Cuadernillo-agenda 1º de Burgos, hoja 8 (AGP, A.3, 174-2-13).

ción llamados a filas con motivo de la Guerra Civil. Allí residía, por tanto, el p. Francisco de Borja<sup>305</sup>.

Pedro Casciaro menciona al claretiano Francisco de Borja como confesor, y lo hace cuando habla del tema de la mortificación del fundador. Dice:

En el Hotel Sabadell pagábamos cuatro pesetas por cama. No recuerdo cuánto cobraban por cada comida, pero el precio normal en cualquier modesto restorán de Burgos no era inferior a ocho pesetas. El Siervo de Dios organizaba las cosas para ir, al acercarse la hora de las comidas, a cumplir algunos encargos con un hijo suyo que solía ser algo distraído; le decía: tú ocúpate de esto y yo de esto otro, y ya nos veremos después de la comida. Luego, cuando los demás interrogábamos al Siervo de Dios, eludía la pregunta [...]. En aquella época el Siervo de Dios se confesaba ordinariamente con el P. López Pérez, CMF. Dudo que su confesor se percatara plenamente del rigor de los ayunos del Padre. De todas maneras, ninguno de los que habitualmente convivimos con él en el Hotel Sabadell estábamos de acuerdo con aquellos ayunos<sup>306</sup>.

Estas discrepancias de Casciaro, compartidas por Francisco Botella, con esos ayunos y mortificaciones, provocaron intromisiones y alguna conducta poco delicada con Escrivá. Para cortar todo esto, el fundador escribió a Juan Jiménez Vargas, para que usara su influencia y consiguiera que le dejaran en paz. En la carta escribió: «Conste que yo –aunque no tengo en Burgos Director– nada he de hacer que suponga abiertamente peligro para la salud: no puedo, sin embargo, perder de vista que no estamos jugando a hacer una cosa buena..., sino que, al cumplir la Voluntad de Dios, es menester que yo sea santo, ¡cueste lo que cueste!,... aunque costara la salud, que no costará»<sup>307</sup>.

La expresión «aunque no tengo en Burgos Director» nos da a entender que, si bien tenía confesor, primero Saturnino Martínez y luego Francisco de Borja López, la relación se limitaba al sacramento; no era la misma que la que había en Madrid con Valentín Sánchez.

No tenemos más referencias del trato de san Josemaría con este claretiano, durante la temporada que pasó en Burgos. En su epacta sí que hay, en cambio, una anotación, que nos da cuenta de un encuentro posterior, en

<sup>305</sup> Agradezco esta información a la Dra. María Jesús Coma, autora del libro *El rumor del agua. Recorrido histórico de san Josemaría en Burgos*, Alicante, Cobel, 2010.

<sup>306</sup> Relación de Pedro Casciaro Ramírez, AGP, A.5, 203-2-3.

<sup>307</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Juan Jiménez Vargas, Burgos 30 de abril de 1938; AGP, A.3-4, 255-2, carta 380430-01.

Madrid, acabada la guerra. En los primeros años cuarenta, este religioso le visitó en Madrid, en la residencia de Diego de León<sup>308</sup>. Son tiempos de dura carestía de posguerra, pero Josemaría Escrivá, agradecido por la atención que le había prestado en Burgos, no dudó en regalarle una gruesa capa, la única que tenía, para que la usasen él y otros de su convento<sup>309</sup>.

### *Antonio Rodilla Zanón*

En enero de 1938 el fundador del Opus Dei recibió una carta, escrita desde Ceuta. El remitente era Antonio Rodilla<sup>310</sup>. En el texto se ve que, por medio de conocidos comunes, había seguido las peripecias del fundador durante la guerra. En esos días había tenido conocimiento de que Escrivá había llegado a la otra zona de España. Y escribe: «Me dan “tentaciones” de desertar para irme a Burgos. El mes que viene, Dios mediante, va el barco a

<sup>308</sup> Anotación en la epacta, de los días 6 y 7 de diciembre de 1941 (AGP, A.2, 180-1-3). También se conservan en AGP cartas del p. Francisco de Borja López Pérez del periodo 1938-1946.

<sup>309</sup> Palabras de Álvaro del Portillo, Roma, junio de 1976, «Crónica» 1976, AGP, Biblioteca, P01, pp. 1172-1173); y Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, p. 368.

<sup>310</sup> Antonio Rodilla Zanón nació en Siete Aguas (Valencia), en 1897. Sacerdote en 1921, desde 1923 era colegial mayor (vicedirector) del Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjasot (Valencia). En los años treinta era consiliario de la Federación Regional de Estudiantes Católicos y de la Acción Católica. El comienzo de la Guerra Civil le sorprendió en Mallorca, adonde había ido con un grupo de universitarios valencianos. Al no poder regresar a su diócesis, de acuerdo con su obispo, sirvió como capellán castrense de la Marina. Al conquistar las tropas de Franco gran parte de la provincia de Castellón, el arzobispo de Valencia le nombró, el 29 de diciembre de 1938, vicario general del arzobispado de Valencia en la zona liberada, pues la diócesis valenciana tenía un enclave territorial en la comarca del Alto Mijares. Acabada la guerra fue nombrado rector del seminario, donde estuvo hasta 1969, y confirmado en el cargo de vicario general, hasta 1944. Es autor de varios libros de espiritualidad. Falleció en 1984. Conoció al fundador del Opus Dei en Madrid, en marzo de 1935. En *Apuntes íntimos*, n. 1238, del 10 de marzo de 1935, Escrivá anotó: «El sábado, día 2, vino a visitarme D. Antonio Rodilla, Director del Colegio de Burjasot. Quedamos muy amigos: ¡quién sabe!». Desde esa fecha nació una relación de amistad profunda e íntima, que se alimentó con varios encuentros en Burgos, Valencia y Madrid, y con abundante relación epistolar. Cfr. Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Obispos y sacerdotes valencianos de los siglos XIX y XX. Diccionario Histórico*, Valencia, Edicep, 2010, voz «Rodilla Zanón, Antonio», pp. 748-752; Ángel GÓMEZ-HORTIGÜELA, *Relación del Viaje de san Josemaría a Valencia (1936)*, SetD 8 (2014), pp. 298-300.

dique y yo... (espero que así lo querrá Jesús) a Burgos, aunque sólo sea para una semana»<sup>311</sup>.

El barco tardó en ir al dique más de lo previsto<sup>312</sup>. El 13 de marzo, desde Cádiz, escribe: «El día 21 o 22, si Dios quiere, llego a Burgos. Antes pienso detenerme brevemente en Sevilla y Salamanca. Ya le avisaré, Dios mediante, del día preciso. Quiero que me contagie su locura. Así que prepárese a hacer locuras gordas y muchas. Podré estar entre tres o cuatro días»<sup>313</sup>.

Por fin, el día 21 de marzo se produjo el encuentro<sup>314</sup>. Así lo recoge Josemaría Escrivá:

Hoy ha venido D. Antonio Rodilla. ¡Qué buen amigo es! Le he dado cuenta de mi alma: desnudez de virtudes, un montón de miserias: no hago oración vocal, apenas: creo que no la hago mental: desorden. No sufro la oración vocal: hasta me duele la cabeza de oír rezar en voz alta. Desorden. Pero sé que amo a Dios. Sí: y que me ama. Soy desgraciado, porque soy pecador y desordenado y no tengo vida interior. Querría llorar, y no puedo. ¡Yo, que he llorado tanto! Y, a la vez, soy muy feliz: no me cambiaría por nadie. Le conté esto y otras cosas a D. Antonio. ¡Ese cuarto de hora eterno de acción

<sup>311</sup> Carta de Antonio Rodilla a Josemaría Escrivá, Ceuta, 21 de enero de 1938 (AGP, A.6, 429-1). La expresión «desertar» se debe a su condición de capellán militar. Antonio Rodilla, a propuesta del pro-vicario castrense, fue nombrado capellán voluntario, destinado al crucero auxiliar Mallorca. En el BOE del 3 de abril de 1938, p. 529, se lee: «A propuesta del Excmo. Sr. Pro-Vicario General Castrense, se confiere a los Capellanes que figuran en la siguiente relación los destinos que se expresan: Capellanes con consideración de Alférez: [...] D. Antonio Rodilla Zanón, Crucero Auxiliar "Mallorca"». Unos meses más tarde, al ser tomada una parte de la diócesis valenciana por las llamadas tropas nacionales, fue nombrado vicario general y, por tanto, cesó como capellán castrense. En el BOE del 24 de agosto de 1938 se lee: «Por haberlo interesado sus Autoridades Superiores y a propuesta del Pro-Vicario General Castrense, cesa de prestar sus servicios en la Armada el Capellán voluntario, don Antonio Rodilla Zanón, destinado en el crucero auxiliar "Mallorca"».

<sup>312</sup> En carta de Antonio Rodilla a Josemaría Escrivá, Ceuta, 10 de febrero de 1938, dice: «El viaje se ha retrasado; creo que un poco, pero que se me está antojando mucho. Le escribiré, Dios mediante, con tiempo» (AGP, A.6, 429-1).

<sup>313</sup> Carta de Antonio Rodilla a Josemaría Escrivá, Cádiz, 13 de marzo de 1938, AGP, A.6, 429-1. En la anotación del día 20 de marzo de 1938, del Diario de Burgos (AGP, A.2, 10-3-1) se lee: «Vamos a la estación para enterarnos de la llegada del tren de Salamanca, en que ha de llegar mañana D. Antonio Rodilla». El redactor de este día y los siguientes es José María Albareda.

<sup>314</sup> «Al mediodía, se presenta D. Antonio Rodilla, a quien esperábamos por la tarde. Visita que era muy deseada y que merece serlo: cordialísimo y además inteligentísimo de nuestras cosas. Después de estar los cinco de tertulia, en la habitación de abajo, que ha quedado para D. Antonio, marchan el P. y D. Antonio a dar una vuelta» (diario de Burgos, anotación del día 21 de marzo de 1938, AGP, A.2, 10-3-1).

de gracias, mirando continuamente al reloj, para que se acabe! ¡Qué pena! Y, sin embargo, quiero a Jesús sobre todas las cosas. Después dije a D. Antonio que me parecía que le engañaba y que me movía a hablar la soberbia. Me consoló y dijo que voy bien<sup>315</sup>.

Por su parte, Antonio Rodilla escribió: «Cuando Mons. Escrivá de Balaguer pasó a la zona nacional, durante la guerra civil española de 1936, me escribió una carta desde Burgos pidiéndome que fuera a verle. Vivía en un hotelito, el “Hotel Sabadell”. Me lo encontré hecho un esqueleto. Se me saltaron las lágrimas al verle. Estuve allí unos días con él»<sup>316</sup>.

Rodilla escuchó con atención y veneración las confidencias que le hacía Escrivá, y como era hombre de oración y experiencia sacerdotal, comprendió que todo aquello no era síntoma de dejadez en la vida espiritual, sino manifestación de unas pruebas interiores fuertes, de purificación, que manifestaban la generosidad y entrega a Dios de san Josemaría. Por eso, tras el desahogo del fundador del Opus Dei, Antonio Rodilla le dio palabras de consuelo y de ánimo. Esta visita fue en el primer domicilio de san Josemaría en Burgos, en Santa Clara 51.

Francisco Botella y Pedro Casciaro relatan esta estancia de Rodilla, pero como no se dieron cuenta de que el fundador necesitaba su compañía para desahogar su alma, lo recibieron con un cierto reparo<sup>317</sup>. Pero en una cosa Casciaro y Botella estaban de acuerdo con Rodilla: en que san Josemaría debía mitigar sus mortificaciones y penitencias<sup>318</sup>. En un carta de mayo, le dice: «¿Cómo te portas con... (¿te lo digo?) el borriquillo de Jesús? Por

<sup>315</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1569, del 21 de marzo de 1938. La relación del estado de su alma, que refiere Josemaría Escrivá a Antonio Rodilla, refleja una intensificación de aquella purificación interior, *noche oscura*, de la que se habló ya en la Legación de Honduras. En VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 258-270 se encuentra una descripción y explicación de esta *noche oscura* burgalesa.

<sup>316</sup> Relación de Antonio Rodilla Zanón del 10 de junio de 1976. En otro relato, de un año antes, el 7 de julio de 1975, escribió: «Durante la Guerra de España fui una vez a verle a Burgos, aprovechando la limpieza de fondos del buque de la Armada del que yo era capellán entonces. Se me saltaron las lágrimas al verle. Me lo encontré hecho un esqueleto. Estuve allí unos días con él. Vivía en absoluta pobreza» (AGP, A.5, 241-2-1). En esa primera visita aún no vivía en el Hotel Sabadell, sino en Santa Clara, n. 51.

<sup>317</sup> Relación de Francisco Botella Raduán, AGP, A.5, 198-1-1.

<sup>318</sup> José María Albareda, redactor en esos días del Diario de Burgos, refiere un comentario de Antonio Rodilla: «D. Antonio me llama y dice unas cosas oportunas sobre el P. [Padre: J. Escrivá]: por mortificación, que coma más y que descanse más. El P. dice que lo hará, pero no sé si mientras tanto piensa: ya veremos» (AGP, A.2, 10-3-1).

obsequio a su dueño cuídalo mucho, que tanto trote requiere con su desgaste abundante alimentación. *Dime cuánto pesas*»<sup>319</sup>. Por aquellos días san Josemaría guardaba cama con frecuencia porque tenía una afección de garganta que le causaba fiebre y debilidad y le hacía sangrar<sup>320</sup>.

Esa primera estancia burgalesa de Rodilla concluyó el día 25<sup>321</sup>. Se lee en los *Apuntes*: «Ayer se fue Antonio Rodilla. He hecho propósito de hacer ambiente, para que le hagan Obispo. Ya comencé a revolver ayer. Creo que conviene, para la Iglesia española, y, desde luego, mucho para la Obra»<sup>322</sup>.

La siguiente visita de Antonio Rodilla a Burgos fue en septiembre, cuando ya se habían trasladado al Hotel Sabadell. Casciaro y Botella hablan de esta estancia, pero sin señalar la fecha precisa ni aportar detalles. Es el Diario de Burgos, escrito en esos días por José María Albareda, quien nos informa con precisión de la presencia de Rodilla en la ciudad castellana: «Hoy [20 de septiembre] ha llegado el P. de S. Sebastián [...] Y ha llegado también D. Antonio Rodilla; está con nosotros, pero como no hay habitación en el hotel, duerme fuera, próximo»<sup>323</sup>. A pesar de pasar la noche en otro lugar, Rodilla se ajustó a la vida que hacían los huéspedes del Hotel Sabadell<sup>324</sup>.

Escrivá aprovechó la presencia de Rodilla para abrir su alma y conversar largamente con él: «El Padre como en días anteriores, ha estado hablando con D. Antonio, que penetra plenamente en lo nuestro –inteligencia y corazón– y trata al Padre... como merece»<sup>325</sup>.

<sup>319</sup> Carta de Antonio Rodilla a Josemaría Escrivá, Cádiz, 17 de mayo de 1938 (AGP, A.6, 429-1). En su relación escribió: «No recuerdo pormenores [de su mortificación y penitencia], porque no los comentaba jamás, pero sí que tuve que ponerme serio y acudir a la oración y a quien podía corregirlo, para que no se tratase con mortificaciones tan inhumanas. No se tenía compasión» (AGP, A.5, 241-2-1).

<sup>320</sup> Sobre esta enfermedad, cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 27ss.

<sup>321</sup> Cfr. Diario de Burgos, el día 23 de marzo de 1938, AGP, A.2, 10-3-1.

<sup>322</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1570, del 26 de marzo de 1938. Sobre el «propósito de hacer ambiente, para que le hagan Obispo», cfr. la correspondencia de Josemaría Escrivá con Santos Moro, donde hay referencias a estas gestiones en Constantino ÁNCHEL – Federico REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y el obispo de Ávila, mons. Santos Moro: epistolario durante la Guerra Civil (enero de 1938 – marzo de 1939)*, SetD 1 (2007) 287-325.

<sup>323</sup> Diario de Burgos, del 20 de septiembre de 1938, AGP, A.2, 10-3-2.

<sup>324</sup> En la anotación del día 21, del Diario de Burgos, se lee: «El Padre celebra, como D. Antonio, en las Teresianas. Viene luego, juntos [...]. Después de comer estamos de tertulia, que nos la prolonga la conversación de D. Antonio, y su amabilidad; nos invita a merendar. Pasea luego con el Padre» (AGP, A.2, 10-3-2).

<sup>325</sup> Diario de Burgos, anotación del 23 de septiembre de 1938 (AGP, A.2, 10-3-2).



El día 25 concluyó la estancia de Rodilla en Burgos. Se lee en el Diario de Burgos: «Despedimos en la estación a D. Antonio, que marcha a Vitoria»<sup>326</sup>. Por la tarde, san Josemaría partió para el Monasterio de Silos, donde iba a comenzar sus ejercicios espirituales<sup>327</sup>.

Francisco Botella recuerda una tercera estancia de este sacerdote en Burgos, y la sitúa en el último domicilio del fundador del Opus Dei en dicha ciudad, en la calle Concepción, n. 9. Por la correspondencia de Antonio Rodilla, se ve un deseo de encontrarse nuevamente con su amigo. Decía: «Necesito oír tus proyectos para ver si aprendo a volar alto»<sup>328</sup>. Esta visita, muy deseada por Rodilla<sup>329</sup>, fue el 7 de febrero de 1939<sup>330</sup>. El día 8 de febrero pudieron hablar los dos amigos y fueron a saludar al arzobispo de Valencia<sup>331</sup>. Igualmente conversaron el día 9 de febrero por la mañana. Después de comer, Antonio Rodilla tomó el tren para Vitoria<sup>332</sup>.

Después de estas estancias en Burgos, la relación continuó con encuentros personales<sup>333</sup>, especialmente en los comienzos del apostolado del Opus

<sup>326</sup> Diario de Burgos, anotación del 25 de septiembre de 1938 (AGP, A.2, 10-3-2).

<sup>327</sup> En el Diario de Burgos, anotación del 25 de septiembre de 1938, se lee: «El Padre [J. Escrivá] comienza esta tarde ejercicios, en Silos» (AGP, A.2, 10-3-2).

<sup>328</sup> Carta de Antonio Rodilla a Josemaría Escrivá, Zucaina (Castellón), 23 de enero de 1939, AGP, A.6, 429-1.

<sup>329</sup> En una tarjeta postal escrita desde Zucaina (Castellón), el 1 de febrero de 1939, escribe Antonio Rodilla: «Creo que dentro de muy pocos días saldré, D.m., para Burgos. Estancia breve. Tenemos que hablar mucho» (AGP, A.6, 429-1).

<sup>330</sup> Francisco Botella, redactor en esos días, del diario de Burgos, escribe el 7 de febrero de 1939: «Viene por la tarde, D. Antonio Rodilla. Ya el Padre, que imaginaba su llegada, dijo, que en cuanto viniese, telefonara al Palacio Episcopal. Hablo con él desde la Jefatura: vendrá esta misma noche. Cenamos D. Antonio y yo en Venancia» (AGP, A.2, 10-3-2). Venancia era un restaurante.

<sup>331</sup> «Por la tarde, va el Padre con él, a saludar al Sr. Arzobispo de Valencia» (diario de Burgos, del 8 de marzo de 1939; AGP, A.2, 10-3-2). El arzobispo de Valencia era Mons. Prudencio Melo Alcalde, al que había sorprendido el comienzo de la guerra en Burgos. Permaneció en esta ciudad hasta el fin de la contienda.

<sup>332</sup> Cuenta Francisco Botella en el diario de Burgos, el día 9 de febrero de 1939: «Una octavilla con unas palabras del Padre, me orientan hacia el Restaurant Alicia; al poco rato, llega con D. Antonio. Comida rápida, porque sale el vicario de Valencia hacia Vitoria, a las tres: paga también el Padre... Se despide D. Antonio. Vamos a la estación, ya que no hay necesidad de pasar por casa, porque no lleva equipaje; solamente una pastilla de jabón [...]. Un rato de paseo, hasta que llega el tren» (AGP, A.2, 10-3-2).

<sup>333</sup> Por ejemplo, Rodilla organizó, junto con Rafael Calvo Serer, los ejercicios para universitarios, en el Colegio Mayor Beato Juan de Ribera, de Burjasot (Valencia), del 5 al 11 de junio de 1939, que predicó el fundador del Opus Dei. Antonio Rodilla también le encargó la predicación de ejercicios a sacerdotes nombrados párrocos, de la Diócesis de Valencia, en

Dei en Valencia, y también con un abundante intercambio epistolar<sup>334</sup>. Cuando en 1981 comenzó el proceso de canonización del fundador del Opus Dei, Antonio Rodilla fue uno de los primeros testigos que prestó declaración.

MADRID, 1939-1944

Acabada la guerra, san Josemaría regresó a Madrid, y después de ver a su familia, instalarse en el Patronato de Santa Isabel, hacer las gestiones necesarias para encontrarse con la gente y poner en marcha la labor de la Obra, buscó y encontró a Valentín Sánchez Ruiz. En la primera anotación que hace en el cuaderno de los *Apuntes íntimos* –que había quedado en Madrid–, escribió: «Ayer estuve con el P. Sánchez, en Velázquez 28. ¡Qué alegría demostró! Me dio muchos abrazos, y sigue –se ve– *creyendo* en la Obra»<sup>335</sup>. Continuó dirigiéndose con Sánchez Ruiz hasta que, en octubre de 1940<sup>336</sup>, tuvo que prescindir de sus servicios, debido a las fuertes contradic-

Alacuás (Valencia), del 11 al 17 de junio de 1939; y a universitarias de Acción Católica, en el convento de las religiosas del Servicio Doméstico, en Valencia, del 14 al 20 de diciembre de 1941 (cfr. ÁNCHEL, *La predicación*, pp. 145-148 y 173-174). En agosto de 1940 Josemaría Escrivá y Antonio Rodilla hicieron ejercicios espirituales en Segovia. Así lo relata el primero en sus *Apuntes íntimos*, n. 1619: «Segovia, Convento del Carmen Descalzo, 24 de agosto de 1940. –Ya estoy en ejercicios. Llegué anoche, con Antonio Rodilla, y estoy en la celda 36, que tiene en la puerta este letrero: “*Pax. Declinabo super eam quasi fluvium pacis. Isai. 66 v. 12*”. –Me hacía mucha falta este retiro». Y Antonio Rodilla cuenta: «Nada más terminar la guerra nos buscamos y fuimos juntos a hacer unos Ejercicios Espirituales. Los hicimos en el convento de padres carmelitas de Segovia. Silencio riguroso. Era edificante verlo. Ejemplar. Yo le ayudaba a celebrar la Santa Misa y él me ayudaba a mí. Todo, todo lo que hacía y hablaba, nutría aquella idea que yo tenía de santo y genio. En esos días y en la casa de Lagasca, donde entonces vivía, le he visto mortificarse [...]. Y todo esto con una alegría grande. No alardeaba jamás. Sabía mortificarse también cuando sacaban una comida espléndida: es muy difícil eso, pero él lo hacía. Y todo envuelto en alegría. Así, al terminar estos Ejercicios me preguntó ¿Has pasado hambre? Y me llevó a “Casa Cándido”. Siéntate, me dijo, y se fue para la cocina. Enseguida vinieron los camareros. ¡Me hacían unas inclinaciones! Y es que les había dicho que yo era un monseñor importante» (AGP, A.5, 241-2-1).

<sup>334</sup> En AGP se conservan sesenta y tres cartas de Antonio Rodilla a Josemaría Escrivá y cuarenta y tres de Josemaría Escrivá a Antonio Rodilla.

<sup>335</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1595, del 13 de abril de 1939. Velázquez 28: en esa dirección estaban las oficinas del Apostolado de la Prensa, editorial en la que trabajaba antes y después de la guerra.

<sup>336</sup> Álvaro del Portillo indica la fecha aproximada: «El último encuentro fue hacia el 8 de octubre de 1940» (nota 1354 de Álvaro del Portillo al n. 1864 de *Apuntes íntimos*)

ciones que arreciaron contra el Opus Dei y su fundador, y que hicieron mella en la confianza mutua necesaria para continuar ese trato<sup>337</sup>.

### *José María García Lahiguera*

Desde esa fecha acudió a José María García Lahiguera<sup>338</sup>. La primera y única referencia que hay en sus *Apuntes* es ésta: «Conté estos detalles, esta mañana, a mi Padre Espiritual José M<sup>a</sup> García Lahiguera»<sup>339</sup>.

El conocimiento y trato entre García Lahiguera y Escrivá de Balaguer comenzó en 1932. García Lahiguera era amigo íntimo de tres sacerdotes que formaban parte de los primeros presbíteros que se vincularon a san Josemaría: José María Somoano, José María Vegas y Lino Veá-Murguía. La amistad ya venía del seminario, pero con el tiempo fue acentuándose, por tener inquietudes espirituales profundas comunes<sup>340</sup>.

Los tres amigos habían hablado de él a Escrivá, pero el primer encuentro, que tuvo lugar el 2 de febrero de 1932, no fue propiciado por ellos. La ocasión fue un sermón pronunciado por García Lahiguera en la parroquia de la Concepción, para presentar en Madrid el ARPU<sup>341</sup>.

<sup>337</sup> Cfr. sobre este tema, VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, el apartado titulado *El cambio de confesor*, pp. 437ss.

<sup>338</sup> José María García Lahiguera nació en Fitero (Navarra) en 1903. Se ordenó sacerdote en Madrid, en 1926. Durante la Guerra Civil española, fundó la Congregación de Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote. Fue director espiritual del seminario de Madrid de 1936 a 1948. En 1950 fue nombrado obispo auxiliar de Madrid, en 1964 obispo de Huelva, y en 1969 arzobispo de Valencia. Presentó su renuncia en 1978. Falleció en Madrid en 1989. En 1995 se inició su proceso de canonización, y en 2011 Benedicto XVI firmó el decreto de virtudes heroicas, declarándole venerable. Cfr. HH. Oblatas de Cristo Sacerdote, *Don José María García Lahiguera*, Madrid, Encuentro, 2001; Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Pasión por el sacerdocio. Biografía del Siervo de Dios José María García Lahiguera, Arzobispo de Valencia*, Madrid, BAC, 1997.

<sup>339</sup> *Apuntes íntimos*, n. 1626, del 15 de noviembre de 1940. «Conté estos detalles»: Se refiere a habladurías y contradicciones de esos días.

<sup>340</sup> El 20 de noviembre de 1929, dirigieron una solicitud al obispado para que se aprobase y erigiese canónicamente una Congregación Mariana Sacerdotal. Estaba promovida por José María Somoano, José María García Lahiguera, Lino Veá-Murguía y José María Vegas (cfr. *Congregación Mariana Sacerdotal de Madrid, Estatutos Generales*, en Archivo General de Curia de la Archidiócesis de Madrid, XVIII, J 4, Asociaciones 1925-1929). Cfr. José Miguel CEJAS, *José María Somoano en los comienzos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1995.

<sup>341</sup> El ARPU (sigla de la Adoración Real, Perpetua y Universal del Santísimo Sacramento) era una asociación promovida por un sacerdote catalán, residente en Asturias, llamado José Lles Segarra, que murió fusilado en 1936.

Por la tarde<sup>342</sup>, Josemaría Escrivá visitó a José María García Lahiguera, que relata así este primer encuentro:

Vino a verme a mi despacho de Director Espiritual del Seminario de Madrid, en las Vistillas. La entrevista duró una hora y media o dos horas, y la recuerdo vivamente por la profunda impresión que me causó. Aunque entonces no le conocía, ni tenía de él referencia alguna, desde las primeras palabras que cruzamos, se estableció entre los dos una corriente de cordialidad, de simpatía; quizá a causa de su modo directo y franco de iniciar la conversación: “¿Tú has visto esta mañana –empezó diciendo– durante el sermón que has predicado, un sacerdote que te miraba atentamente, sin perder palabra de lo que decías?”. Yo, en efecto, había predicado un sermón en la parroquia de la Concepción, pero no recordaba haberle visto, y así se lo dije. “Pues yo estaba allí, escuchando tus palabras; y ahora vengo a hablar contigo”. Me explicó entonces la Obra a la que, por voluntad de Dios, estaba dedicando su vida. Sus palabras estaban llenas de delicadeza, de humildad y de un profundo sentido sobrenatural. Me contó, con mucha confianza, y con todo detalle, en qué consistía la Obra. Yo estaba fuertemente conmovido con lo que iba oyendo y comprendí enseguida que el Padre estaba iniciando algo verdaderamente trascendental, de Dios. Era un panorama de apostolado y servicio a la Iglesia que atraía, maravilloso; la Obra de que me hablaba no era una cosa vaga, imprecisa, sino algo perfectamente real y concreto. Con gran delicadeza, de vez en cuando, se interrumpía para preguntarme si me interesaba lo que me iba contando, y yo, que estaba pendiente de sus palabras, le animaba a seguir. D. Josemaría, después de explicarme la Obra, sólo me pidió una cosa bien concreta: que rezase para que el Señor le ayudase a llevar el peso que Él mismo había echado sobre sus hombros. Prometí hacerlo de todo corazón y nos despedimos. Ése fue el comienzo de una amistad que ha durado tanto como nuestras vidas<sup>343</sup>.

<sup>342</sup> En agosto de 1976, Mons. García Lahiguera puso por escrito, en una relación, sus recuerdos sobre el fundador del Opus Dei. Este relato será la base fundamental de las líneas siguientes. Está publicado en BADRINAS, *Beato Josemaría*, pp. 147-174.

<sup>343</sup> *Ibid.*, pp. 148-149. En su declaración procesal, describe brevemente este primer encuentro: «La primera vez que me visitó en Madrid, al hablarme de ciertos planes de fundación de una Obra que podía estar ya comenzada, y exponerme las dificultades con que tropezaba, solía intercalar esta frase: “para conseguirlo hay quien ahora se mortifica y hace penitencia”, y yo pensé para mis adentros que el que oraba, se mortificaba y hacía penitencia era él» (*Summ.* 5476). Parece evidente el interés que tenían Somoano, Vegas y Veá-Murguía en que Escrivá le invitara a unirse al camino que ellos habían emprendido. San Josemaría, como se ha visto, le habló detalladamente de la Obra, presentándole el panorama de apostolado de tal modo que García Lahiguera se sintió atraído y maravillado. Sin embargo, el fundador no dio el paso de invitarle a formar parte del Opus Dei. Sólo le pidió oraciones

No se volvieron a ver hasta 1939, en Madrid, acabada la Guerra Civil, en las oficinas del obispado.

Al poco tiempo de este encuentro –sigue contando García Lahiguera–, vino a verme a mi despacho de Director del Seminario Mayor de Madrid. Esta vez vino a pedirme que le confesase, y yo, acostumbrado a confesar a muchos sacerdotes, no di mayor importancia a esa petición. Sin embargo, al terminar me pidió que le confesara todas las semanas. Me nombraba su confesor, a lo que yo accedí gustosísimo y vuelvo ahora a dar gracias a Dios Nuestro Señor, como he hecho en tantas ocasiones, por los muchos bienes que ha representado para mi alma ese frecuente contacto con el Fundador del Opus Dei. A partir de aquel día empecé a profundizar en la valía extraordinaria de aquella alma que se me confiaba y a conocer los matices de su espíritu que me edificaban y me acercaban a Dios. De todo ello puedo testificar sin temor alguno de rozar el sigilo sacramental, puesto que no me he de referir a las confesiones en sí, sino a aquellos encuentros en que no sólo se confesaba, sino que también confiadamente me abría su alma, en charla fraterna<sup>344</sup>.

A continuación, García Lahiguera explica algunas características que comprobó al tratar a Escrivá de Balaguer. En primer lugar, señala su gran amor por el Sacramento de la Penitencia<sup>345</sup>. Resalta también su sencillez y naturalidad, con ansias grandes de santidad. Y eso se reflejaba en sus confesiones y en sus conversaciones de dirección espiritual, sin inventarse problemas de conciencia.

Para afirmar esto –explica García Lahiguera– tengo una prueba muy clara y que para mí, como para cualquier confesor, es definitiva: que sus confe-

para llevar a cabo su misión. No constan los motivos por los que Josemaría Escrivá no le invitó a ser parte del Opus Dei.

<sup>344</sup> BADRINAS, *Beato Josemaría*, p. 150. Para conocer cuál fue la naturaleza de la relación y el contenido de sus conversaciones, es el propio García Lahiguera quien lo aclara. En una ocasión, preguntado por una fecha fundacional del Opus Dei, respondió: «Él a mí nunca me lo dijo y yo nunca se lo pregunté, pues aunque fui su confesor, fui solamente confesor, y no me comentó nunca, ni di consejos, sobre el desarrollo de la Obra» (declaración procesal del testigo n. 5 en el Proceso Matritense, José María García Lahiguera, [en adelante, declaración procesal], fol. 128).

<sup>345</sup> «Durante más de tres años, pude comprobar su puntual fidelidad: acudía todos los martes según creo recordar; en cualquier caso, era un día fijo de la semana. Su puntualidad y su exactitud eran ejemplares; a mí, que confesaba a muchos sacerdotes, me llamó poderosamente la atención: con total regularidad, todas las semanas, y así mientras se confesó conmigo» (cit. en BADRINAS, *Beato Josemaría*, p. 151).

siones eran siempre breves; él me hablaba, yo le hablaba y terminábamos. Y esto supone una gran virtud, sobre todo si esa sencillez y esa brevedad se mantienen habitualmente durante años<sup>346</sup>.

El 25 de junio de 1944 fueron ordenados sacerdotes los tres primeros fieles del Opus Dei. Uno de ellos fue Álvaro del Portillo, que desde ese mismo día comenzó a recibir la confesión y las confidencias espirituales del fundador. Desde entonces dejó de acudir a confesarse con García Lahiguera.

Recuerdo bien cómo cesó este trato de confesión –cuenta García Lahiguera–. Fue de la manera más noble y más digna, y ocurrió después de la ordenación de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei. Me dijo: “Mira, ya tengo en la Obra quien pueda confesarme, y si a ti...”. Yo no le dejé terminar la frase: “Naturalmente –le dije– no es que me parezca mejor o peor; es que debes hacerlo así”. De manera que desde 1940 o 1941, hasta junio de 1944, fui su confesor<sup>347</sup>.

Este hecho no interrumpió el trato ni enfrió la amistad<sup>348</sup>.

Recuerda también Mons. García Lahiguera la ayuda que, en Roma, le prestó en temas de su fundación.

Puedo testimoniar el aliento y la colaboración que prestó siempre a quienes, como yo, promovíamos alguna obra para la gloria de Dios. No solamente me animaba con sus consejos oportunos, sino que muchos

<sup>346</sup> *Ibid.*, pp. 152-153. Y también: «La confesión de D. Josemaría era habitual, puntual y, para mí, encantadora: venía, charlaba un poquito, se confesaba, cuatro expresiones de cariño –siempre su gran corazón, siempre agradecido por lo que yo hacía por él, que no era más que mi deber– y se marchaba. No venía a perder el tiempo, sino a confesarse. Ciertamente, no era una confesión escueta, sino que siempre había cambio de impresiones, y esto es lo que me permitió calar bien adentro en su interior» (p. 151).

<sup>347</sup> *Ibid.*

<sup>348</sup> Refiere García Lahiguera: «Después de 1944, cuando dejó ya de confesarse conmigo, seguí teniendo muchos ratos de charla, de conversación con el Padre [J. Escrivá]. Y, a partir de 1946, en que fijó su residencia en Roma, estas conversaciones se han desarrollado siempre en el marco romano; salvo cuando hizo el viaje de catequesis –así lo llamaba él– por España y Portugal en 1972, y, en otra ocasión posterior, en que me invitó a comer en La Lloma, una casa de retiros del Opus Dei, cerca de Valencia [...]. Si es cierto que estas conversaciones han sido, por fuerza, menos frecuentes que las que teníamos semanalmente antes, bien es verdad que fueron muchas, y que pudieron ser más amplias y dilatadas. Para mí tuvieron siempre un gran valor: ¡cuántas cosas he aprendido yo de D. Josemaría y cuánto fruto espiritual han proporcionado a mi alma!» (*ibid.*, p. 165).

motivos de agradecimiento tengo para con *él*, por las innumerables gestiones que hizo, e hizo a hacer a algunos de sus hijos –especialmente D. Álvaro del Portillo– en favor de mi fundación y mis trabajos pastorales<sup>349</sup>.

También *él* se prestó a realizar los favores que Escrivá le pedía. En concreto son muchas las veces que confirió órdenes clericales –menores y mayores– a fieles del Opus Dei, a la menor indicación del fundador<sup>350</sup>.

La relación se mantuvo también por medio del correo. En AGP se guardan más de cuarenta y ocho cartas recibidas por Escrivá de Balaguer de García Lahiguera, y treinta y siete copias de cartas que Josemaría Escrivá le escribió a *él*. En julio de 1981 García Lahiguera declaró como testigo en el proceso de canonización de san Josemaría. A partir del 25 de junio de 1944 Escrivá no tuvo otro confesor que Álvaro del Portillo, que también recibía sus confidencias de vida espiritual.

Una última precisión: tres de las personas antes mencionadas, Antonio Rodilla, Ángel Sagarmínaga y José María García Lahiguera, se pueden encuadrar en un grupo más concreto de presbíteros que, después de la Guerra Civil española, tuvieron también una gran amistad y trato con Josemaría Escrivá. Entre ellos están Ángel Morta, Rufino Aldabalde, Baldomero Jiménez Duque, Santos Beguiristáin. Estos sacerdotes tienen en común el empeño que pusieron, desde los años cuarenta, por elevar el nivel teológico, pastoral y espiritual del clero secular. Sólo se han mencionado en este artículo a tres, Rodilla, Sagarmínaga y García Lahiguera, porque su relación con Escrivá fue, además, sacramental o de consejo. Con los otros sacerdotes, aunque hubo confianza y afecto mutuos, no consta que ese trato alcanzara a la confesión o a la dirección espiritual. Por esta razón, he decidido no extenderme en describir la relación con los demás, consciente, por otra parte, de que todos ellos justificarían un artículo más extenso.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

El objeto de este estudio ha sido documentar la relación que san Josemaría tuvo, hasta 1944, con los sacerdotes que le ayudaron y orientaron en

<sup>349</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>350</sup> Cfr. *ibid.*, p. 163.

su itinerario espiritual. Se han mencionado los nombres de aquellos que sabemos que tuvieron una cierta relevancia –mayor o menor– en las distintas etapas de su vida. En este sentido, pienso que está de más un apartado de conclusiones. Todo lo que se ha considerado pertinente, está expuesto en las páginas anteriores. Sin embargo, del conjunto del relato emergen otros aspectos que sí conviene resaltar.

Por ejemplo, se comprueba que el fundador del Opus Dei fue riguroso en la elección de los sacerdotes: buscó a presbíteros que le pudieran exigir. De prácticamente todos ellos se puede afirmar que destacaron por su vida de piedad, por su formación teológica y por su experiencia y celo pastoral.

Es significativa también la necesidad que sintió de confrontar las experiencias y luces interiores de su alma con aquellos que ejercieron el papel de directores espirituales, buscando la confirmación de esas gracias<sup>351</sup>. Al mismo tiempo, y a partir de la fundación del Opus Dei, hay una línea sutil en esa relación, que tanto san Josemaría como sus directores procuraron no traspasar. Está perfectamente expresada en esta frase arriba citada, referida a Sánchez Ruiz: «Nada tuvo que ver este venerable religioso con la Obra, pero sí con mi alma que no se puede separar del Opus Dei»<sup>352</sup>. Es verdad que buscó el discernimiento y consejo, para tener la certeza de que las luces recibidas no eran invención suya. Pero no es menos cierto que sus consejos no interfirieron en su tarea y responsabilidad de fundador. El papel del director espiritual se movió siempre en un terreno delicado: fomentar la fidelidad a la misión recibida, pero sin pretender inmiscuirse en su trabajo fundacional<sup>353</sup>.

<sup>351</sup> Vivió así lo que aconsejó en el punto 59 de *Camino*: «Conviene que conozcas esta doctrina segura: el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior. Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro» (Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, Madrid, Rialp, 2013<sup>86</sup>).

<sup>352</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Florencio Sánchez Bella, Roma, 6 de diciembre de 1963 (AGP, A.3-4, 279-4, carta 631206-02), escrita tras el fallecimiento de Valentín Sánchez Ruiz.

<sup>353</sup> Aunque este aspecto de la dirección espiritual se ve más claramente en su relación con Sánchez Ruiz (cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 468), también queda manifiesto en el caso de Juan Postius: le vaticinó la “prueba cruel” y le aconsejó en aspectos técnicos –especialmente jurídicos– que Josemaría Escrivá le consultó, pero evitó cuidadosamente pronunciarse sobre lo específico de la tarea fundacional. Por su parte, José María García Lahiguera –como hemos visto anteriormente– declaró que fue «solamente conferencista, y no me comentó nunca, ni di consejos, sobre el desarrollo de la Obra» (declaración procesal, fol. 128).



Otro aspecto que destaca es el amor de san Josemaría al Sacramento de la Penitencia, manifestado en la puntualidad con que lo vivía, y el modo concreto y conciso de hacerla, «sin inventarse problemas de conciencia», como expresa García Lahiguera. También conviene señalar la gratitud que siempre guardó a todos aquellos que le atendieron espiritualmente, alimentando la amistad mientras vivieron, y teniéndoles siempre presentes ante Dios en sus oraciones.

Es evidente que, por la misma naturaleza de la relación –sacramental o de dirección espiritual–, los testigos no refieren el contenido de esos encuentros y confidencias<sup>354</sup>. Pero estos sacerdotes sí han reflejado en sus escritos y relatos el efecto positivo que el trato con Escrivá de Balaguer dejó en sus vidas.

Hubo, por supuesto, más sacerdotes que, de un modo u otro, le ayudaron en su vida espiritual, aunque de muchos no ha llegado hasta nosotros ni siquiera su nombre. Por otra parte, como «estaba decidido a aprender de los sacerdotes que gastaban su vida por el Señor»<sup>355</sup>, buscaba en ellos ejemplos de vida y experiencias de su labor pastoral. Así, cuando predicaba a sacerdotes o tenía con ellos tertulias y conversaciones de tono familiar e informal, solía decir que él estaba allí para aprender, o que se sentía como el que vendía miel al colmenero. Y no era un modo cortés de hablar, sino que lo sentía de verdad, y de sus vidas y palabras sacaba enseñanzas y estímulos para su vida<sup>356</sup>.

<sup>354</sup> Si algo del contenido de esas conversaciones ha llegado hasta nosotros ha sido porque san Josemaría ha dejado constancia, al contar algunos aspectos o circunstancias que experimentaba su alma en momentos concretos, ya en sus escritos, ya en sus conversaciones ante más personas, y recogidas por éstas.

<sup>355</sup> Palabras de Josemaría Escrivá recogidas en DEL PORTILLO, *Entrevista*, p. 175.

<sup>356</sup> Por ejemplo, Mons. Pedro Cantero Cuadrado, en su relación (cit. en BADRINAS, *Beato Josemaría Escrivá*, pp. 88-89), recuerda: «Cuando aún era muy joven –casi recién ordenado– ya procuraba acercarse a los sacerdotes con objeto de buscar, para sus inquietudes y afanes –todo cuanto Dios le pedía–, el apoyo de su oración sacerdotal y darles, en cambio todo el extraordinario espíritu de su vida interior. Lo sabía hacer delicadamente como si fuese él quien aprendía. Recuerdo que, cuando hablaba a sacerdotes o tenía que dirigirlos, solía decir sencilla y humildemente que era como “vender miel al colmenero”, pero la vendía y con gran provecho para los que le escuchaban».

Constantino Áncchel. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. Doctor en Ciencias de la Educación (1973) y en Teología (1979) por la Universidad de Navarra (España). Jefe del Departamento de Orientación y profesor de enseñanza secundaria, ha trabajado en la Oficina de la Causa de los Santos de la Prelatura del Opus Dei en Madrid y en Roma, y ha sido perito histórico en otras causas de canonización. Actualmente es investigador y documentalista del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer. Editor de *En torno a la edición crítica de Camino. Análisis y reflexiones* (Madrid, Rialp, 2003). Coautor de la edición crítico-histórica de *Santo Rosario*, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2010  
e-mail:canchel@unav.es